



VIDA

DEL GENERAL

ODONELL

ATV

3.622

LIBRERÍA AMERICANA
Libros de Ocasión
PUEYREDON 671
T. E. 627-7505

20.000

9.1

1815

1815

H- 21644

R- 39924

ATV
3.622

JESUS GRACIÁ, EDITOR.

HISTORIA

DE LA

VIDA MILITAR Y POLITICA

DEL EXCMO. SR. CAPITAN GENERAL.

D. LEOPOLDO O'DONNELL,

CONDE DE LUCENA,

VIZCONDE DE ALIAGA, DUQUE DE TETUAN, &c. &c.

ESCRITA

Por D. Rafael del Castillo.



CADIZ:
LA PUBLICIDAD,
R. JOSÉ, N. 4.

MADRID:
LIBRERIA ESPAÑOLA,
RELATORES, N. 15.

1860.

Es propiedad del editor.

CADIZ 1860.—Imprenta de la Revista Médica, plaza de la Constitución, n. 11.





VIDA
DEL GENERAL
O'DONNELL



A EL ATENEO DE CADIZ.

Los Ateneos han sido siempre los protectores de la literatura sin distincion de personas.

Esta proteccion yo he tenido la honra de merecerla del de esa ciudad.

La primera obra que en Cádiz he publicado, ha sido acogida con demasiada benevolencia por la poblacion en general y protegida con un interés altamente satisfactorio para mí, por parte del Ateneo en particular.

Pesaba pues sobre mí, un deber de gratitud con respecto á esa corporacion, que necesariamente habia de satisfacer.

Para demostrar este agradecimiento, no tengo mas medio que mi pluma.

Trazadas por ella van algunas páginas de la vida de un hombre que ha llamado y llama la atencion general.

Estas páginas son las que me atrevo á dedicar á el Ateneo de Cádiz.

Quizás estas no verán ni dignas de la persona á quien se refieren, ni dignas de la corporacion á quien se dedican.

Pero en este caso, reclamo una vez mas, la indulgencia de la Sociedad que ya una vez la tuvo con otra obra mia.

Si consigo esto, si el Ateneo al repasar mi libro, no mira mas que la idea que ha impulsado mi dedicatoria, y se digna aceptarla, mis aspiraciones habrán quedado completamente satisfechas.

Dígnese, pues, el Ateneo, aceptar la ofrenda que le hago, teniendo presente, que si son escasos los recursos, es inmensa la voluntad y el agradecimiento de

EL AUTOR.

THE HISTORY OF THE

The history of the world is a vast and intricate web of events, woven together by the threads of time and circumstance. It is a story that has shaped the course of human civilization, from the earliest days of our existence to the present moment. The events of the past have left their mark on the world, and their influence is still felt today. The history of the world is a testament to the resilience of the human spirit, and a reminder of the power of our actions. It is a story that we must all know, for it is the story of our lives.

THE HISTORY OF THE

THE HISTORY OF THE

CAPITULO I.

Nacimiento de D. Leopoldo O'Donnell.—Su nombramiento de subteniente.—Levantamiento constitucional en Andalucía.—El 10 de Marzo en Cádiz.—Nuestro héroe es conducido prisionero á Peñafiel.

I.

Generalmente las vidas de los primeros hombres, bien sean políticos, bien hombres de ciencias, ó bien artistas, están llenas de peripecias, de contrariedades y de disgustos, en los que han tenido que probar mas de una vez, su inteligencia, su audacia ó su valor.

La del Excmo. Sr. Duque de Tetuan es una de estas.

Desde sus tiernos años sufrió los rigores de una prision que si bien corta, no por eso dejó de amargar los primeros dias del futuro general.

Mas tarde durante su larga carrera política ¿cuántos disgustos no ha sufrido?

Y esas horas de profunda meditacion, esas decepciones que experimenta la persona que se lanza á la vida pública, esas luchas constantes con los partidos que por tanto tiempo vienen disputándose el poder, ajan y envejecen mucho mas que los años.

Cincuenta y uno cuenta el general O'Donnell, y representa mas por los padecimientos, por los insomnios, y por las amarguras de que ha sido víctima.

El poder es una rosa cuyos brillantes colores seducen y halagan; pero cuyas espinas punzan en mas de una ocasion la mano que tanto se ha afanado por cogerla.

En su carrera de hombre de Estado, ¡cuántas espinas no han herido al actual Presidente del Consejo de Ministros!...

.....
El 12 de Enero de 1809 Sta. Cruz de Tenerife contaba con un hijo mas.

D. Leopoldo O'Donnell vino á llenar de alegría á sus padres, y á dar mas tarde grandes dias de gloria á la patria, que recibiera tan hospitalariamente á sus antepasados algunos años antes.

Mas adelante nos ocuparemos de las causas que motivaron la emigracion de la familia O'Donnell de Irlanda, y tambien daremos sobre esta, algunos antecedentes.

Los antecesores de nuestro héroe casi todos se habian dedicado al servicio de su patria adoptiva, y el jóven Leopoldo no debia seguir otra carrera que la que aquellos le habian trazado de antemano.

La posicion que su padre ocupaba en el ejército, y el aprecio que Fernando VII le tenia, consiguieron que por una gracia especial, apenas habia cumplido diez años, lo nombrasen subteniente del regimiento de infantería Imperial Alejandro.

Esto sucedió el año 1819.

Los que hayan leído con detencion la historia de nuestra patria desde principios del siglo actual, habrán visto la serie de trastornos, de inconsecuencias políticas, y de sacrificios porque el pueblo ha pasado durante sesenta años.

La vida del actual Duque de Tetuan, está tan íntimamente ligada con la política de nuestro pais, que la historia de aquél, es casi la historia de este.

Por esta razon aunque á grandes rasgos tenemos que ocuparnos de los acontecimientos que mas han influido en su existencia, y en la existencia de la nacion.

II.

La debilidad de Carlos IV y la incapacidad de su favorito el Príncipe de la Paz, pusieron á España al borde de un precipicio, del que únicamente pudo salvarse gracias á el esforzado arrojo de sus hijos.

Del desquiciamiento inmenso que ocasionó en Francia la revolucion de 1793, salió un hombre, cuya audacia era tan grande como su ambicion, y cuya inteligencia corria parejas con su valor.

Desde simple oficial de artillería ascendió al solio imperial, y las águilas francesas vencedoras en Austerlitz, Marengo, Lodi, el Kairo, y Jena, aspiraban á pasearse dominadoras, por las fértiles campiñas de nuestro suelo.

La nulidad del monarca y de su ministro favorecian este proyecto, y el pueblo veia con disgusto la marcha de los negocios.

El motin de Aranjuez que dió por resultado la abdicacion de Carlos IV, y la subida al trono de su hijo Fernando VII no pudo contener ya los progresos de el mal que las imprevisiones anteriores habian agravado tanto.

Sacada bajo diversos pretextos toda la familia real de España, creia Napoleon conseguido ya su objeto, cuando el alzamiento empezado el 2 de Mayo, fué á hacerle comprender que el pueblo español era muy diferente de los otros que habia conseguido dominar.

La nacion entera al nombre de su querido rey, se levantó como un solo hombre, y durante largos años hizo cuantos sacrificios son imaginables para volver á colocar en el trono al hijo de Carlos IV.

Volvió este de su cautiverio, y el pago que dió á aquel pueblo que habia tan noblemente derramado su sangre por él, fué llenarlo de cadenas, aprisionarlo, y sugetarlo con el mas feroz y cruel absolutismo.

Este proceder exasperó á todos los hombres de corazon que habian luchado por conservarle el trono, y reunidos en sociedades secretas, trataron de resucitar aquella Constitucion que el rey y sus satélites habian hollado sin miramiento alguno.

Las persecuciones contra estas logias y sus afiliados comenzaron, y casi en toda España se los trató sin piedad.

En Andalucía fué donde fueron menos hostigados, y donde indudablemente se trabajó mas en beneficio de la buena causa.

El conde La Bisbal, que durante su mando en Cádiz, hasta 1815 se habia hecho aborrecible para los andaluces, por efecto de sus excesos é intolerancias, volvió á encargarse de aquel gobierno en 1818.

Se decia entonces que ya el Conde habia modificado sus ideas, y que era muy diferente de la otra época.

Se proyectaba una nueva expedicion para América, con mayores proporciones que la que en 1815 llevó el general Morillo á Venezuela, y en Andalucía se iban concentrando las fuerzas que habian de tomar parte en ella.

Para activar los preparativos se trasladó el Conde de La Bisbal á Cádiz, y no pudieron menos de sorprenderse cuantos antes le habian tratado, al ver la diferencia que habia entre su carácter de entonces, y el de tres años antes.

Este cambio no podia esplicarse mas que de dos maneras.

O el Conde habia reconocido sus pasados errores, y trataba de enmendarlos, ó pertenecia á alguna de las sociedades secretas de que dejamos hecha mencion.

Esta segunda especie seria la verdadera.

Se habria hecho francmason poco tiempo antes, y aunque no abiertamente perteneceria á la masonería española.

Por esta razon las logias de Cádiz, no sufrían una persecucion tan terrible, como la estaban sufriendo en otros puntos de España.

El despotismo del rey se habia hecho cada vez mas insupportable.

Los liberales trabajaban sin descanso, y los de Andalucía eran los que mas se iban preparando para dar el golpe.

La casa de D. Francisco Javier Isturiz, cuya familia habia pertenecido al comercio de Cádiz, contenia todas las noches una tertulia que bien podia llamarse una reunion de masones.

D. Javier tenia grandes deseos de vengar á su hermano D. Tomás, que Diputado constitucional por Cádiz, se hallaba á la sazón perseguido y condenado á presidio.

La tertulia de Isturiz, contaba entre sus adeptos á varios de los personages de mas posicion de la ciudad, y esta junta suprema por decirlo así, dictaba sus disposiciones á las demás logias inferiores, que la formaban muchos de los oficiales y sargentos de las tropas destinadas á América.

El conde de La Bisbal, sabia todo esto, y lo aprobaba y lo favorecia incitando á los conjurados á que tratasen de aumentar el número de sus adeptos.

Con estas esperanzas, y con la proteccion que la primera autoridad les dispensaba, andaban los constitucionales deseando romper el yugo que tan pesado se iba haciendo.

Para este efecto celebraron una junta general los conjurados en la que el secretario general D. Antonio Alcalá Galiano, supo escitar de tal manera las pasiones de sus compañeros é inspirar á los militares destinados á América tal horror á la expedicion, que todos hicieron juramento sobre una espada que habia en la mesa, de sacudir cuanto antes la tiranía.

El Conde de La Bisbal tenia relaciones muy estrechas con el general D. Pedro Sarsfield, que tenia un cargo muy importante en la expedicion, y como convenia á los intereses de los conjurados el tenerlo en su partido, le hablaron y aquel casi asintió á todo.

Próximo ya el dia en que se habia de dar el grito, los dos generales que obraban de comun acuerdo, cambiaron la guarnicion de Cádiz y pusieron arrestados á los gefes de todos los cuerpos comprometidos.

De esta manera por la traicion de los dos generales quedó por entonces aplazada la tormenta que amenazaba al poder absoluto de Fernando VII.

IV.

Hemos dicho mas arriba que quedó aplazada, porque apesar del golpe tan rudo que habian recibido los conjurados, volvieron á reunirse y la conspiracion reanudó los hilos que habian tratado de romper el Conde de La Bisbal y el general Sarsfield.

Alcalá Galiano fué de los que tomaron una parte sumamente activa en esta nueva liga, sirviéndole de nuevo los SS. D. Domingo Antonio de la Vega, y el abogado Vallesa, que llenos de patriotismo juraron sacrificarse por la causa que defendian.

En esta época tambien fué cuando empezó á darse á conocer un hombre que andando el tiempo habia de seguir los destinos de la nacion, y á quien esta habia de deber casi la estincion de la guerra civil.

Hablamos de D. Juan Alvarez y Mendizábal.

Era por entonces dependiente de la casa de comercio de Bertran de Lís, y su vivcza de ingenio, su fecundidad de recursos, su talento para la clase de negocios á que se habia dedicado, le habian dado cierto ascendiente en la casa de que dependia, y alguna reputacion entre los comerciantes.

Mendizábal solicitó y obtuvo el pertenecer á la sociedad de los masones, y cuando se trataba de formar un plan definitivo para el levantamiento de los cuerpos que estaban en la conspiracion, la fiebre amarilla, vino nuevamente á desconcertarlo.

Las tropas se marcharon á otros puntos no infestados, y las comunicaciones quedaron hasta cierto punto interrumpidas.

De esta manera entre dudas y esperanzas, entre vacilaciones y obstáculos, llegaron los últimos días del año 1819.

Los conspiradores habian resuelto ya proclamar la Constitucion de 1812 á la mayor brevedad.

Para esto se celebró una nueva junta general, en la cual se confirió el mando supremo, y la direccion del movimiento al coronel D. Antonio Quiroga, preso en Alcalá de los Gazules, de resultas de la traicion del Conde de La Bisbal.

Se formaron tres cuerpos con el objeto de que en tres puntos distintos se verificara el alzamiento, el mando de uno de ellos se le dió á D. Rafael del Riego, primer comandante del batallon de Asturias, el de el otro á D. Miguel Lopez Baños comandante de Artillería, y finalmente el mismo Quiroga habia de mandar el tercero.

Estos tres cuerpos habian de verificar sus movimientos combinados, á fin de caer sobre el cuartel general de las tropas que habian de marchar á América, y entrar en Cádiz después de haber vencido cuantos obstáculos se atravesasen en medio de su camino.

El cuerpo que mandaba Riego fué el que primero se puso en movimiento, y en vez de dirigirse sobre el cuartel general como se le habia ordenado, se detuvo en las Cabezas, donde proclamó la Constitucion.

Hecho esto dirigióse hácia Arcos de la Frontera donde estaba el cuartel general.

El éxito mas feliz, coronó esta empresa.

El general Conde de Calderon, y los oficiales superiores que con él estaban fueron presos por los conjurados, y las tropas se unieron á ellos.

Quiroga entretanto, no habia podido ponerse en marcha, porque las lluvias habian puesto los caminos que tenian que atravesar intransitables; pero apenas llegó á su noticia el resultado del plan de Riego, se puso al frente de sus tropas, y se dirigió hácia la Isla de San Fernando.

El ministro de marina que habia llegado á la isla para activar los preparativos de la espedicion cayó tambien en poder de Quiroga, y todo parecia que favorecia á los que trataban de cambiar tan radicalmente los destinos de España.

Sin embargo, la indecision de Quiroga hizo que no se apoderasen como debian haberlo hecho inmediatamente de Cádiz.

Dentro de la plaza estaban casi todos los componentes de la junta suprema de los masones, que no esperaban mas que el momento en que se oyesen los gritos de los soldados de Quiroga, para unirse á ellos.

Además, el espíritu general de la poblacion estaba muy pronunciado en favor de los constitucionales, así como tambien el de la escasa guarnicion que encerraba en su seno.

Pero se perdieron una porcion de horas en la isla, y cuando por la noche se quisieron acercar á la Cortadura, para posesionarse de ella los soldados del gefe conjurado, ya las autoridades de Cádiz habian tomado sus medidas, y la Cortadura estaba tomada por algunas fuerzas al mando del jóven oficial D. Luis Fernandez de Cordova.

Riego con sus tropas se unió á Quiroga, y mas tarde el coronel Lopez Baños, con los artilleros y el batallon de Canarias.

Se proclamó con toda solemnidad la Constitucion y nuevamente se hicieron los nombramientos de los gefes que habian llevado á efecto el alzamiento.

V.

La corte se quedó aturdida con semejante noticia.

La incapacidad del gobierno de Fernando VII, no habia sabido contener el golpe, y en el momento en que veia la tempestad rugiendo sobre su cabeza, se amilanaba, y no sabia qué disposiciones tomar.

Parece imposible que existiera un gobierno que velase tan poco por los asuntos del pais, que ignorase las conspiraciones que tan á las claras se fraguaban en Andalucía, y de las que habia visto un resultado el año anterior.

La única medida que el gobierno tomó cuando lo del Conde de La Bisbal, fué separarlo del mando de aquellas provincias, y mandar que se formase causa á los comprometidos en aquel movimiento.

Pero desde entonces no se volvieron á ocupar de semejantes asuntos, hasta que la audacia de los conjurados, le hizo pensar mal de su grado.

La noticia del alzamiento de las Cabezas, llegó á Madrid bastante abultada, y esto contribuyó á el atortolamiento de los ministros de Fernando VII que creían hundido para siempre su poder.

Algunos dias despues se supo ya la verdad, y entonces se empezaron á dar varias disposiciones.

Una de estas fué la de conferir el mando de las tropas que habian de operar contra los rebeldes, á el general Freire, el que no aceptó de muy buena gana semejante comision.

Y esto se comprendé perfectamente.

Mucha parte de la oficialidad de los cuerpos que pusieron bajo su mando estaba en relaciones con los constitucionales, y aun algunos estaban afiliados tambien entre los masones.

Además los soldados comprendian que si triunfaban habian de marchar á América, y esto, como ya hemos dicho en otro lugar les causaba suma repugnancia.

Entretanto el resto de España miraba con una apatía particular los sucesos de Andalucía.

Los amantes del trono no se apresuraban á ofrecerle su apoyo, ni los partidarios de la Constitucion, hacian nada en favor de los suyos.

Unos y otros se contentaban con estar á la expectativa, y unos y otros esperaban los sucesos para moverse.

El gobierno estaba irresoluto y receloso y amigos y enemigos no se atrevian á hacer nada, porque tenian miedo por decirlo así, los unos de los otros.

VI.

Cádiz entretanto no cesaba de trabajar por el triunfo de la buena causa.

Se atizaba el fuego por los patriotas, y las tropas de Freire comprendian demasiado que estaban en una poblacion, que les era completamente enemiga.

D. Nicolás de Santiago y Rotalde se puso á la cabeza de un movimiento constitucional que se verificó en la misma poblacion y que tuvo un éxito harto desgraciado, teniendo el gefe principal que huir, reuniéndose á Quiroga con algunos de los que le habian secundado.

Los dias se pasaban, y se reunian tropas muy superiores á las de los revolucionarios que necesariamente habian de derrotarlos si nó trataban de tomar algun partido.

Se habian desaprovechado los momentos mas preciosos, y ya era muy difícil adelantar lo perdido.

Sin embargo, Riego, quiso tentar un esfuerzo.

Tomó dos mil hombres de los mejores que formaban el reducido ejército constitucional, y con ellos se dirigió hácia á Algeciras.

Pero esta escursion no le dió resultado alguno, teniendo que retirarse perseguido por las tropas de Freire, que al fin vinieron á alcanzarle cerca de Marbella.

Los soldados imitando el ejemplo de su caudillo, se batieron con un valor superior á todo elogio, pero eran muy inferiores en número á sus enemigos, y no hubo mas remedio que cederles la victoria.

Todo el mundo creyó deshecha la columna de Riego.

La esperanza de los constitucionales sufrió un golpe terrible; pero á los pocos dias se supo que el que creian destrozado y fugitivo se habia apoderado de Málaga, vencido á sus contrarios en las calles mismas de la poblacion.

Pero esta ventaja duró muy poco.

El mismo Riego comprendió que no podria sostenerse en la ciudad si era atacada, y la abandonó.

Entonces se separaron de él muchos de sus oficiales y soldados, y perseguido sin descanso fué alcanzado nuevamente por los realistas cerca de Moron, donde quedó completamente derrotado.

Sin embargo, estos reveses no abatian el espíritu del célebre caudillo, que aun ocupó á Córdoba, retirándose desde este punto hácia S. Fernando, donde Quiroga permanecia con sus tropas.

VII.

El gobierno habia seguido una marcha muy contraria á sus intereses.

La gaceta no habia dado cuenta de la sublevacion de las tropas, pero nadie la ignoraba.

Como consecuencia de esto, y de la distancia en que se halla la corte del teatro de los sucesos, se abultaban estraordinariamente las cosas, y para los madrileños el movimiento tenia proporciones colosales.

Los masones de Madrid, celebraban con bastante frecuencia sus reuniones, y las gentes en general andaban recelosas.

Se corrian voces de carácter bastante alarmante, y cuando á los pocos dias de haber el gobierno anunciado que Ricgo habia sido destrozado en Marbella, se supo que se habian apoderado de Málaga, no hubo duda alguna respecto á que los constitucionales se aumentaban de dia en dia y eran dueños absolutos de Andalucía entera, toda vez que con tanta facilidad iban por donde querian.

Y lo mismo que sucedia en la córte, pasaba en las provincias.

Los constitucionales andaban listos, y aprovecharon tan bien las circunstancias, que en Asturias, en la Coruña, Zaragoza, y otros puntos se proclamó la Constitucion.

Estas noticias vinieron á aumentar las esperanzas de los madrileños, y á desanimar al gobierno que veia adelantarse su caída á pasos agigantados, sin poder evitarla.

Las tropas que cercaban á la gente de Quiroga, no se habian atrevido á atacar, y unos y otros estaban frente á frente sin saber qué hacer.

El general Mina que estaba en Francia, apenas tuvo noticia de los alzamientos liberales, empezó á tratar de penetrar en su patria, y lo consiguió burlando la vigilancia de las autoridades francesas y proclamando tambien en Navarra la misma Constitucion que en otros puntos.

Los descontentos de Madrid, tomaron con esto nuevos bríos y comenzaron á esponer descaradamente sus opiniones y los corrillos, las reuniones, y sobre todo ese rumor que precede siempre á los grandes cambios políticos, comenzó á estenderse por toda la corte.

Por fin, el 7 de Marzo se declaró el motin, y en aquella noche espidió el rey un decreto, prometiendo jurar la Constitucion de 1812.

Pero el pueblo conocia ya perfectamente lo que podia prometerse de las palabras de Fernando VII, y todo el dia 8 se pasó en pretensiones de unos, y concesiones de otros, y el dia 9 apareció otro nuevo decreto, en el que se decia que el rey iba á jurar la Constitucion.

Así sucedió en efecto, nombrándose acto continuo una junta, á la que se dió el nombre de consultiva.

VIII.

Esta noticia fué recibida en todas partes con una satisfaccion extraordinaria.

Las tropas de Quiroga, que habian sido las iniciadoras, estaban en el colmo del placer, y Cádiz que ya sabia la novedad se formaba cien ilusiones respecto al porvenir.

Por fin, el patriotismo, la abnegacion y los sacrificios hechos por los gaditanos iban á encontrar su recompensa con el triunfo de la causa que proclamaban.

Pero ay! que esta aurora de libertad habia de ser el ocaso de la vida de muchos.

Apenas se supieron en la poblacion los pronunciamientos ocurridos en otras provincias, y finalmente el de la Mancha, corrieron voces de que el rey habia tambien aceptado la Constitucion.

Ocurrió por aquellos dias la llegada á Cádiz del general Freire, y se dijo que esta venida era para asentir á las ideas liberales.

Conferenciando estaban los generales de mar y tierra, Villavicencio y Freire, cuando el pueblo comenzó á reunirse delante de la casa en que se hallaban, demostrando en sus palabras y en sus ademanes lo que deseaban, y las esperanzas que tenian.

Estas esperanzas tomaron mayor incremento cuando vieron que las tropas no hacian movimiento hostil contra ellos, sino que al contrario, los dejaban que se acercasen paseando los soldados por entre los grupos de los paisanos.

Se asomaron al balcon los generales, y el pueblo se creyó llegado el instante que tanto deseaban, y llenó el espacio de vivas.

Ninguno de los dos gefes dijo una palabra, y aquel silencio se tomó como un asentimiento, á las nuevas ideas.

Inmediatamente se buscó una lápida, se la puso el letreiro y fué colocada en la plaza, en medio de los atronadores vivas de la multitud.

Como consecuencia de esto, todo el mundo corrió entusiasmado por las calles, y músicas y danzas y vivas era lo único que se oia y se miraba en la poblacion.

Los soldados eran objeto de multitud de obsequios; obsequios que admitian con el semblante ceñudo, y aquella misma noche salieron comisionados para el campo de Quiroga anunciándole la novedad.

Estos llevaban mensajes de Villavicencio segun se dijo para los liberales, invitándoles á que pasasen á Cádiz en calidad de parlamentarios para tratar y ponerse de acuerdo.

D. Miguel López Baños, el coronel Arco Agüero y Alcalá Galiano fueron los nombrados para este efecto.

Apenas llegaron á Cádiz fueron recibidos con un agasajo que rayaba en locura.

Freire recibió á los parlamentarios de una manera que los dejó muy poco satisfechos.

Parecia que estaba contrariado, y que deseaba que cuanto antes le dejasen libre.

Casualmente aquel momento era el elegido para que las autoridades prestasen el juramento á la nueva Constitucion.

La poblacion entera habia acudido á la plaza donde debia celebrarse tan solemne acto, y de todas aquellas millares de bocas se exalaba un grito de alegría infinita.

Pero en aquel mismo instante aparecieron multitud de soldados por las calles inmediatas, y dispararon sin decir una palabra sobre aquel pueblo indefenso, en cuyos corazones no habia podido nacer nunca la sospecha de un proceder tan infame.

A las exclamaciones de júbilo sucedieron los ayes de agonía, y los grupos que huian del fuego que los hacia un peloton de soldados, iban á caer sobre las aceradas bayonetas de otros que les cerraba el paso por el extremo opuesto.

A los lamentos de los heridos, y á el estertor de los moribundos, se unian los feroces alaridos de los verdugos del pueblo.

Los infelices que corrian por las calles inmediatas y que ya se creian libres por haber salvado aquella carrera de fuego y acero, eran perseguidos por los soldados y muertos sin piedad.

Disparaban á los balcones y aun hubo casas en que entraron cometiendo los mayores desmánés.

La pluma se resiste á pintar la multitud de escesos á que se entregó aquella soldadesca desenfrenada, y quererlo hacer seria absolutamente imposible.

Algunos oficiales se habian reunido para desbaratar lo hecho aquella tarde y puestos á la cabeza de sus tropas, llevaban á efecto una hazaña indigna de los que vestian el uniforme español.

La poblacion estaba amedrentada; en las calles no se oía

otra cosa que los quejidos de las víctimas que caían bajo el plomo asesino, y los alaridos frenéticos de los soldados.

Una oscuridad completa reinaba en la población, oscuridad que se desvanecía algún tanto con los fogonazos de los fusiles absolutistas.

Ni un farol habia podido encenderse, y para hacer mas aterradora la noche del 10 de Marzo, la luna horrorizada por aquel espectáculo sangriento, se ocultó tras las negruzcas nubes, y empezó á descender de estas una menuda lluvia, que venía á refrescar los ardientes labios de los moribundos.

La furia mayor de los amotinados era contra los parlamentarios llegados aquel dia del campamento constitucional.

Contra estos se proferian todas las imprecaciones y todas las amenazas mas inicuas, jurando hacerles pagar con la vida el satisfactorio recibimiento que les habia hecho el vecindario.

Al empezarse el motin, dos de ellos que se encontraban en la casa del general Freire, se subieron á la azotea, y saltando de terrado en terrado, fueron á refugiarse á una casa vecina.

Pero el que mayores peligros corrió, fué D. Antonio Alcalá Galiano, que corría de calle en calle, tropezando á cada paso con sus enemigos, que furiosos pedian su sangre y por los que afortunadamente no llegó á ser reconocido.

De esta manera sufriendo todas las angustias y congojas consiguientes á su situacion, pudo por fin presentarse á los generales, pidiéndoles la proteccion que tenia derecho á reclamar.

Pero estos se negaron á ello y únicamente le permitieron que pasase la noche bajo su techo.

A la mañana siguiente pudieron reunirse los tres parlamentarios, y entonces reclamaron con vigor de las autoridades que se respetase en ellos siquiera las leyes de guerra.

Mas los generales que habian permitido la matanza de la noche anterior, que seguian escuchando impasibles aun los ayes de las víctimas que aun seguian haciendo sus sicarios, no podian acceder á nada que fuera equitativo y justo.

La contestacion que les dieron fué ponerlos presos y mandarlos conducir al castillo de San Sebastian, tratándose inmediatamente sobre si seria ó nó conveniente el fusilarlos.

Los amotinados, seguian entregándose á las mayores violencias, hasta que cansados ya, por decirlo así, dieron alguna tregua á sus infamias, durante la cual se supo en Cádiz, que el Rey habia jurado la Constitucion, pasando por consecuencia á ser ley de Estado.

Una consternacion profundísima se apoderó de las autoridades gaditanas, y hasta hubo pensamiento de desobedecerla.

Pero temieron por los consecuencias y cedieron bramando de furor.

Entonces y solo entonces, fué cuando los parlamentarios pudieron recobrar su libertad.

Devueltos á los suyos, el ejército Constitucional los recibió con las mayores demostraciones de cariño.

La Constitucion fué proclamada en Cádiz con poca solemnidad, por temor del vecindario y descontento de la guarnicion.

Estos acontecimientos dieron márgen durante aquellos dias, y aun tres años despues, á los mas atroces actos de rencores, persecuciones, y resentimientos.

La satisfaccion que produjo el jurar el Rey la Constitucion la acibaró mucho, los asesinatos cometidos en los gaditanos, y la muerte de Acevedo en Galicia.

El ejército de S. Fernando, levantó el grito pidiendo venganza de los asesinatos de los vecinos de Cádiz, lo que le granjeó las simpatías de estos, y estas venganzas como mas arriba decimos, se repitieron durante algunos años, en el aniversario de este memorable dia.

IX.

La familia de O'Donnell era realista, por convicción y por principios.

Las ideas de los constitucionales como es consiguiente, no podían ser nunca secundadas por los miembros de aquellas.

Jurada y proclamada la Constitución por el Rey, todos los partidarios del antiguo régimen; tenían necesariamente ó que adherirse al nuevo orden de cosas, ó emigrar.

La familia de nuestro héroe, fué de las que no quisieron ni reconocer, ni adherirse á la nueva era política que acababa de inaugurarse.

El niño Leopoldo salió con su madre para reunirse con el general realista, cuando reconocido por los constitucionales y sabedores de lo poco afectos que eran á las nuevas ideas, los autores de sus días, lo llevaron prisioneros al castillo de Peñafiel.

Sin haber salido aun de la infancia, sufrió ya todos los horrores del cautiverio.

Las impresiones que se reciben en los primeros años, forman generalmente los caracteres.

En esos largos días que se pasan en una prision, cuánto no se piensa! cuánto no se adivina! y cuánto no se aprende.

Quizá ese carácter firme y resuelto, esa fisonomía siempre impenetrable, y esa voluntad decidida que hoy resplandece en el actual Presidente del consejo de Ministros, sean debidos á aquellos días de prueba!

Nosotros así lo creemos, y nuestros lectores se convencerán también conforme vayan repasando todos los actos de su vida.

Por lo general, todos los hombres destinados á representar un gran papel, bien sea en la esfera científica, ó bien en el mundo político, cuentan en las primeras mañanas de su vi-

da algun hecho, que como el acontecido á O'Donnell, forman sus caracteres para lo futuro.

Pero antes de seguir adelante nuestra tarea biográfica, tenemos necesidad de recurrir á la historia.

La familia de O'Donnell, emigró de Irlanda con motivo de las persecuciones religiosas que hubo en aquel pais, cuando varió de dinastía el trono de Inglaterra.

Dar á conocer aunque sucintamente estas persecuciones, tratando muy lijeraente la revolucion inglesa, creemos que sea muy necesario, tanto porque una parte de ello, está ligado con la existencia de nuestro héroe, cuanto porque lo demás egerce ó egerció su influencia inmediata para la revolucion de Francia, y mas tarde para la variacion de la política española.

CAPITULO II.

Cuatro palabras á nuestros lectores exponiéndoles el plan de nuestra obra.—Revolucion de Inglaterra.—Causas que la promovieron.—Animosidad del pueblo contra la corte.—Persecuciones religiosas.—Sublevacion de Escocia é Irlanda.

I.



ay hombres que reasúmen en sí, la historia política de una nacion.

Así como tambien cada nacion lleva íntimamente ligadas en su historia las de las demás de Europa.

D. Leopoldo O'Donnell, es uno de aquellos hombres.

España, es una de estas naciones.

¿Quién negará la gran influencia que siempre han ejercido Francia é Inglaterra en nuestro pais? Existiendo como existe y como ha existido esa influencia, necesario nos es remontarnos á esos grandes trastornos que han agitado á entrámbas naciones, y ver de qué manera han influido en nuestra patria.

Vamos á trazar á grandes rasgos la historia de Inglaterra desde principios del siglo XVII.

Tambien nos ocuparemos de la revolucion francesa, y concluiremos esta introduccion con una rápida ojeada histórica sobre España desde la subida al trono de la casa de Borbon.

Dados estos breves antecedentes, necesarios de todo

punto, podremos entrar en la detenida y circunstanciada biografía de nuestro héroe.

Esta la dividiremos en dos partes.

La primera, abrazará desde su infancia hasta la conclusión de la guerra civil; mientras que la segunda, empezando en esa época alcanzará hasta el día.

Esta es nuestra idea.

Tal vez la tarea que nos hemos impuesto supere á nuestros conocimientos, ó nuestras fuerzas; pero si esto es así, al menos nos quedará la satisfacción de haber intentado llevar nuestro grano de arena, á ese templo inmaculado donde reposan para orgullo de la posteridad, nuestras glorias nacionales.

II.

Hemos oído decir muchas veces que las revoluciones son hijas de la casualidad ó de un acontecimiento cualquiera que las hace estallar.

Nosotros no estamos conformes con semejante opinión.

Las revoluciones es verdad que estallan en un día; pero no lo es menos, que necesitan muchos, muchísimos años para formarse.

Un grano de arena añadido á otro, llega con el transcurso de los siglos á formar una montaña.

Una idea que se esclarece hoy, un pensamiento que se siente germinar mañana, y los ojos del entendimiento que se abren á la luz, permitiendo ver ciertos errores, son las primeras sendas que se abren para las revoluciones.

Y pasan los años, adelantan las ideas, el pensamiento se abre paso á otro círculo mas libre, y la causa mas pequeña hace estallar la revolución, que derrumba todo lo existente, y sobre aquellas ruinas forma otro nuevo orden de cosas.

Y las revoluciones se prevenen, se adivinan; pero nadie es capaz de deshacerlas.

Se podrá contrarestarla, debilitarlas por el momento;

pero el germen revolucionario existe, y al poco tiempo volverá á estallar con mayor violencia.

Además nosotros somos de los que decimos que hasta cierto punto las revoluciones son necesarias.

Su hálito abrasador, hace fructificar cien imaginaciones, dá un ensanche ilimitado á las ideas, y todas, todas las revoluciones si bien han abortado grandes criminales políticos, tambien es cierto que en su sangriento hornillo, se han fundido la mayor parte de los grandes talentos que han asombrado a Imundo.

Las ciencias, las letras y las artes, han debido generalmente su impulso á las revoluciones, porque de ellas han salido los hombres que las han hecho brillar.

Y se comprende perfectamente que en esos grandes desquiciamientos sociales, en esos cataclismos que sumergen á las naciones en mares de tinieblas y de sangre, sea necesario que nazcan hombres de corazon y de cabeza, para que con el soplo de sus poderosas inteligencias puedan volverla á colocar sobre sus ojos.

Y volvemos á repetirlo, esos cataclismos, se los vé nacer, desarrollarse, acercarse lentamente al principio, y con una gran rapidez mas tarde, y nadie, ningun hombre es capaz de contener su poderoso empuje.

La revolucion es el Dios del mundo material.

Como á él no se la vé, se la adivina.

Durante los muchos años que tarde en estallar, se la siente en todas partes, se la vé en todos los objetos, sin acertar á decir fijamente lo que es.

Hasta en el aire que se respira, parece que la revolucion egerce su misteriosa influencia.

Como Dios destruye, y como Dios crea.

Y como Dios tambien despues que ha dejado su savia fecundizante sobre la tierra, torna á ocultarse hasta que sea necesaria en otros horizontes.

Las revoluciones tambien suelen cambiar de formas, aunque en el fondo, todas son iguales.

Las dos mayores de que nosotros vamos á tratar, son un ejemplo de esta verdad.

El fanatismo religioso provocó la de Inglaterra.

La despreocupacion, la incredulidad religiosa, dominó en la de Francia.

Y porque estas formas sean tan diametralmente opuestas ¿se nos querrá decir que en el fondo estas dos revoluciones no son iguales?

No han dado las dos los mismos frutos?

No han tenido las dos las mismas tendencias?

No han dado las dos á conocer al hombre sus derechos?

No han esclarecido sus ideas, ensanchado sus pensamientos, y dado mas estenso campo á sus aspiraciones?

Si, lo repetimos, las revoluciones aunque con diferentes formas, tienden todas á lo mismo.

Es decir, al progreso.

III.

El dia 27 de Marzo de 1625, Lóndres se entregaba á un regocijo inmenso.

Tambien el 30 de Enero de 1648, reinó una gran agitacion en la ciudad que se eleva en las orillas del Támesis.

En aquel el pueblo aclamaba á la nueva magestad que subia al trono.

En este saludaba tristemente á la monarquía que se derrumbaba.

¿Y se nos querrá decir, que este cambio radical de ideas, se operó en solos veinte y tres años?

Imposible; la Europa entera, estaba adelantándose hacia mucho tiempo por un camino completamente nuevo, y que conducia directamente al esclarecimiento de las ideas, y á la proclamacion de nuevos principios.

La casa de Tudor habia empobrecido por decirlo así la monarquía, y aquella aristocracia inglesa, aquellos poderosos señores, habian visto elevarse otra potencia nueva nacida

casi de la clase media, y destinada con el tiempo tal vez á hacer sucumbir á la primera.

Jacobo I, el padre del rey, que nacido al pié del trono habia de ir á morir sobre un patíbulo, habia cansado completamente al pueblo que regia, y éste esperaba con cierto fundamento que el hijo, seguiria otra senda mas en armonía con las ideas de la Europa en general, y de Inglaterra en particular.

Tal era así, que en una de las reuniones celebradas en la cámara de los Comunes al poco tiempo de la subida al trono de Cárlos I, Sir Benjamin Rudyart, dijo, "que se procurase mantener siempre una perfecta armonía entre el monarca y el pueblo, porque todo les era dado prometérselo de un rey, que los gobernaba con arreglo á la felicidad y á las libertades del pais."

Cárlos, era un rey que indudablemente habia de gustar á el pueblo, porque tenia las virtudes necesarias para ello.

Poco aficionado á el despilfarro y á la prodigalidad de los anteriores soberanos, instruido, recto y prudente, por regla natural, habia de esperarse que rigiera con toda felicidad á su nacion.

Pero ya lo hemos dicho antes.

La Inglaterra habia entrado por un nuevo camino, y gozaba de una calma estraña, y se hacia la ilusion, de que no deseaba otra cosa mas que aquello, porque aun no se habia presentado á su pensamiento, la idea de poder gobernarse sin monarca.

Y decimos que se hacian esa ilusion, porque positivamente no sabian ellos mismos lo que deseaban.

En el nuevo círculo en que habian entrado sus ideas, no habian encontrado todavía ese obstáculo que causa la monarquía, cuando un pueblo quiere ser libre, ó mejor dicho cambiar de dueño.

Querian los adelantos, la prosperidad, y el bienestar nacional, bajo el reinado de un monarca sabio, prudente y justo.

Cárlos se alegraba con el buen ánimo de sus súbditos, y se ereía que el espíritu público le pertenecia por entero.

Mas por desgracia, cuando el rey y el pueblo creian es-

tar mas unidos, era cuando ya estaban mas separados.

Las causas de esta separacion no las sabian ellos mismos: pero sin embargo existian.

La representacion del pueblo, es decir, la cámara de los Comunes, habia de encontrarse muy pronto de frente con el poder real, y esta habria de ser la primera señal de la lucha, que necesariamente tenia que concluir con la caida de uno de los dos campeones.

La cámara de los Comunes contaba en su seno, con hombres de algunos conocimientos, y de alguna posicion.

Un número bastante crecido de señores feudales que se habian empobrecido con las discordias civiles que por tanto tiempo habian aflijido á Inglaterra, tenian su asiento en esta cámara, así como los simples gentiles hombres, cuya posicion no era bastante elevada para penetrar en la de los lores.

Al mismo tiempo los comerciantes, los terratenientes, y los labradores, adquirian grande crédito, se ligaban estrechamente y sin intencion por su parte, se atraian al pueblo, y ejercian una gran influencia sobre él.

Este gran movimiento de adelanto y prosperidad que estaba verificándose en la industria y el comercio, se hizo tan ostensible, y adquirió tan colosales proporciones, que en el año 1628, segun cómputo, "la cámara de los Comunes se encontró infinitamente mas rica que la de los Pares."

Como consecuencia necesaria de este estado de adelanto, se empezó á murmurar de algunos actos de la corte.

Se censuraban sus acciones, y los derechos que desde tiempo inmemorial ejercía el monarca con respecto á sus súbditos, se los calificó de abusos.

Los pueblos sin saber como, encontraron la memoria, y recordaban antiguas libertades, que les hacia desear otras nuevas.

Y en cambio la corte, al advertir esta transformacion que estaba verificándose en las ideas, sin hacer nada para combatirlas, sin tratar de cortar el mal de raiz, sin comprender el peligro, calificaba de estupideces los murmullos de los Comunes, y hablaba sin respeto alguno de los antiguos tiempos que con tanto entusiasmo y veneracion recordaba el pueblo.

Tal preponderancia, tal orgullo adquirió el parlamento en

muy pocos años, que según dice Mr. Guizot, en la convocatoria que de él hizo Carlos 1.º, parecía que un rey absoluto, llamaba junto á su trono un senado de reyes.

El rey y el parlamento aspiraban á los mismos derechos, y esto aumentaban su desunion.

Los Comunes invadieron todos los terrenos.

Tanto en el interior como en el exterior, los tratados como las negociaciones, las contribuciones como el estado religioso, todo trataron de saber en qué estado se hallaba, y sobre todo arrojaron su censura.

Veían la gran influencia que tenían, y ya opinaban y pensaban como soberanos.

Sin embargo, no era su objeto aun menoscabar la dignidad real, sino que querían con la mayor buena fé, intervenir en todos los asuntos así militares, como civiles y religiosos.

Los discursos pronunciados en la cámara de los Comunes, si bien audaces, no estaban faltos de respeto á la magestad, y el rey aunque se disgustaba con semejante lenguaje, no lo juzgaba peligroso aun.

La guerra que Inglaterra sostenía con España hacia necesarios los subsidios, pero el parlamento no votó mas que por un año los derechos de la aduana, y ofendida la cámara alta, se negó á sancionarlo, apoyándose en que el monarca actual no era de peor condición que sus antecesores, á los que se les habían concedido semejantes derechos por todo su reinado.

Los Comunes entretanto, decían que no se negaban rotundamente; pero que querían que sus exigencias fuesen atendidas.

Disgustado el rey con esto, disolvió el parlamento, y los dos poderes que habían creído acercarse mas á la apertura de la legislatura, se hallaron al final mas disgustados uno de otro que nunca.

La Cámara decía que no quería sacrificar sus fueros, y el rey contestaba que los respetaría siempre, pero que también sabría en caso necesario gobernar libre é independiente.

Y así sucedió en efecto.

Pero todas las medidas tomadas por el jóven monarca, todas sus disposiciones tuvieron un resultado tan poco favo-

rable que en vez de popularizarle, le despopularizaron completamente.

La expedicion dirigida por el gobierno contra Cádiz, no tuvo un éxito favorable; la persecucion dictada contra los papistas, y con la que se creyó contentar á los puritanos, no lo obtuvo tampoco, y censurando ágríamente al gobierno, á él, y solo á él achacaban todos los males de la nacion.

Aun no habian transcurrido seis meses desde la disolucion del parlamento, cuando ya se creyó deber reunir otro nuevo.

Los oradores mas populares de él se habian alejado bajo diversos pretextos, ya dándoles destinos lejos de la metrópoli, ya no pasándoles aviso de convocacion, y el rey creia que con esto, y con la firmeza de que habia dado muestras en los meses que habia gobernado solo, podria obtener mas consideraciones por parte de la cámara de los Comunes.

El duque de Buckingham, favorito de Cárlos I era el blanco de todos los tiros, y el objeto de los odios del parlamento.

Aun no habian fijado sus miradas en el rey, y solo se contentaban con atacar á sus favoritos.

Ya habia sido objeto de rudas acusaciones por parte del pueblo en las legislaturas anteriores, y por esta razon, el conde de Bristol, enemigo personal de el duque, no habia sido llamado á la nueva apertura del parlamento.

IV.

Buckingham era un favorito demasiado vulgar, si se nos permite decirlo así.

No habia en él ninguno de esos grandes talentos políticos con que otros ministros han fascinado á sus soberanos, y han sabido hacerse respetar, y aborrecer del pueblo, á quien

han dominado, hasta que á su vez han sido dominados por él.

Elegante y gallardo, altivo y galanteador, incapaz de virtudes y de rencores, no se le importaba nada comprometer á su rey y á su patria en una intriga amorosa.

Jacobo I se dejó dominar por el apuesto duque, y su hijo hizo lo mismo que el padre habia hecho.

Honores, condecoraciones y riquezas, todo lo poseyó y de todo hizo un alarde que le acarrocó multitud de odios, y finalmente, concitó contra sí, el aborrecimiento de toda la nacion que le creia fautor de todas sus desgracias.

Abierto el parlamento, si bien el duque no tenia grandes crímenes porque le acusaran, su privanza lo era ya, y los Comunes declararon que habia lugar á que le formasen sumaria.

El conde de Bristol, de quien hemos hablado anteriormente, se quejó de no haberle pasado aviso para la convocacion, y la cámara conociendo la justicia de su reclamacion, obligó á Carlos I á que le pasase el aviso correspondiente.

Viendo Buckingham el peligro que le amenazaba, valiéndose de las palabras un tanto osadas del conde, hizo al monarca que declarase á su enemigo reo de alta traicion.

Este á su vez para defenderse acusó á Buckingham, y aquí empezó ya la gran lucha del orgullo y la dignidad real, con la audacia y el poder inmenso del parlamento.

Despues de serios debates, despues de la prision de dos miembros de la cámara de los Comunes que tuvo que dejar inmediatamente en libertad el rey, la disolucion del parlamento fué decretada nuevamente, y con esto creyó el monarca salvado á su favorito, y sostenido perfectamente su decoro.

Pero fué muy corta su alegría, porque la imprevisión y la falta de tino, presidieron á todos los actos de aquel rey mas desgraciado, que malo.

Bajo pretextos muy frívolos, mejor dicho, con el objeto de vengarse de Richelieu, hizo el duque que su señor rompiese sus relaciones con Francia, dando como motivo el interés del protestantismo.

La expedición enviada en socorro de la Rochela, y que iba bajo la dirección del mismo Buckingham, fracasó por la impericia de éste, y la flor de las tropas inglesas pereció por no haberse sabido apoderar de la isla de Ré.

Un grito general de indignación se exhaló de la nación entera, y entre llantos y gemidos todos los labios maldigieron al imbécil ministro autor de tamaño desastre.

De vuelta el favorito á Inglaterra comprendió, que no podía contar mas que con el afecto de su soberano, y éste á su vez; previa un mal gravísimo, para el cual no encontraba remedio.

En tal estado se llamó á Sir Roberto Cotton el hombre de mas inteligencia entre todos los oradores populares, y se le exigió que emitiese su parecer con entera ingenuidad.

Entre las cosas que dijo, y los medios que propuso, fué la convocación de un nuevo parlamento.

El rey consintió en ello, y el 17 de Marzo de 1628, volvieron á abrirse las cámaras.

(1) « Señores, dijo el monarca al abrir la legislatura, en adelante, obre cada cual segun su conciencia. Si aconteciese, (no lo quiera el cielo) que descuidando proporcionarme lo que reclaman hoy día las necesidades del estado, faltáscis á vuestro deber, el mio me prescribiria entonces usar de los que Dios ha puesto en mis manos para salvar lo que se viese comprometido por la locura de algunos. No lo tomeis á amenaza; á mengua tengo amenazar á otros que á mis iguales: es un aviso que os dá el que por deber vela por vuestra prosperidad y salud. Espero que vuestra conducta hará que encuentre útiles vuestros anteriores consejos, y que por reconocimiento voy á contraer obligaciones que me impelerán frecuentemente á llamaros junto á mi. »

Hé aquí el lenguaje con que se espresaba la monarquía que presentía su caída, pero que sin embargo, queria ocultar su debilidad con la altivez de sus palabras.

La Cámara se ocupó muy poco de las palabras del rey, otras atenciones mas graves los preocupaban.

(1) Guizot. — Revolución de Inglaterra.

Querian proclamar sus libertades, obligándola á reconocerlas como independientes y positivas, y á no tolerar los abusos revestidos con la máscara del derecho, ni el derecho disfrazado con el traje de la concesion.

En resúmen, el parlamento aspiraba á marchar hácia adelante, y no podia ni debía sufrir rémora alguna que se opusiera á su camino.

El pueblo contaba entre sus representantes, con hombres de reconocida inteligencia como Sir Eduardo Coke, Sir Tomás Wentworth, Lord Strafford y otros, grandes talentos destinados á brillar mas tarde en distintas esferas, pero cuya coalicion en la actualidad era terrible y poderosa.

Mucho mas terrible toda vez que la corte no podia oponer á ella mas que la nulidad del favorito, y la altivez del monarca.

Cárlos I comprendió que aquel poder amenazaba extraordinariamente al suyo y vió la necesidad que tenia de contemporizar con él, y se humilló hasta cierto punto ante lo que no podia contrarestar abiertamente.

Pero la buena armonía del rey con sus súbditos no podia durar mucho, y la nueva exigencia de estos para la solemne sancion de la Carta y los Estatutos, fué la manzana de la discordia arrojada entre los poderes.

Los Comunes querian una declaracion franca y leal, una sancion nueva de sus derechos y libertades, y el rey, reunidas las dos cámaras en sesion solemne, declaró que miraba la Carta como intacta, y los antiguos Estatutos como inviolables, y les ofreció su real palabra de que en nada se menoscabarian.

Estas palabras no hicieron efecto alguno en los miembros del parlamento.

Tenia muy presente la falta de cumplimiento á muchas promesas tambien dadas muy formalmente, y exigia con razon garantías mayores y mas esplicitas sancionadas por el mismo parlamento.

En tal estado, la cámara redactó el bill de petition de derechos, y se pasó á la de los Pares para recibir su aprobacion.

Estos no tenian el valor ni la firmeza de los Comunes, y

de aquí se siguió que el bill corrió de una cámara á otra perdiendo un tiempo precioso, mientras que el pueblo esperaba con impaciencia su resultado.

Por fin, los Comunes próximos á vacilar, cobraron nuevos bríos con el acento poderoso de Sir John Elliot, y convinieron en hacer al rey una representacion.

En este momento fué cuando Cárlos I prohibió á la cámara mezclarse en los asuntos del Estado.

V.

Semejante medida tan fuera de tiempo llenó de indignacion á todos los miembros de ella, y el furor exasperó á los mas débiles.

Se pronunciaron palabras un tanto serias, y cuando estas noticias llegaron á la corte, se comprendió que el paso dado por el monarca habia sido demasiado comprometido, y como consecuencia de esto, pasó Cárlos I al pié de la petition de los Comunes, la fórmula de „Hágase en justicia como se desea.“

El ascinato de Buckingham verificado poco tiempo despues aterró al rey, al mismo tiempo que contemplaba indignado la alegría de la multitud al esparcirse semejante noticia.

La muerte de su favorito volvió á lanzarle en la senda del absolutismo, y aprovechándose de que estaba cerrada la legislatura, volvió á su gracia á una multitud de enemigos del parlamento.

Sir Tomás Wentworth, el mejor de los oradores populares, fué llamado al consejo del rey, y otras defecciones siguieron á la suya.

Los Comunes se vieron privados de algunos de sus miembros mas preciados, y el rey se encontró con ministros y consejeros mas diestros y menos impopulares que el desgraciado duque de Buckingham.

La nueva legislatura se presentó mas amenazadora.

La tolerancia religiosa, la mala administracion de justicia, el abuso del poder, y el desden con que se miraban las libertades públicas, fueron objeto de sérios y acalorados debates, y en una de estas sesiones fué donde por primera vez se presentó Cromwell á denunciar un abuso de tolerancia religiosa.

El monarca exigia de los Comunes la concesion á perpetuidad de los derechos de aduanas como se habia hecho en los reinados anteriores, pero la cámara seguia negando con tanta resolucion, que Cárlos conoció que nada podria adelantar.

Cada dia estaba mas audaz el parlamento, y cada dia comprendia el rey que su poder amenguaba, por lo que resolvió disolver las cámaras.

Se publicó el decreto y poco despues una declaracion que decia: "Se propala maliciosamente que pronto se reunirá otro parlamento: S. M. tiene probado en mas de una ocasion que no aborrece los parlamentos; pero sus últimos excesos le obligan á pesar suyo á mudar de conducta: por lo que tomará á injuria cualquier palabra, cualquier paso que tendiese á prescribirle una época cualquiera para la convocacion de nuevos parlamentos."

VI.

Con la misma ligereza, con el mismo descuido con que Cárlos I habia entrado en el camino de gobernar con los parlamentos, penetró en la senda de regir la nacion por medio del absolutismo.

La corte frívola y sin leer en el porvenir se felicitaba del cambio de gobierno, y libres de la traba que los Comunes oponian á el despilfarro y á la opulencia, los salones de Whitehall volvieron á animarse con los regios saraos y las diversiones á que se entregaban los cortesanos.

Y entretanto el descontento del pueblo se aumentaba de dia en dia.

Veia presos á una porcion de miembros del parlamento, entre los que se hallaba Hollis, Elliot, Hayman, Coriton, Strode, y Valentines, que eran de los mas populares.

Sabia que habian pedido su libertad bajo caucion, pero que los jueces como esclavos de la soberanía, no hacian mas que lo que ésta mandaba, y los presos seguian encarcelados, y la causa continuaba.

El valor y la constancia de los acusados era un incentivo mas para el furor y la efervescencia popular.

El público los juzgaba inocentes, y solo veia culpables al rey y á sus cortesanos.

Cada vez que los presos pasaban desde la Torre á Westminster, eran acompañados de una multitud que los aclamaba frenéticamente.

Los jueces no sabian qué hacer, y esto daba alguna esperanza á las masas populares.

Pero todo esto terminó por fin.

Algunos de los encausados, tal vez temerosos de una desgracia peor, se resignaron á pagar la multa impuesta por el tribunal, y fueron á ocultar su vergüenza á sus tierras.

Los que se mantuvieron firmes, obtuvieron un calabozo por única recompensa á su noble perseverancia.

El rey se creyó entonces monarca de hecho, y sin embargo, como se comprenderá muy bien, entre él y el pueblo habiase alzado una barrera insuperable.

Se firmaron las paces con Francia y con España, y de esta manera la magestad se creyó libre de enemigos, tanto en el interior como en el exterior.

La nacion habia entrado en un período nuevo, en el que encontraba algo de felicidad, y bastante reposo.

Pero al calmarse las disensiones que habian reinado entre el rey y el pueblo surgieron nuevas dificultades.

Estas eran ocasionadas por dos partidos que luchaban constantemente.

La reina y los ministros.

El carácter de Enriqueta María, no era fácil de avenirse con la especie de calma que reinaba.

Quería saberlo y gobernarlo todo, y todo lo quería dominar.

En su cámara se reunían los papistas y los cortesanos ambiciosos é intrigantes, que por medio de la mas baja adulacion esperaban conseguir sus deseos.

Estos deseos se exigían por decirlo así, al rey, por medio de su consorte, y si Cárlos se resistía porque los consideraba como abusos, mediaban acaloradas disputas entre los regios consortes.

Digamos ahora dos palabras sobre los consejeros Strafford, y Land.

En Strafford, todo era corazón, pensamiento atrevido, imaginación ardiente, no había tenido siempre mas que un deseo; el de la gloria.

Comprendía que su pensamiento necesitaba un campo estenso donde desplegar la riqueza de sus galas, y su odio á Buckingham, no fué mas que un medio de que se valió para conseguir su objeto.

El mandar, el elevarse, el ocupar un rango supremo, era una necesidad en él.

Cuando pasó desde el pueblo á la cámara, cuando la corona le dió su recompensa, defendió con tanto ardor, con tanta fé, con tanta decisión las instituciones y los derechos reales, como antes había abogado por las libertades patrias.

Severo é inflexible, rígido en el cumplimiento de sus deberes, audaz para seguir sin temor á los obstáculos por la senda que se había trazado, probo y enérgico, diplomático y amigo de reprimir los abusos, déspota, pero amante de su pueblo, tenía la altivez necesaria para no ceder ante exigencias mugeriles, y la fuerza conveniente para continuar desempeñando la administración de justicia sin temor á contra-tiempo de ninguna especie.

Amigo íntimo de Strafford, el arzobispo Land, tenía casi las mismas ideas que él.

Sus pasiones estaban ya mas frías por decirlo así, que las de su compañero, mas no por eso era menos recto en el cumplimiento de sus deberes.

No reconocía amigos, no cedía tampoco á exigencia alguna, y cada dia se aferraba mas en la idea de que el poder

no necesita recurrir á las amistades para sostenerse.

Strafford tenia el gobierno de Irlanda, y Land el de Inglaterra.

Ambos encontraron grandes obstáculos que vencer, y aquí ya se desviaron algun tanto.

Los abusos que Strafford encontró en Irlanda fueron reprimidos, y bajo su voluntad de hierro, la industria y el comercio se desarrollaron, y el ejército se regularizó de una manera tal como jamás se habia visto, y la civilizacion se estendió por todo el país.

Menos hábil que su compañero, Land si bien con la misma idea no pudo en Inglaterra conseguir lo que el otro en Irlanda.

El fanatismo del arzobispo Land se hizo insoportable para la corte y para el pueblo, y pronto unos y otros unieron sus esfuerzos para derribarle.

VII.

Strafford desde Dublin, tenia tambien que luchar con la corte.

Cárlos I si bien amaba á aquellos dos hombres que tan lealmente le servian, no por eso dejaba de dar oidos á cuanto de ellos decia la corte, y esto necesariamente habia de atraer mas de una vez serias complicaciones para el gobierno.

Complicaciones que hacian que el gobierno á pesar de estar sostenido por dos hombres de cabeza y de corazon, audaces para desafiar todos los peligros, y rectos lo suficiente para el mejor manejo de los negocios, careciese del vigor y la fuerza moral necesaria para seguir adelante.

Porque no basta para regir una nacion que los ministros sean buenos, y tengan las dotes necesarias para mandar, es preciso tambien que el gefe supremo, tenga un carácter tan resuelto como ellos, y un conocimiento claro de las necesidades del país, y que apruebe sin temor y sin vacilacion las

medidas que aquellos adopten siempre y cuando que estas no sean desventajosas, para el objeto que se desca.

El comercio inglés prosperaba de dia en dia, pero ya se sabe que el resguardo de la marina mercante, es la marina real, y esta era casi nula en aquella época.

Quejábase el comercio, esponia al rey la necesidad que habia de que se fomentase aquella; pero el monarca daba palabras, y muchas veces faltaban las escoltas para los convoyes, y los piratas berberiscos infestaban las costas de Inglaterra sembrando en ellas la desolacion y el espanto.

A tal punto llegaba la imprevisión de Cárlos I y el abandono con que miraba este asunto, que Strafford, tuvo á su costa que equipar un buque para defender el puerto de Dublin de los ataques de los piratas.

El pueblo veía todo esto, y el descontento era general.

Las naciones extranjeras tambien tenían noticias del estado de Inglaterra, y todos despreciaban á una nacion cuyo gobierno la descuidaba tanto, y carecia de seguridad y de prudencia.

Y los odios y las intrigas de la corte, se aumentaban de dia en dia contra los dos hombres que luchaban solos aunque en vano contra la falta de energía de aquel monarca, que á pasos agigantados se iba acercando á el abismo en que habia de sucumbir.

El absolutismo de Cárlos I se hacia cada vez mas tiránico, mas inicuo, mas insoportable.

Se hollaron todos los derechos, se despreciaron todas las libertades, y los tributos desechados en otros tiempos por onerosos para el pais, los monopolios reprobados por los parlamentos, y las multas y los gravámenes, volvieron á regir de una manera escandalosa.

Los privilegios y los destinos se vendian públicamente, y la arbitrariedad reinaba en toda la nacion.

El pueblo callaba y sufría, pero sentia germinar en su interior ese aborrecimiento tan terrible el dia en que estallase.

Y este dia lo acercaba mas la imprevisión del rey, y la ligereza incalificable de la corte.

VIII.

El clero anglicano estaba llamado á tomar una parte muy activa en los desaciertos del monarca.

Desde el momento en que la Iglesia emanó del soberano perdió toda su independendia, y la fuerza que la daba su origen divino.

Perdido el apoyo del papa, los obispos no fueron mas que delegados del príncipe, segun dice Mr. Guizot, y sus primeros súbditos.

El clero tenia sus aspiraciones, y si bien fueron constantemente rechazadas durante los reinados anteriores, á la disolucion del parlamento efectuada por Carlos I, creyó llegada su ocasion.

Los papistas no le inspiraban serios temores.

Disfrutaba pingües beneficios, y gozaba en paz los cuantiosos bienes que en poco tiempo habia aglomerado.

El arzobispo Land, poseia la confianza del rey, y bajo su direccion estaban los asuntos de la Iglesia.

La corte no se ocupaba de estas cosas, porque tal vez en su seno se ocultaban algunos partidarios del papismo.

Así es que la reforma contando con hombres doctos, y con la universidad de Oxford, veia adelantarse rápidamente su época.

No tenia mas que un contrario, pero este era temible.

Este contrario era el pueblo.

Es cierto tambien, que este lo era de la corte.

Y para ambos poderes, era el enemigo mas difícil de vencer, puesto que era la voluntad de toda la nacion.

Sin embargo, se trató de dominarlo, y Land se dedicó á ello con el fanático ardor que presidia á todos sus designios.

Para esto era necesario concentrar el poder en manos de eclesiásticos, y los obispos fueron encargados de ellos.

Todos los no conformistas que tenian curatos en el reino

se les obligó á adherirse á las nuevas ideas, y los que se resistieron fueron despojados de ellos.

Entonces empezaron las predicaciones públicas que el pueblo escuchaba con afán porque estaba en armonía con sus ideas.

Pero también esto se les prohibió.

Los juicios y los fallos del tribunal que entendía en los asuntos religiosos, se hicieron más arbitrarios y más rigurosos y la Iglesia reformada se hacía intolerable.

La libertad de culto que disfrutaban multitud de fabricantes establecidos en Inglaterra, les fué negada, y una parte de esa población industrial verdadera riqueza de un país, fué expulsada por los fanáticos ministros de la reforma.

Las quejas eran generales, pero se las desoía, y la persecución continuaba.

Poco á poco, y en proporción que la religión nueva adelantaba, Land quería privarla por completo de la dependencia del rey.

Y lo consiguió en efecto.

El tribunal de los obispos tuvo sus atribuciones propias, y todos sus actos llevaban ya su sello particular.

Únicamente quedó la autoridad del monarca, para servir por decirlo así, de capa con que encubrían las injusticias que cometían.

Las grandes dignidades del estado, estaban representadas por el clero.

Entendía en los negocios civiles, y si alguien clamaba contra esta invasión, no se le escuchaba ó se le castigaba.

IX.

Tal ambición de mando, tanta audacia, tanto poder no solamente atrajo sobre sí la animosidad del pueblo, sino también la de la corte.

Aquella nueva potencia que se elevaba amenazante, la

alarmó extraordinariamente, y no podia soportar con indiferencia el orgullo de los obispos.

El descontento cundia rápidamente, y bien pronto fué general.

La revolucion avanzaba con presteza.

La nobleza incapaz de resistirse abiertamente se fué retirando de la corte, y los señores que residian en Lóndres se retiraban á sus castillos, esponiendo de esta manera su disgusto.

El pueblo empezó murmurando y acabó formando reuniones secretas.

Algunos hombres de ideas avanzadas llamaron junto á sí los descontentos, y el espíritu público que ya estaba predispuesto, empezó á desarrollarse mas en contra de aquella imbecil y descuidada monarquía.

Generalmente cuando mas represion se les quiere dar á las ideas, cuanto mas reducido es el círculo en que se las pretende encerrar, entonces es cuando ellas pugnan por evadirse de él, y se esclarecen y adelantan en la misma proporcion en que se las quiere atrasar y oscurecer.

Esto fué lo que sucedió en Inglaterra.

El pueblo que no habia tenido hasta entonces mas que una idea muy vaga de su fuerza, empezó á pensar en él, analizó sus derechos, y comenzó á educarse, si se nos permite decirlo así.

En sus reuniones se comentaban los actos del gobierno, y sus fallos casi nunca le eran favorables.

El pueblo comenzaba á comprender que para ser fuerte tenia necesidad de estar unido, y se estrechaba cada vez mas.

Los hombres de posicion, la nobleza tambien entraba en otra era de transicion.

Se dedicaban á estudiar los unos, y á reunir los otros en su casa todos los hombres cuyas inteligencias esclarecidas los hacian dignos de escuchar su parecer, y de emitir su opinion.

En estas reuniones no habia partidos, solo se trataba de unirse para luchar contra la tiranía que cada vez adquiria mayores proporciones.

En ellas se discutia la mejor forma de gobierno posible,

y se analizaban los defectos que tenia la religion reformada. Entonces todavía se trataba solamente de discutir, aun no se pensaba en aplicar las teorías.

El pueblo que veia en la clase alta esta conformidad de ideas con las suyas se tranquilizaba hasta cierto punto, é insensiblemente iba cambiando de índole y preparándose para el dia en que aquellas nuevas ideas hiciesen brotar otro nuevo órden de cosas.

En religion y en política se iban dando pasos tan avanzados, que hacian presentir una catástrofe.

El puritanismo adquiria cada vez mayor número de partidarios, y muy pronto á pesar de la activa persecucion de Laud y sus parciales, las predicaciones, los conciliábulos, y las procesiones se hacian fuera de la capital con el mayor descaro.

Hasta se llegó á adoptar un nuevo trage por aquellos nuevos fanáticos á quienes el pueblo llamaba santos, y cuyas doctrinas abrigaban en el fondo de su corazon.

La clase alta detestaba á la corte, y los hombres de talento ideaban y buscaban en las instituciones mas libres, la mejor forma de gobierno para la nacion.

Entre el pueblo se oian algunas palabras de igualdad, y una nueva libertad se presentaba á la vista de todo el mundo.

Los folletos contra la reforma y contra Laud y sus ministros empezaron á circular, y fueron leidos con un ansia que demostraba los progresos de las nuevas ideas.

Como consecuencia de esto Bastwick, Prynne y Burton fueron acusados de felonía y traicion.

La infamia del proceso, y la crueldad de la condena exasperó al pueblo pero sin propasarse todavía.

Fueron condenados estos tres mártires segun se los llamaba á tener cortadas las orejas, á la argolla, á 5000 libras esterlinas de multa, y á prision perpetua.

Mas tarde la misma sentencia se fulminó contra Liburne, que desde la misma picota arrojaba los folletos al pueblo, que los recogia con aclamaciones y maldecia á sus verdugos.

Hasta entonces las víctimas habian sido solo del pueblo, tambien era necesario que la nobleza pagase su tributo.

John Hampden, gentil hombre del condado de Buckingham, fué tambien sentenciado por haber querido luchar contra aquel gobierno.

Esta condena hizo estallar la indignacion de la aristocracia, y de esta manera los dos grandes poderes del estado estaban ya mas opuestos que nunca al gobierno, y necesariamente habian de aprovecharse de la primera oportunidad para declararle abiertamente la guerra.

X.

La reforma provocó la primera sedicion que habia de concluir con el levantamiento general de toda la nacion.

La nueva religion impuesta á los escoceses, los exasperó, y el pueblo en masa se alzó protestando contra ella.

Los magnates principales dieron direccion al movimiento, y los gentiles hombres se unieron al pueblo.

Cárlos I se sorprendió al principio, y cuantos medios empleó para ahogar aquella sedicion que tan fatales consecuencias podia atraer, revelaron su excesivo orgullo y su demasiada imprudencia.

Los puritanos levantaron un ejército, y la mayor parte de las tropas que fueron de Inglaterra al mando de Strafford, á quien el rey hizo venir de Irlanda, ó bien se pasaron á ellos, ó bien fueron batidas.

El monarca entonces necesitando recursos para continuar esta guerra que su falta de tino habia hecho estallar, se acordó del parlamento, y once años despues de haberlo disuelto, volvió á convocarlo en 13 de Abril de 1640.

La enormidad de los subsidios que pedia el rey asustó á los Comunes, y como consecuencia de esto, herida la altivez del soberano al ver que se dudaba en conceder lo que exigia, volvió á disolverlo á las tres semanas de haberlo convocado.

Como se vé perfectamente, no parece sino que un genio infernal, impulsaba á Cárlos I para cometer desaciertos.

Momentos despues de la disolucion del parlamento, se hallaban reunidos Eduardo Hyde y Lord Clavendon, los que encontraron á San-John.

El primero se hallaba triste, y preguntándole San-John, la causa de su tristeza, contestó este, que lo era la disolucion imprudente de un parlamento que por su sabiduría hubiera sido el áncora salvadora de los hombres honrados; á lo cual contestó San-John afirmativamente aunque añadiendo que nunca hubiera hecho lo que procedía en aquellas circunstancias.

El carácter poco constante del monarca, hijo de la turbacion en que se encontraba, le hizo arrepentirse de la disolucion que acababa de decretar. Reunió algunos cortesanos á quienes preguntó se procedería la revocacion del decreto, y habiéndole manifestado era imposible, Cárlos, algo mas turbado pero con el mismo orgullo que lo dominaba, volvía á su despotismo habitual.

Strafford á pesar de hallarse enfermo de alguna gravedad, había obtenido del parlamento Irlandés todo lo que de él había pretendido, en subsidios, soldados, y promesas.

Obtuvo en menos de tres semanas 300.000 libras esterlinas, debidas la mayor parte de los papistas.

A los ojos del rey y de sus adictos, la necesidad lo escusaba.

El rey fué tambien injusto con Bellasis y Hotham á los cuales mandó su encarcelacion, por sus discursos; fueron registradas sus casas, y los papeles de Lord Book. Crew fué encerrado en la Torre, por haberse opuesto á entregar las peticiones.

Exijióse juramento á los Sacerdotes de no consentir modificacion en cuanto á la Iglesia, cuyo juramento, terminó con un *et cétera* ridículo.

Jamás se había conocido un lenguaje mas duro. Algunos gentiles hombres del condado de York, se negaron á una requisicion arbitraria, y el consejo quiso perseguirlos, manifestando Strafford que debían ponérseles argollas.

Conocedor profundo del mal que aquejaba á su patria, y al mismo tiempo poco prudente, y descoso asimismo de inspirar al rey y su consejo la fiebre ardiente de que él se

hallaba poseído, recayó en su enfermedad; pero apenas vuelto á restablecer, partió con el rey para el ejército, reunido ya á la sazón en las fronteras de Escocia, el cual debía mandar.

Durante su marcha, llegó á su noticia que los escoceses estaban dispuestos á la ofensiva, así como también que en 21 de Agosto de 1640 en Newburne, habia sido batido sin oponer resistencia el primer cuerpo Inglés que habian encontrado, en cuyo acontecimiento no considera Strafford á los escoceses aislados.

En el espacio que duró la pacificación, habian contraído, los comisionados escoceses en Lóndres, estrechas relaciones con los descontentos, siendo el resultado de esta amistad, la promesa de su apoyo en el caso de que invadiesen la Inglaterra.

Lord Saville impulsado por su odio á Strafford le impulsó á enviar un mensajero á Escocia, el que en la cavidad de una caña, llevaba una obligacion, y cuyas firmas, habia falsificado Saville, que eran las de seis magnates ingleses.

En Lóndres se empezó á mirar ya con horror la guerra y aparecieron pasquines contra Land, autor de tantos males.

Una horda furiosa rodeó su palacio y le obligó á refugiarse en Whitehall.

Estas mismas escenas, se repitieron en los condados y en el ejército.

Muchos oficiales tachados de papistas, y en resúmen la autoridad era casi desconocida y el rey estaba completamente desalentado porque conocia su impotencia.

En este estado Carlos I abrió negociaciones con los escoceses, pasando á Lóndres comisionados de estos y fijándose el dia 3 de Noviembre para la apertura del nuevo parlamento.

XI.

El dia prefijado abrió el rey el parlamento, en cuyo acto conoció las ningunas simpatías que tenia.

Los Comunes le escucharon con frio respeto, y con una atrevida arrogancia en presencia de su soberano.

La cámara que se creia impotente en su soberanía empezó á discutir sus pretensiones, que cada uno de los miembros aspiraba á que lo que él presentaba se tuviese por legítima queja.

De esta manera se fueron discutiendo todos los actos que habia tenido lugar durante el interregno parlamentario condenando uno por uno sus abusos.

Nombró le cámara varias comisiones, que se encargasen de patentizar abusos, y do quier que se provocaba una acusacion, resonaba en los púlpitos y las plazas, hasta el grado de tener que contestar los mismos miembros de consejos á los que á ellos se les dirigian.

A la condenacion de los actos se siguió la proscripcion de sus autores.

Un poder tan omnímudo aterra á los adictos del trono.

La corte deseaba el olvido, y el rey habia caido en una completa inaccion, que le llenaba de zozobras.

Los jueces y los obispos temblaban y el de Oxford, Juan Braneroft, murió de pánico.

Strafford que conocia el rápido incremento que iba tomando la revolucion, trató de escusarse con el monarca, de prestarle sus servicios pues conocia, que le serian inútiles, pidiéndole permiso para continuar en Irlanda. Mas el monarca desconociendo el desprestigio en que se hallaban sus prerogativas, aseguró á Strafford, que á su lado se encontraría seguro.

A una nueva invitacion de Cárlos I corrió Strafford á ponerse al lado de su soberano, como vasallo leal, lanzándose en pos de la tormenta que amenazaba á la Inglaterra.

Tan luego como llegó á Lóndres le detuvo en la cama la calentura.

A los dos dias de su llegada, esto es el 11 de Noviembre de 1641 fué acusado por la cámara de reo de alta traicion.

Preséntase inmediatamente ante el Tribunal acusador y encontrando cerradas sus puertas, las golpea, y reprende á los ugieres por que no le abrieron prontamente, dirígese á

ocupar su puesto y le intiman que se retire, á cuya órden obedece.

Una hora despues se le manda comparecer á la barra é intimándole se arrodillase, se le notifica su prision en la Torre, negándosele el uso de la palabra.

Despues de varios acontecimientos análogos contra varios personages, se procedió al nombramiento de una comision secreta que se encargase de buscar las pruebas de alta traicion de que se acusaba á Strafford.

Los escoceses digeron que no retirarian su ejército, mientras no se castigase á su mas encarnizado enemigo.

Cárlos I insistia en la necesidad de licenciamiento de tropas; pero la cámara como los necesitaba no accedió á la demanda del rey.

Era tal la preponderancia del Parlamento que los consejeros del rey se dirijian á él para sus decisiones, no atreviéndose á resolverlas por sí solos.

A María de Médicis madre de la reina, eran tales los insultos que la plebe la dirigia, que se acordó saliese de Londres y se votaron 10.000 libras para su viage.

El bill de 13 de Enero de 1641 constituyó por decirlo así al Parlamento su soberano, coartando al rey en la mayor parte de los derechos que le correspondian en la convocacion del mismo.

Tal era la situacion política de la Gran Bretaña, que de dia en dia se aproximaba mas á la gran catástrofe de que habia de ser testigo.

Cromwell y Enrique Martyn espresaban algunas veces sus amenazas contra la Real persona.

Con todo, la reforma política se iba llevando á cabo, pero no era posible hacerlo con la religiosa, acerca de la cual eran muy diversas las opiniones y aspiraciones, que llegó á manifestarse aun en el mismo seno del Parlamento, el que propuso un bill en que se declaraban incapaces á los eclesiásticos de cargo civil, escluyendo por este medio á los obispos de su lugar en la Cámara de los Pares, cuyo bill fué desechado por esta última asamblea.

Los ímpetus revolucionarios condujeron á los presbiterianos á cometer un sacrilegio, mandando ínterin quitar de

los templos como objetos de idolatría, los altares y las imágenes de Jesucristo.

● Varias fueron las controversias que se suscitaron sobre cuestiones religiosas, atribuyéndola unos á derecho divino, y otros á institucion humana, y por lo tanto queriendo cada uno segun sus convicciones amoldarla á su legislacion peculiar.

Algunos hombres prudentes aconsejaron al Monarca, que aprovechase las disensiones de las cámaras, en las cuestiones político-religiosas confiase en los primeros los negocios de Estado.

Las negociaciones que con este motivo se entablaron, fueron dirigidas por el Conde de Bedford, hombre simpático y prudente; mas el rey nombró un nuevo consejo, compuesto del mismo Bedford y algunos individuos mas, todos Lores populares.

Durante las negociaciones recibió el rey proposiciones que le halagaban.

El descontento del ejército hizo á la reina creer que podría salvarlos, por lo cual confió dicha Señora que dirigiendo el ejército sobre Lóndres apagaría la insurreccion que ya aparecia con formas colosales.

El rey en virtud de una conferencia que tuvo con uno de los conjurados, desechó todo plan violento sobre Lóndres.

Las tramas urdidas en el ejército en favor del rey fueron descubiertas por la policia, y en esta situacion se aliaron los Comunes con los presbiterianos, y se resolvió la pérdida del desgraciado Strafford, dando principio á su causa.

A tan célebre causa asistieron los monarcas aunque ocultos, y se discutió y ventiló ante toda la cámara de los Comunes, que quiso sostener la acusacion y ante los comisionados de Escocia é Irlanda tambien acusadores.

Strafford, conducido á la presencia del tribunal se presentó grave y sereno.

En su camino el pueblo lo saludaba.

Animábale la esperanza de probar su inocencia, pero esto se le entibió bastante al saber la acusacion de los irlandeses, pueblo que tan sumiso para con él siempre habia sido.

Discutió por espacio de varios dias contra sus acusadores, mas al segundo comprendió lo difícil que le seria salvarse teniendo por partes enemigas á la misma cámara.

El proceso de Strafford, se encontraba lleno de ilegalidades y sin que resultasen pruebas del delito que se le imputaba, se le pusieron rémoras á su defensa, y solo pudo obtener la facultad de presentar testigos tres dias antes de la apertura de los debates.

La energía del acusado humillaba á sus acusadores, y daba valor á los Lores, en beneficio de Strafford.

Todas las probabilidades, segun el testo de la ley era la salvacion del acusado, lo que descomponia los planes de los Comunes, los cuales decididos como estaban á aniquilar por completo á un enemigo tan terrible, á instancia de uno de los miembros se resolvió condenarle por acto del parlamento.

No por eso dejaba de continuarse la causa, por los medios legales, pero estaban á la atalaya los Comunes, para que si esta no lo condenase, muriese al golpe de estado que le tenían preparado.

La defensa que el mismo acusado hizo, inclinó favorablemente á su favor á los Lores.

Los enemigos de Strafford, pusieron en juego toda clase de sugestiones, para inclinar el ánimo de los Lores en contra del desgraciado reo, mas estos atendiendo solo á los gritos de su conciencia, las desecharon noblemente.

Los Comunes hicieron, pues, adoptar el bill, contra Strafford.

El rey al ver el eminente peligro de su amigo, pensó en salvarlo á toda costa, y le escribió una carta asegurándole su vida, honor y haciendas.

Los partidarios del acusado ponian en juego todos los medios que el peligro de su protegido les sugeria para lograr su evasion, é inclinar el ánimo de algunos miembros del Parlamento en su favor, mas sus esfuerzos fueron inútiles.

Cárlos I descoso de salvar la vida al Conde, prometió no emplearle jamás en su servicio, proposicion que fué completamente desoída.

No hay pluma capaz de pintar con su verdadero colorido la injusticia de aquellos tribunales que condenaban, no por castigar un delito que no estaba justificado, sino por satisfacer una venganza indigna de hombres encargados de representar á una gran nación.

Los sacerdotes llevaron su impiedad hasta el grado de predicar y aun exortar á la oracion, para que muriese un hombre; y por último, el idiota populacho pedía á gritos, armado de palos y espadas ¡justicia, justicia! mueran los Straffordenses, traidores á su país.

Cárlos I, no creyéndose tan odiado como estaba, resolvió hacer una nueva tentativa en favor de Strafford, y tomando consejo de un cuñado de este, se resolvió que el acusado solicitase del Monarca el sobreseimiento, quien lo conseguiría del parlamento, el cual le condenase á un perpétuo destierro.

La Reina tambien enemiga de Strafford, amedrentada por las continuas asonadas, y además temerosa de que descubriese sus intrigas, hizo concebir con sus llantos serios temores si se salvaba á este desgraciado Conde.

Cuando el Monarca se encontraba deseoso de salvar á su leal sérvidor, y perplejo por otra parte con lo indicado por la Reina, y no queriendo dar á esta una prueba de desamor, recibió una carta del Conde en que le suplicaba le dejase morir, supuesto que su vida era un inconveniente para la felicidad de su Rey.

A una abnegacion tan grande, resolvió el Rey presentarse personalmente al parlamento, á pedir el sobreseimiento, mas no se resolvió á hacerlo, sí únicamente á remitir una carta por conducto del Príncipe de Galles, cuyo contenido se reducía á suplicar que si el Conde debia morir, se dilatara su egecucion hasta el Sábado inmediato.

Pero las cámaras no hicieron caso de esto y la egecucion tuvo lugar al dia siguiente.

Diversas sensaciones produjo en la Capital la decapitacion de Strafford.

Unos se alegraron y aclamaron al parlamento que de tal modo sabia hacer justicia; y otros mas sensatos y mas previosores temieron que algun dia no se hiciesen aquellas cámaras tan gigantes, que ahogasen por entero la sombra de monarquía que quedaba.

La cámara estrellada, el tribunal del Norte y otros fueron abolidos por el parlamento que acrecía cada vez mas sus pretensiones.

El Rey viendo tan ajada su dignidad, se decidió por pasar á Escocia, y á pesar de la oposicion de los Comunes, marchó el 10 de Agosto, bajo la vigilancia de una junta formada de miembros del parlamento.

Durante tres meses, ninguno de los dos partidos hizo nada notable hasta que en 1.º de Noviembre de 1641 se recibió la noticia de la insurreccion de Irlanda, que tanta influencia habia de egercer en los destinos del reino.

CAPITULO III.

Excesos cometidos por los católicos de Irlanda.—Vuelta del rey á Lóndres.—*Los caballeros y las cabezas redondas.*—Acusacion del rey contra los Lores.—Cárlos I y su familia abandonan definitivamente la capital.—Petición de las mujeres á las cámaras.—Se disponen los dos poderes á la guerra.—Primeros combates entre los realistas y las tropas del parlamento.—Muerte del arzobispo Land.—Derrota de los realistas.—Fuga del rey.—Triunfo de Cromwel y sus partidarios.—Proceso y muerte de Cárlos I.

I.



La rebelion que habia estallado en Irlanda, se desarrolló con una rapidez espantosa, y los católicos se entregaban á todos los excesos imaginables.

Cuantos suplicios, cuantas persecuciones puede inventar el fanatismo religioso y patriótico, todos se pusieron en juego contra los desgraciados protestantes.

En Lóndres circulaban las voces mas alarmantes respecto á los desórdenes de Irlanda, haciéndose subir por los historiadores de aquel tiempo á 50,000 el número de victimas inmoladas por el exaltado celo de los católicos.

El Parlamento no se encontraba con medios ni con fuerzas para contrarestar aquel peligro.

Su odio á Strafford, y su ansiedad por evadirse del yugo de la corona, absorbían por completo sus atenciones, y hacia tiempo que no habia pensado en otra cosa.

Ansiando la libertad para Inglaterra, se habia olvidado que debia mantener la tiranía en Irlanda.

Entregado á sus cuestiones de hombres, y no pensando mas que en sus luchas de poder, se habia olvidado del ejército

que sin disciplina, estaba casi reducido á la nulidad, y del tesoro que estaba exhausto y que so pena de recurrir á los subsidios, no podia dar para cubrir los gastos que ocasionaría el tratar de reprimir aquella rebelion.

En medio de esta impunidad, cobraban muchos brios los rebeldes y los excesos seguian á los excesos, y los errores cometidos por aquellos fanáticos, causaban el espanto de todo el reino.

El carácter Irlandés casi salvaje, siempre escitado poderosamente en aquellos momentos por su religion, habia degenerado en una barbarie desconocida y terrible.

Cárlos I.^o creyó que la situacion del parlamento, era la mas apropósito para entrar en negociaciones, puesto que el peligro que amenazaba á todo el protestantismo inglés, le habia de hacer mas tratable.

Dejó á las cámaras la libre facultad de obrar como mejor les pareciera en este asunto, y estas, atendiendo solo á su deseo de amenguar el poder Real, dirigieron á este punto todos sus esfuerzos, mirando con bastante indolencia, los negocios de Irlanda.

En tal situacion el Rey, que hasta cierto punto veia las cosas superficialmente, se presentó en Lóndres, lleno de esperanzas y confiando estraordinariamente en el porvenir.

En diversas poblaciones por donde habia pasado, el pueblo fascinado por las concesiones hechas á los escoceses, é ignorando las ocultas maquinaciones de la corte, habia hecho al Monarca magníficos recibimientos, colmándole de atenciones y dándole vivos testimonios de su afecto.

En las dos cámaras empezaban á notarse algunos síntomas de desunion.

Los Comunes acusaban á los Lores, de poco afectos al pueblo, porque no habian aprobado un bill, que escluya á los eclesiásticos de todo cargo civil.

El pueblo veia en los Comunes sus salvadores, y se agrupaban al rededor de ellos.

En los Condados se celebraban reuniones de personas adictas á la libertad, y todos querian prestar su apoyo á los que de tal manera defendian los intereses del pueblo.

El Rey entre tanto no se estaba ocioso, adivinaba el peli-

gro y trataba de reunir junto así, á todos sus partidarios.

Muchos gentiles hombres apegados á las ideas que les habian arrullado en su cuna, abandonaban sus castillos, y venian á ofrecer al Rey su fortuna y su vida.

Delante de Westminster, y delante de Witehall se repetian diariamente, las escenas mas escandalosas.

Los caballeros se presentaban delante del primero, para insultar á los ciudadanos, y proteger á sus partidarios á la salida del parlamento.

Los artesanos, los aprendices y las mugeres en representacion del partido popular, se detenian delante del segundo llenando el espacio, con los gritos de *fuera los Obispos, fuera los Lores Papistas*.

Esto como se deja comprender muy bien, dió lugar á los choques mas violentos.

Los dos partidos tomaron los nombres de *Caballeros* y *Cabezas redondas*, y mas de una vez corrió la sangre en estas contiendas, que continuamente interceptaban las calles de Lóndres.

Los Lores reclamaban de los Comunes el castigo de los ultrages que se les hacia y los Comunes á su vez se quejaban de los caballeros por los excesos á que se entregaban con el pueblo.

Estas injurias, estos gritos, este alboroto constante causaba cólera y espanto al Monarca.

Nunca hubiera podido imaginarse que la dignidad real, se hubiese visto tan ajada.

Temia por su vida y por su decoro.

La reina por su parte venia á aumentar los temores de su esposo.

Débil como mujer, los gritos, las voces y los juramentos la hacian estremecerse de terror.

Medrosa como madre veia siempre el peligro para sus hijos.

Y en este estado de continúa zozobra se pasaban los dias, y en cada uno de ellos la dignidad real perdia un quilate mas, sin que bastasen todos los esfuerzos del monarca y sus partidarios para devolverle su antiguo esplendor.

II.

El día 3 de Enero de 1642 dió Cárlos I uno de los pasos que mas habian de acelerar su caída.

Su acusacion hecha por Sir Eduardo Hervert, al Lord Imvontok y á otros cinco miembros de la cámara de los Comunes, obligaron á las dos cámaras á reunir sus esfuerzos para reclamar contra aquella violacion de sus privilegios.

Al esparcirse esta noticia por la capital se notó una gran agitacion entre la multitud, que apresuradamente se dirigió á las puertas de Westminster.

Los Comunes al mismo tiempo andaban tambien extraordinariamente preocupados.

Se corrieron las voces, de que todos los caballeros se habian reunido por orden del Rey, y que en Witchall se habia hecho provision de armas y municiones.

En medio de la escitacion que estas noticias causaban, cuando se recibió la nueva de que el Rey en persona se dirigia á la cámara á prender á los cinco miembros acusados.

Así era efectivamente, pero estos tuvieron tiempo de retirarse y cuando el Monarca dijo al presidente que le revelase el sitio en que se hallaban, aquel se negó rotundamente á ello.

El mal resultado que tuvo este paso del rey disminuyó el número de sus partidarios, haciendo crecer los bríos del pueblo.

El consejo municipal, que hasta entonces, no habia por decirlo así, tomado una parte muy activa, en la oposicion que se le hacia al rey, le dirigió una peticion quejándose de los malos consejeros, de los papistas, del gobernador de la Torre, de la injusticia de la causa entablada contra los cinco acusados y exigiendo todas las concesiones y todos los privilegios, que los Comunes no se habian atrevido á pedir abiertamente.

Este último golpe, acabó de anonadar al monarca.

Quiso tentar un último esfuerzo, dando la orden nuevamente para arrestar á los acusados, pero no se hizo caso de ella, y el rey viendo desconocida su autoridad, instigado por la reina que le aconsejaba abandonase la capital, y halagado por las ofertas que le hacian sus partidarios, salió de Lóndres acompañado de su familia, abandonando el palacio de Witehall que ya no debia ver mas que en los últimos dias de su vida.

III.

Con la marcha del monarca se comprende perfectamente que los Comunes empezarian á prepararse para la guerra que no debia hacerse esperar mucho.

Apenas Cárlos I se vió fuera de la capital, respiró mas libremente.

Multitud de caballeros acudian de todas partes á ponerse bajo el estandarte real, y se decidió en un consejo secreto que la reina pasase á Holanda á vender las joyas de la corona para proporcionar armas y municiones, y solicitar el apoyo de los reyes del continente.

Entre tanto Cárlos I iria alejándose gradualmente de Lóndres, hasta llegar á los condados del Norte, donde el número de sus partidarios era mucho mas crecido, tomando á York, como base de sus operaciones.

Las cámaras por su parte que sabian los pensamientos de la corte, por los espías que tenian en ella; pensaron seriamente en la formacion de milicias, y su único temor era, que el rey estuviese preparado para la guerra antes que ellos.

Por esta razon, los Comunes, quisieron solicitar del monarca que el mando de la Torre, los de las plazas fuertes y los de la milicia se diesen á personas amigas del Parlamento y afectas á sus ideas, pero á esto se opusieron los Lores, y el

pueblo que no ignoraba la division de las dos cámaras, lleno tambien de temores por el porvenir andaba agitado y solo, segun decia, una esplosion viva y espontánea de los deseos públicos, podia, arrollando todos los obstáculos, hacer impotentes los esfuerzos de los malos hijos de la gran Bretaña.

Peticiones sobre peticiones se presentaban á las cámaras y no fué entre ellas la menos estraña, la que hicieron quinientas mugeres, que bajo la presidencia de la muger de un cervecero, reclamaban la reforma de la Iglesia, el castigo de los malvados y la actividad en los medios para defender los amenazados intereses del pueblo.

De esta manera trascurrieron algunos dias, y durante ellos las disensiones entre las dos cámaras aumentaron extraordinariamente.

Los representantes del pueblo, decididos á todo, se preparaban para una guerra que parecia inminente.

Los realistas en cambio aumentaban sus filas en la Capital, haciendo la guerra á los Comunes, por medio de la sátira que encontraba benévola acojida entre el pueblo.

Cromwell, que á la sazón no tenia una gran importancia en la cámara, hábil, astuto y ambicioso, se encargaba de enardecer las pasiones de los puritanos, y espiaba y destruía todos los proyectos de los partidarios del Rey.

Pronto los dos partidos comprendieron que no podian vivir en la misma ciudad.

Multitud de personas notables la abandonaron, retirándose á sus tierras para prepararse á la cercana lucha.

Los Comunes hicieron un llamamiento al patriotismo de los ciudadanos y durante diez dias, las vajillas, el oro y las alhajas de estos, se entregaron en gran número á una comision formada con este objeto, para pagar con estos donativos y sostener algunos rejimientos de caballería.

Todo hacia creer que la guerra estaba muy próxima.

El Parlamento habia decretado la formacion de un ejército de 25,000 hombres, en el que Cromwell, así como otros gefes del pueblo, recibieron mandos importantes, nombrándose gefe de él al conde de Essex.

IV.

Un pequeño convoy que habia recibido el rey de Holanda, le permitió desarrollar sus fuerzas.

El 23 de Agosto se clavó el estandarte real en Nottingham, haciendo una llamada á las armas á todos sus súbditos leales.

A poca distancia de este sitio se estaba formando tambien el ejército del Parlamento, y al cabo de muy poco tiempo pudo el conde de Essex ponerse al frente de 20,000 hombres resueltos, fanáticos y confiados en el éxito de la buena causa que defendian.

Envanecido el rey, por el lisonjero resultado que habia obtenido en algunas escaramuzas, se decidió á marchar sobre Lóndres queriendo terminar la guerra con este atrevido golpe de mano.

Essex siguió tambien los pasos del rey hasta que se encontraron juntos á Keynton, donde despucs de algunas horas de combate se retiraron ámbos ejércitos, atribuyéndose los dos la victoria, y temerosos para el dia siguiente.

Las pérdidas habian sido muy considerables y el ejército del rey habia tenido algunos desertores.

Por estas razones no se juzgó prudente por los realistas dirigirse sobre la capital de la misma manera que los del Parlamento por causas casi semejantes, tampoco se atrevieron atacar á sus enemigos.

A este encuentro se siguieron otros en los que tampoco se obtuvo una victoria decisiva, y como consecuencia de esta falta de grandes resultados se entablaron negociaciones apesar de las cuales seguian renovándose las escaramuzas, desventajosas siempre para los del parlamento.

La causa de estas ventajas de los realistas estaba en su caballería que compuesta en su mayor parte de gentileshombres, hacia retroceder siempre á la del parlamento compuesta de gente comun.

Esta causa la encontró Cromwel y se dedicó á remediarla con el ardor que le distinguia.

Para el efecto recorrió los condados del Este reclutando jóvenes la mayor parte conocidos suyos, hijos ó miembros de buenas familias, fanáticos exaltados, que no necesitaban sueldo alguno y que servian á Cromwell por confianza.

Cuando los tomó bajo sus órdenes "no os quiero engañar ni daros á entender que vais á combatir por el rey ni por el parlamento, como lo indica la comision que llevo; yo por mi parte si tropezase con el rey, le dispararia sin titubear, si vuestra conciencia no os permite hacer otro tanto, retiraos de mi servicio." (1)

Muy pocos vacilaron en seguirle, y de esta manera al abrirse la nueva campaña se encontró al frente de unos 1000 voluntarios perfectamente armados y que podian medirse con ventaja con la caballería realista.

V.

Por este tiempo se descubrió en Lóndres una vasta conspiracion en la que se hallaban complicados muchos lores, algunos miembros de los Comunes, y otra multitud de personas de influencia y posicion.

La conspiracion tenia por objeto armar á los realistas, apoderarse de los principales puntos de la ciudad, arrestar á los componentes del parlamento, é introducir en Londres al ejército de Cárlos.

El descubrimiento de esta conspiracion, causó algunas víctimas aunque no se apesadumbró mucho el rey por este revés de la fortuna, toda vez que segun noticias que habia recibido, sus generales habian obtenido grandes ventajas en algunos puntos del reino.

A los pocos dias de esto, perdió el pueblo á uno de sus

(1) Historia de la revolucion de Inglaterra por Mr. Guizot.

mayores gefes, siendo esta por decirlo así, la primera de las desgracias que aflijieron al parlamento durante algunos meses.

Hampden, habia sido herido, y á los pocos dias murió, causando en casi todo el reino un dolor tan profundo, como inmensa fué la alegría en el partido realista.

En cuantos encuentros tuvieron las tropas parlamentarias con las del Monarca, en todas fueron batidas, y multitud de poblaciones, caian en poder de los realistas.

La inminencia del peligro, hizo despertar á los Comunes de su letargo.

El pueblo se quejaba de aquella adversidad de la suerte, y emitía opiniones un tanto favorable para la paz.

Entonces se pensó en conceder al Conde de Essex, lo que con tanta urgencia habia pedido en diversas ocasiones.

El Conde tenia enemigos muy poderosos en la capital y estos habian tratado de embarazar siempre su marcha, pero ante la grandeza del peligro se le concedieron los hombres, las provisiones y el dinero que necesitaba, y se le dió la órden de que saliese para Gloucester que estaba sitiado á la sazón por las tropas reales.

Esta expedicion tuvo el éxito mas favorable, pues Carlos I, se vió en la necesidad de levantar el sitio, siendo alcanzado por las tropas del conde y batido por ellas.

Este regresó á la capital donde fué recibido con las mayores demostraciones de entusiasmo, y sus enemigos tuvieron por entonces que ahogar sus deseos no renunciando por eso á sus proyectos de derribar al general presbiteriano.

VI.

El parlamento inglés celebró un tratado con los escoceses al que se le dió el nombre de liga y pacto solemne, por el cual se unian las fuerzas de los dos reinos para contra-restar al enemigo comun.

Este tratado se debió en parte á el conde, por manera que los presbiterianos estaban llenos de alegría con la conducta de su caudillo, y el parlamento se creía fuerte y poderoso con el auxilio de los escoceses que la acertada conducta de su gefe, les habia traido.

En 1643 podemos decir que ya la reforma política estaba consumada, se habian desterrado los abusos, y se habian sancionado las leyes que se creyeron necesarias para el bien estar de los pueblos.

Los partidos se habian fusionado por decirlo así, para quitar las prerogativas á la dignidad real, para dar la soberanía á los Parlamentos y para hacer de la magestad una cosa nula, sin voluntad ni poder propio.

Unidos estos partidarios únicamente por la política habia de llegar un dia en que necesariamente tenian que separarse, patentizando los vicios interiores de aquella alianza.

El fanatismo religioso, exaltado cada dia mas, habia de ser la manzana de Paris, arrojada en medio de los partidos.

El que dominaba se contradecía á cada momento y en todas sus cuestiones.

Lo que deseaba para la Iglesia, lo negaba para la política.

Para amenguar el poder de los obispos, invocaba las pasiones democráticas, y contra el naciente partido republicano las instituciones monásticas, el poder de la Aristocracia.

Espectáculo como á la sazón ofrecia Inglaterra no lo habia hasta entonces presentado nacion alguna.

Se demolia con una mano lo mismo que se queria sostener con la otra.

Se trataba de hacer innovaciones y se maldecia á los innovadores.

La audacia y la timidez, estaban hermanadas en el partido dominante, que perseguia á los obispos invocando la libertad, y á los republicanos por medio del poder y de la fuerza.

Tres años llevaba en el poder el partido presbiteriano y esto ya era demasiado para una nacion que estaba respirando por decirlo así el aura revolucionaria, aura que hace brotar nuevas aspiraciones, y que dando mayor ensanche á las

imaginaciones las hace desear cosas nuevas y desconocidas.

La falta de una marcha fija en la política de los presbiterianos, no se escapaba á las ávidas miradas de sus enemigos, que comentaban todas sus acciones, y que en las mas insignificantes encontraban justos motivos de reprobacion y censura.

De esta manera el partido de los republicanos ó independientes se aumentaba de dia en dia amenazando con una nueva complicacion, el ya de por sí bastante nublado horizonte político de la Inglaterra.

En medio de este estado tan escepcional y al par que las nuevas rémoras, que se oponian á la marcha del Parlamento supo el monarca la alianza de Escocia con Inglaterra. Inmediatamente el rey tomó cuantas medidas estuvieron á su alcance para evitar esta reunion que tanto perjudicaba á sus intereses, para lo cual, comisionó á algunos caballeros; pero descubierto su plan fueron arrestados encontrándose entre sus papeles las instrucciones dadas por el rey.

Al mismo tiempo Cárlos, para contrabalancear las ventajas que la union de Escocia, daba al Parlamento entró en trato con los Irlandeses, firmando una tregua de un año, llamando de esta manera junto así las tropas que combatian la insurreccion en Irlanda.

Este paso tan poco premeditado por el rey lo acabó de desacreditar á los ojos de la nacion.

En toda Inglaterra eran los Irlandeses un obgeto de horror y de desprecio, por los excesos cometidos contra los protestantes, así es, que al saberse la alianza hecha por el rey con semejantes hordas de asesinos, se elevó de todas partes un clamor inmenso de reprobacion.

VII.

Todas las victorias conseguidas por las tropas realistas en la nueva campaña empezada, palidieron ante la derrota sufrida en Mariton-Moor por las tropas parlamentarias.

En este día los escuadrones de Cromwell arrollaron por primera vez á la caballería realista.

Esta victoria conseguida por los independientes aumentó sus aspiraciones, les dió nuevos bríos y les hizo dar á entender de una manera mas clara, y mas precisa sus deseos y sus esperanzas.

En las tabernas, en las reuniones y en todas partes los republicanos espresaban sus pasiones, y el nombre de Cromwell, gefe se puede decir de este partido, era repetido con entusiasmo por la multitud.

VIII.

Los encuentros habidos entre las tropas reales y los parlamentarios, no habian dado resultado alguno decisivo para ninguna de las dos partes beligerantes.

Sin embargo, el parlamento comprendia que su poder amenguaba por instantes, y que se hacia necesaria una paz que separando su atencion de los negocios exteriores, pudiese dedicarla toda entera á contrarestar los ataques de los partidos que cada dia se hacian mas terribles en la capital.

Para este efecto se volvieron á entablar negociaciones, y mientras los Presbiterianos hacian todo lo posible por ajustar la paz, los independientes trataban á toda costa, de continuar la guerra.

Cromwell, jefe de este partido, dijo un día en la cámara cuando esta trataba de los asuntos de la paz, que era preciso continuar la guerra; pero de una manera enérgica y tenaz, de un modo en que prescindiendo de la Magestad, no se viese en Carlos I mas que un enemigo del reino, que los que le combatieran no lo hiciesen por el interés de los grados ó distinciones, sino únicamente, por la satisfaccion de haber servido bien á su patria.

A esto uno de los mas fanáticos sectarios de Cromwell, hizo la proposicion de que ningun miembro de una y otra cámara, pudiese obtener durante la guerra, empleo ni mando civil ó militar alguno, y que esto fuese consignado en un decreto.

Esto, como es natural, halló una oposicion vivísima en el Parlamento, pues se trataba nada menos que de quitar el mando á los Presbiterianos, creando por decirlo así un ejército cuyos gefes habian de ser de los independientes, toda vez que estaban esceptuados los Parlamentarios.

Pero de nada sirvieron las discusiones ni las oposiciones de los Comunes; el partido republicano se habia crecido mucho en poco tiempo, y el decreto fué aprobado y presentado á los Lores; pero estos confiando en las nuevas negociaciones próximas á abrirse con la corte lo desecharon completamente.

Durante estos dias de escitacion general para distraer un poco la atencion pública se le dió nueva actividad á las causas contra Lord Macquire á quien se acusaba de complicidad en la insurreccion de Irlanda, contra los Hotham padre é hijo, por haber intentado entregar al Rey la plaza de Hull, la de Sir Alejandro Carero por una tentativa igual con la isla de S. Nicolás de que era Gobernador, y la del Arzobispo Land, víctima espiatoria de los desaciertos cometidos por el Rey.

Lo mismo que con Strafford, fué imposible probarlo legalmente la alta traicion.

Pero lo mismo que aquel, tenia multitud de enemigos y era necesario que muriese para satisfacer la venganza de estos.

Un decreto de las dos cámaras, ilegal hasta lo infinito,

pronunció su sentencia de muerte, rodando su cabeza en un cadalso el día 10 de Enero de 1645, habiendo precedido á este desgraciado Prelado en el transcurso de seis semanas los desgraciados Tower-Hile, Sir Alejandro Carero, John Hotham padre é hijo, y por último Lord Macquire que fué ejecutado el 20 de Febrero del mismo año.

IX.

Ocho dias antes de la muerte del Arzobispo Land fué abolido en su totalidad el rito de la Iglesia Anglicana, recibiendo la sancion del Parlamento á peticion de la Asamblea de Teólogos el libro titulado *Direccion del culto público*.

Convencidos los gefes de que semejante medida encontraria resistencia, pensaron solo para retener su vacilante poder en el apoyo de los Presbiterianos fanáticos á quienes otorgaban cuanto de ellos solicitaban.

Los independientes por su parte no omitian medio alguno para conseguir que los Lores y los Comunes formasen una sola Cámara.

Invocaron del Altísimo que los ilustrase en tan grave deliberacion, para lo que se prescribió un solemne ayuno, y se predicó la conveniencia de dicha fusion de ámbas Asambleas en Westminster por un orador elegido por Vane y Cromwell, pero despues de repetidas conferencias, pasaron en corporacion los Comunes á la Cámara alta reclamando la adopcion del decreto, pero esta última lo desechó enérgicamente.

A instancia de los fugitivos amigos del Monarca consintió éste en que las Cámaras de Westminster se llamasen Parlamento, notándose la repugnancia con que accedió á esta medida por las palabras que escribió á la Reina, que la decia, que si en su consejo hubiera tenido dos personas de su opinion, no hubiese accedido á la concesion que acababa de otorgar.

Casi todos los comisionados de Carlos I para arreglar las disensiones en que el país se hallaba, estaban predispuestos por la paz, á escepcion de Vane, Saint-John y Prideaux que optaban por la guerra, llegando en esta situación violenta los negociadores á Uxbridge animados de las ideas mas lisongeras, de llevar á feliz término tan amargas controversias.

En el momento de su llegada se felicitaron por sus intenciones de dejar restablecida la paz, mas sin embargo se notaba un fondo de desconfianza y reserva en los comisionados de Westminster.

El plazo para dejar terminadas las negociaciones pacíficas era el de 20 dias.

Durante los preliminares reinó la mas completa confianza, pero tan luego como empezó la discusion oficial entró la discordancia en las ideas y se presentaron desembozadamente los instintos y ambiciones de cada uno de los partidos, encubiertos hasta entonces.

Ninguna de las fracciones parlamentarias se presentaba á ceder nada de sus deseos, y en posicion tan anómala se encontró la regia dignidad en el duro caso de obtener sacrificios de unos, que con menosprecio de su autoridad le negaban los otros.

Sucedió por fin lo que era inevitable, visto el giro que tomaron las cuestiones, y fué que poco á poco se fueron agriando y haciéndose cada vez mas difícil el feliz término de que en su principio se hallaban confiados de obtener.

Despues de varios incidentes propios de la efervescencia de las pasiones, en aquella época se presentó en la Iglesia de Uxbridge, en un dia de mercado, y ante un inmenso gentío, un predicador fanático, que habia llegado de Lóndres, llamado Love, el que pronunció un violento discurso contra el realismo y el tratado, diciendo "de él nada bueno podemos esperar; esos hombres han venido de Oxford con el corazon ensangrentado; solo quieren distraer al pueblo, esperando coyuntura para dañarle; entre este tratado y la paz hay tanta distancia como entre el cielo y el infierno" (1).

(1) Historia de la Revolucion de Inglaterra por Mr. Guizot.

Al presenciarse semejante atentado, pidieron los comisionados del Rey el castigo del predicador, mas los de Westminster solo le desterraron de Uxbridge.

A la par circulaban rumores de que Carlos I se oponia á la paz, habia prometido no obrar en nada sin el beneplácito de la Reina, fomentaba las discusiones de las Cámaras, y por último que sostenia relaciones secretas con los Papistas de Irlanda, sin que las protestas hechas con el mayor ardor por sus comisionados bastasen á disipar la desconfianza de la Cité.

Llegaba el término de los 20 dias prefijados para las conferencias, sin que estas hubiesen dado resultado alguno satisfactorio, y el Parlamento no se encontraba dispuesto á prorrogarlas.

Los realistas afectos á la paz instaron vivamente al Rey á fin de que hiciera algunas concesiones respecto á la Milicia, y tan vivas fueron sus gestiones, que consiguieron que Carlos I asistiese á dar mandos importantes en ellas á Cromwell y á Jaiffax.

Pero al dia siguiente, con la mayor estrañeza y no menor disgusto se negó rotundamente á lo que habia asentido el dia anterior.

La causa de esta negativa eran las ventajas obtenidas por Montrosse, ventajas que muy pronto habian de pagarse con crecidos descalabros.

Rotas las negociaciones los independientes trataron de recobrar su ascendiente y consiguieron que los Condes de Essex y Manchester presentasen su dimision, dando esto lugar á la formacion de un ejército republicano bajo el mando de Jaiffax.

La batalla de Nasevy fué un golpe terrible para el ejército realista.

Cromwell con su caballería contribuyó al mejor éxito de la batalla.

Carlos I, seguido de unos 2.000 caballos se puso en precipitada fuga, abandonando en poder de sus enemigos su artillería, municiones, bagages, 100 banderas, su mismo estandarte y mas de 5.000 prisioneros.

Una porcion de dias anduvo errante y fugitivo de plaza

en plaza, hasta que regresó á Oxford al frente de unos 1.500 hombres.

Sus partidarios estaban desalentados.

Fairfax y Cromwell los batian en todas partes y multitud de plazas caian en su poder.

Estas ventajas estaban un poco compensadas con los triunfos que obtenia Montrosse en Escocia.

Seis victorias habia conseguido sobre los aliados del Parlamento, y la sétima le abrió las puertas de Edimburgo y de Glasgow.

Confiado el Rey en estas victorias y viendo lo mal que marchaban sus asuntos en Inglaterra, decidió reunirse con Montrosse.

Pero la fortuna es una deidad demasiado caprichosa, y las 7 victorias del conquistador de Escocia quedaron destruidas por el desgraciado éxito de la batalla de Ettrick.

Sorprendido cuando menos lo esperaba por las tropas parlamentarias no pudo resistir su violento empuje, y el que un dia antes imponia condiciones y aterraba á los Presbiterianos andaba huyendo sin encontrar un asilo donde guarecerse.

Esto lo supo el Rey en el momento mismo en que acababa de ser batido nuevamente por las tropas del general parlamentario Poyntz; así fué que su situacion se hizo sumamente difícil y embarazosa.

Newark abrió sus puertas al monarca fugitivo y allí trató en vano el desgraciado Rey de reanimar el abatido espíritu de sus caballeros.

X.

Tan repetidos reveses, la pérdida de casi todas las plazas y la desersion de la mayor parte de sus partidarios, habian puesto al Monarca en un compromiso terrible.

Las tropas de los independientes le perseguian por to-

das partes, y puede decirse que Carlos I no era dueño mas que del terreno que pisaba.

Habia procedido con demasiada ligereza en algunos negocios políticos, y estaba pagando las consecuencias de ellos.

Viéndose ya sin recursos, quiso entablar nuevas negociaciones, que fueron bien recogidas por el partido presbiteriano, pero que los independientes rechazaron enérgicamente.

Perdida esta nueva esperanza y casi acorralado en Oxford por las tropas de Fairfax, la prision del Rey era casi inevitable.

Solo le quedaba un asilo, y este era el campamento escocés.

Mr. de Montreuil, Embajador de Francia, habia trabajado para que aquellos los recibiesen, y el Monarca acompañado de su Mayordomo y de un Sacerdote práctico en el terreno, abandonaron la última poblacion que le habia permanecido fiel.

Los escoceses afectaron gran sorpresa al verle, y bajo pretesto de hacerle los honores debidos, le pusieron una gran guardia que vigilaba todas sus acciones.

El partido republicano no podia consentir, en que el Rey permaneciese con los escoceses.

Pidió al Parlamento de Edimburgo la entrega de la augusta persona, y el Parlamento á su vez reclamó de las Cámaras inglesas las inmensas sumas que se adeudaban á sus tropas.

Inmediatamente se votaron nuevos empréstitos para cubrir esas cantidades, y el mismo dia en que los escoceses recibian doscientas mil libras esterlincas, entregaban al Rey á los Comisionados enviados por el Parlamento inglés.

Los presbiterianos creian asegurado su triunfo sobre los independientes, para lo cual no les faltaba mas que licenciar la mayor parte de las tropas de estos, dejando únicamente sobre las armas las guarniciones necesarias para las plazas, y las tropas que habian de pasar á Irlanda.

Cromwell, que veia en esto un golpe que destruia sus esperanzas, trató de promover la rebelion entre las tropas.

Aunque en Lóndres, y asistiendo al Parlamento todos los

días, no por eso habia dejado de conservar muy buenas relaciones en el ejército, manteniendo una correspondencia muy activa con varios de sus oficiales.

Estos fueron los que tomaron la iniciativa, y bajo el pretexto de no marchar á Irlanda dirigieron una peticion á las Cámaras.

A esta se siguió otra y otras, y finalmente, casi todo el ejército se opuso á las ideas del Parlamento.

Cromwell seguia en sus tratos con sus partidarios, y como consecuencia de estos, una comision del ejército se presentó en Hoemby á reclamar la persona del Rey.

Los Comisionados del Parlamento, ni supieron ni pudieron resistirse, y el Rey fué trasladado á Newmarket, punto que eligió para su prision.

El Parlamento se irritó cuando supo semejante violencia, y aun hubo quien acusó á Cromwell de ella; pero este despues de haberse defendido de los ataques de sus enemigos, comprendiendo que ya no era ocasion de temporizar, abandonó la capital y reuniéndose al ejército se puso al frente de él, dirigiéndose hacia Lóndres.

Esparcidas por la Cité estas noticias, los habitantes de ella en su mayor parte presbiterianos, empezaron á clamar contra el ejército y contra las Cámaras que aterrorizadas querian hacer algunas concesiones.

Algunos partidarios de Cromwell, entre los que se contaban Saint-John, Vané, Haslerig y Suddlovo, eran los agitadores de este motin que estallando con una violencia inaudita, obligó á la mayor parte de los miembros del Parlamento á huir, buscando un refugio entre los soldados de Cromwell y Fairfax.

Las tropas republicanas penetraron en la capital y los vencidos se escondieron en sus casas mientras que los cobardes y los aduladores se arrastraban servilmente á las plantas de aquel poder que amenazaba hundir todo lo existente.

En medio de todo esto, los Presbiterianos y los Realistas conspiraban, al mismo tiempo que los escoceses ofrecian al Rey su apoyo, si queria reconocer el pacto celebrado tiempos atrás, entre el Parlamento de Edimburgo y el de Lóndres.

El Rey daba pávulo á las esperanzas de los unos, sin desanimar por eso á los otros.

El ejército instigado también por unos y otros andaba desunido y Cromwell receloso siempre y no sin motivo, en esta ocasión trataba de dar un golpe de mano que le desembarazase de sus enemigos y le asegurase en el poder.

Descubiertas por el general republicano las maquinaciones de Carlos se redobló la vigilancia á su alrededor, se alejaron todas las personas que no inspiraban confianza al ejército, y la prisión del desgraciado Monarca se hizo mas dura é insoportable.

Pero algunos amigos fieles no le abandonaron y favorecieron su fuga de Hamptoncourt, conduciéndole á Newport, en cuyo Gobernador creyeron poder confiar, puesto que fué bastante astuto para encubrir sus verdaderas ideas.

XI.

Cromwell triunfaba de dia en dia de todos sus enemigos.

El ejército era su mas poderoso auxiliar, pues habia sabido de tal manera infiltrarse por decirlo así en el corazón del soldado que era para ellos casi un Dios.

A todo esto el cautiverio del Rey se hizo mas insostenible.

Se negó la entrada en el castillo á todos los extranjeros, se doblaron las guardias y casi todos sus servidores recibieron órdenes terminantes para que abandonaran la isla.

El parlamento le habia enviado cuatro whigs para su aprobación y se habia negado completamente.

Su orgullo era tan inmenso como su desgracia.

Rey sin reino; general sin soldados y por todo palacio un castillo circundado de fosos, defendido por altas murallas y en el que él no tenia mando alguno, no queria hacer nada que él creyera que pudiese menoscabar su dignidad.

¡Cuánto mas valia que esto mismo lo hubiera pensando algunos años antes!

Semejantes accesos de orgullo fueron considerados en la Cámara como un acto de demencia, y aun hubo alguno de sus miembros, que dijo que el mejor sitio para el Monarca era la casa de locos de Vidlam.

El 3 de Enero de 1648, se aprobó por el Parlamento en que supuesto que el Rey no habia querido aceptar ninguno de los cuatro whill, declarase escluida la Magestad, le negasen su obediencia y el Parlamento por sí y ante sí gobernase la nacion.

Al saberse tal noticia se elevó de todas partes un clamor inmenso, que vino á turbar un poco la victoria de los republicanos.

En todas partes hubo motines en favor de aquella causa Real que se queria hacer desaparecer para siempre.

Cromwell y sus partidarios trataron de deshacer aquella nube de gritos, imprecaciones y amenazas por los medios suaves y conciliatorios.

Pero todo fué en vano.

Los mismos hombres que en otras ocasiones se habian mostrado frios é indiferentes con el partido realista, manifestaban ahora abiertamente sus simpatías hacia él; por manera que para no hacer infructuosa la mocion adoptada por la Cámara, no hubo mas remedio que acudir á ciertas medidas que se asemejaban bastante á la tiranía de que acusaban al Rey.

Las persecuciones contra algunos miembros de las dos Cámaras, bien fueran presbiterianos ó realistas, comenzaron de una manera escandalosa y brutal.

Todo el que habia hecho armas contra el Parlamento se le desterró de la capital.

Multitud de empleados considerados como sospechosos perdieron sus destinos.

La libertad de imprenta, quedó reducida á la nulidad, ofreciéndose grandes sumas á todos los que descubrieran algun escrito subversivo.

Y finalmente, con el objeto de aterrorizar á los habitantes, el ejército con gran aparato de guerra se paseó otra vez por las calles de Lóndres, quedando unos tres mil hombres de él de guarnicion en la ciudad.

Entretanto el pueblo cada dia estaba mas descontento. Tanto en los Condados como en la capital, los caballeros se reunian, se concertaban y se lanzaban á los gritos de *Dios y el Rey Carlos*.

Generalmente estos motines se sofocaban en seguida; pero no porque el pueblo huyera se le podia declarar como vencido, su descontento tomaba cada dia mayores proporciones, redoblaba su cólera, y acrecia sus ánimos.

Escocia, Irlanda y el mediodia del país de Galles empezaron á trabajar inmediatamente y el Parlamento de Edimburgo votó inmediatamente la formacion de una comision revestida con el poder ejecutivo, y el levantamiento de un cuerpo de 40.000 hombres para sostener los derechos del Monarca.

Los caballeros del Norte de Inglaterra, no esperaban mas que esta señal para ponerse inmediatamente en movimiento, y los ciudadanos de Lóndres llenos de esperanzas demostraban á cada instante su antipatía hácia los independientes.

Cromwell que veia decaer su influencia, que comprendia que su prestigio se eclipsaba, resolvió marcharse al ejército y recobrar por medio de la guerra el ascendiente que comenzaba á perder.

En el momento en que el Cefe del partido republicano se dirigió al país de Galles la insurreccion estalló en todas partes.

Las proclamas realistas circulaban por la capital con una profusion extraordinaria.

La escuadra estacionada en las Dunas se pronunció en favor del Rey, y en los condados de Essex, Hertford y Nottingham se reclutaba abiertamente para el ejército realista.

La revolucion se desarrollaba y crecia con una rapidez espantosa, abrumando con su peso terrible la robusta mole de Westminster.

Una tentativa de fuga del Rey fué descubierta, y esto amortiguó bastante el ardor de sus partidarios.

Al mismo tiempo el Parlamento que comprendió toda la inmensidad del peligro, trató de contrarrestarle con todos los medios que tenia á su alcance.

Si se habia abatido en los primeros instantes, fué para alzarse mas grande, mas amenazador.

Fairfax recibió orden de dirigirse contra las hordas de insurgentes que llevaban su audacia hasta el estremo de acercarse atrevidamente hasta las puertas de Lóndres, al par que los otros generales republicanos recibieron órdenes para batir á los rebeldes en todos los sitios en que se habian presentado.

XII.

La serie no interrumpida de acontecimientos, todos contrarios á las armas realistas, dejaron coñocer que la Monarquía estaba muy próxima á su fin.

Buckingham y otros varios Lores, al frente de mil Caballeros, trataron en el mismo centro de la Cité de restablecer los derechos del Monarca, mas fueron arrollados en los alrededores de Lóndres, y fueron perseguidos por Sir Michel Siverey hasta el condado de Huntington.

El 30 de Junio revocó el Parlamento la disposicion en que se prohibia todo trato con el Rey, y se acordó se le ofreciese sin dilacion un nuevo tratado, cuya oferta fué rechazada por los independientes apoyándose en la veleidosa del carácter de Carlos I.

Cuando se encontraban en la Cámara de los Comunes ocupados en si se debia ó no presentar al Rey la nueva proposicion, y á la par calcular la insegura posicion que las mismas Cámaras presentaban, se recibió la noticia de que los Escoceses habian entrado en el reino, y que Lamberto se retiraba de ellos.

Cromwell que se encontraba á la sazón en Pembroke con su ejército en un estado miserable, pero entusiasmados con sus victorias, sin esperar órdenes se puso en movimiento ca-

yendo casi de improviso sobre Hamilton y Langalate que con sus caballeros se hallaban en Preston; Cromwell los derrotó y marchó en seguida á cortar el paso del rio Ribble á los escoceses, lo cual consiguió, haciéndolos retirar de su movimiento invasor.

Una vez dejó libre Cromwell al pais, trató de invadir con su ejército á la Escocia, y quitar á la vez todo medio de salvacion á los Presbiterianos.

Despues de varias tentativas y denuncia de un mayor de Cromwell para perderlo, el Parlamento, que ya no podía llamarse tal, sino un caos político, se resolvió abrir nuevas negociaciones con Cárlos I, se acordó que las conferencias tendrían lugar en la isla de Wight, dejando á eleccion del Monarca el lugar de su residencia en la isla durante el tratado, y la designacion de los consejeros de que deseaba rodearse.

A pesar de la oposicion del ejército y de los independientes que veían en este acto un contratiempo que destruía sus planes de dominio, marcharon los comisionados á la isla de Wight, animados en su mayor parte de ideas de paz.

Las negociaciones debían durar 40 dias, y el Monarca tuvo que empeñar su palabra de que no solo mientras las negociaciones, sino 20 dias despues, no haría ninguna tentativa de evasion.

Decidido Cárlos I á sostener solo las conferencias con los comisionados del Parlamento, se abrieron estas el 16 de Septiembre.

El Monarca estaba en el fondo de la sala rodeado de sus silenciosos Consejeros, y ocupando sus puestos se hallaban los comisionados.

Cárlos I demacrado por los pesares pero conservando su orgullo, se mostraba dispuesto á aprobar la resolucion de las conferencias, pero en su interior habia proyectos de fuga protegida por la Francia.

El Monarca aceptó las condiciones, mientras que por bajo mano trataba de su evasion.

Las conferencias fueron prorogadas por las oposiciones de los partidos beligerantes á sus acuerdos.

Mientras tenían lugar en la isla estos acontecimientos se

rindió á Fairfax, Colchester, y Cromwell entró en Escocia, levantándose en masa los paisanos contra los realistas que debieron la seguridad de sus bienes y personas á un tratado, en el cual entre otras cosas se comprometian bajo juramento á anular sus deberes con el Rey.

El 20 de Noviembre se presentaron unos oficiales del ejército á solicitar del Consejo la lectura de un escrito de que eran portadores, y en el cual se patentizaba el disgusto de las tropas, de que ya anteriormente habian dado pruebas, y se amenazaba por estas disolver el Parlamento y establecer la soberanía nacional.

Todas estas manifestaciones contribuian de una manera asombrosa á la perdicion completa del partido realista.

Los republicanos fueron insultados, y á Fairfax trataron de asesinarlo.

Todo eran conjuraciones que envolvian proyectos de asesinatos, y en medio de esta anarquía se supo la próxima llegada de Cromwell al cuartel general, cuya noticia causó la mayor alarma entre los demás partidos.

Fué reemplazado el Gobernador de Whigt por sospechas de connivencia con el Rey para proteger su fuga, y por razon de todos estos acontecimientos, dió el Rey por terminadas las conferencias en Newport, regresando los comisionados á Lóndres á dar cuenta al Parlamento.

El desgraciado Carlos se despidió de los Lores anunciándoles que no volverian á verse mas, y que se hallaba en paz con el Altísimo con cuya voluntad se conformaba, pero que su ruina era la precursora de la de ellos.

Oida la contestacion de los comisionados se entró en debate sobre ella, y los presbiterianos solicitaron se tuviera por suficiente para establecer la paz.

En el calor de la discusion se recibió la noticia de que el ejército marchaba hácia Lóndres, como efectivamente empezó á entrar al dia siguiente.

Los independientes quisieron aprovecharse de esta noticia para cambiar el rumbo de las discusiones que fueron tumultuosas, pero no les fué posible conseguirlo.

Reinaba en la Cámara al dia siguiente un sombrío rumor. El Rey (decian) ha sido robado de la isla de Wight, á

pesar de su resistencia, y llevado al castillo de Hurit.

Segun las cartas dirigidas á la Cámara por el Gobernador de la isla, el rumor era fundado, imposibilitando este inesperado hecho toda relacion entre Carlos y el Parlamento sin el beneplácito del ejército.

El 29 de Noviembre un hombre mal vestido dijo á uno de los criados del Rey: „acaban de desembarcar tropas en la isla; advertir al Rey de que esta noche será arrebatado de aquí.“ (1).

Carlos consultó con sus amigos de mas confianza qué partido tomaria, á lo cual le aconsejaron la fuga, y mucho mas, cuando tenian caballos y un barco preparado, y además poseian la contraseña.

No quiso el Monarca aceptar por no faltar á su palabra al Parlamento, sin que pudieran convencerle la razon, de que ahora no era el Parlamento sino el ejército, el autor del atentado.

Dueño el ejército de la situacion, procedió á la prision de un gran número de individuos del Parlamento que le eran sospechosos, con los cuales se cometieron varias tropelías.

Cromwell emitió en el Parlamento su disculpa alegando ignoraba todo lo sucedido, pero que ya estaba hecho, lo aprobaba, cuyas frases fueron acogidas con entusiasmo.

Despues de recibir las gracias del Presidente por su campaña de Escocia, marchó á alojarse en Whiteal, en las mismas habitaciones reales.

Una noche un tropel de gente armada que entró á deshora en el castillo que servia de prision á Carlos, sobresaltó su ánimo con un siniestro presentimiento, y deseoso de averiguar quién producía aquel ruido, supo con terror que era el coronel Harrison.

El pánico del Monarca creció de punto, cuando supo que el jefe de aquella fuerza era el mismo que le avisaron proyectaba asesinarle.

Trató el Monarca de averiguar el motivo de su llegada, y supo que se reducía á trasladarlo á Windsor.

(1) Historia de la Revolucion de Inglaterra por Mr. Guizot.

Durante el viage le llamó la atención al Monarca un oficial ricamente vestido, y habiendo preguntado quién era, supo que era el coronel objeto de su terror.

Varió por completo la opinion de Cárlos, con respecto al gefe de la escolta al conocerle personalmente, efecto de lo simpático de su persona.

A una jornada de Windsor pidió el Rey se le permitiese comer en el bosque y quedarse á descansar en casa de Lord Newburg, en Bagshot, uno de sus mas leales servidores, y quien le tenia ofrecido un caballo que le salvaria á través del bosque de sus perseguidores.

Ardua era la empresa por la gran vigilancia de los oficiales y tropa que siempre llevaban sus pistolas amartilladas, para evitar su evasion, razon por la que tuvo el Monarca que renunciar á su proyecto de fuga.

Llegado el Rey á Windsor, acordaron los Comunes procesarle, y despues de varios debates sobre semejante medida, se resolvió formar un Consejo que le juzgase formado de los hombres mas notables de la nacion, y de los gefes de los partidos.

Cromwell, hombre de un talento nada comun y dotado de una refinada astucia, manifestó al pronto que estaba conforme con semejante medida, concluyendo con conformarse con ella, supuesto que la Providencia así lo habia dispuesto.

El infortunado Monarca fué pues acusado de traicion, por haber hecho la guerra al Parlamento; se procedió por la comision á la formacion de su causa, pero como en las leyes del reino no habia ninguna que le condenase, se acordó formar una ordenanza especial para este caso.

¡Pobre Cárlos II... Tu sino era morir: ¡no pudiste jamás eludir la estrella fatal que guiaba los pasos de tu desgraciada existencia!

Llenas de contrariedades, oposiciones y divergencias fueron las diferentes sesiones reservadas á que dió lugar el célebre proceso.

La mayor parte de los individuos se escusaban, mas ó menos abiertamente á su continuacion, mas en la sesion del 19 de Enero, dijo Cromwell "que sabrian cortarle la cabeza con la corona misma."

Concretado el Consejo á los miembros que le quedaron, empezó á trabajar sin levantar mano en la causa del Rey.

Este, mal informado de las decisiones del Parlamento, abrigaba esperanzas de su salvacion, hasta el grado de asegurar que dentro de seis meses estaria restablecida la paz y él en posesion de sus derechos.

¡Cuán ilusorias eran sus esperanzas, qué distinto era el resultado que debian darle los acontecimientos futuros!

XIII.

El 19 de Enero fué conducido Cárlos I desde su palacio prision de Windsor á Lóndres, escoltado por el coronel Harrison.

Al siguiente dia llegó el Monarca ante el tribunal que le juzgaba.

Estaban en sesion secreta, y Cromwell, al divisar la régia comitiva, exclamó diciendo: "aquí está, llegó la hora de la grande obra, dadle pronta y segura contestacion cuando os pregunte el derecho con que le juzgais."

Llamado el reo á la barra en los distintos dias que tuvo lugar, le fué leida su acusacion, "como tirano, traidor y asesino."

El Monarca plegó sus labios con una sonrisa sardónica al oír el delito de que se le acusaba, é insistió en averiguar con qué poderes se le juzgaba.

No pudo obtener jamás una clara explicacion; solo se le decia que en nombre de la nacion representada por los Comunes.

El pueblo, cuyos sentimientos nobles estaban sofocados, renacieron al ver la tranquilidad de su Monarca, y exclamaron muchas voces diciendo: "Dios salve al Rey," las cuales se confundian con las de unos pocos que clamaban: "justicia, justicia."

Privado el acusado de alegar sus razones, para poder defenderse de su acusacion, acto inhumano en un tribunal que abogaba por los principios regeneradores de legalidad, justicia é igualdad, exclamó el desgraciado Monarca dirigiéndose al pueblo: "Acordaos que soy condenado sin dejarme alegar mis razones en favor de la libertad del pueblo;" á cuyas palabras contestó éste último con un grito unánime de "Dios salve al Rey."

La Reina Enriqueta María pidió permiso para pasar al lecho de Cárlos su esposo, para consolarle: el Príncipe de Gales pidió por el Monarca. Los escoceses protestaron todos los actos del proceso. Se anunció la llegada de una embajada de los estados generales, para intervenir por el Rey; nada hizo doblar á un tribunal que se habia propuesto privar de la existencia á su Rey, por la mano del verdugo.

Para poder condenar á Cárlos con alguna apariencia legal se recogieron una porcion de firmas, de testigos que deponian contra él; y por último, casi sin exámen, sin discusion fué pronunciada su condena.

Todas cuantas peticiones hizo el Monarca para ser escuchado, todas fueron rechazadas por aquel tan injusto tribunal formado de hombres, que solo veian el logro de sus aspiraciones el dia que el verdugo alzase en el cadalso la ensangrentada cabeza de su Rey.

Rodeado Cárlos Stuardo de una soldadesca brutal que cometió con él los actos mas indignos de un pueblo civilizado, y que caracterizaron su grosera y soez educacion, esperó impasible su sentencia, que le fué leida por el escribano del Parlamento, y que escuchó lleno de dignidad y religiosa conformidad.

Desde el momento en que el Monarca, trasportado á Saint-James, supo la suerte fatal que le esperaba, se dedicó al cuidado de su alma y de sus hijos.

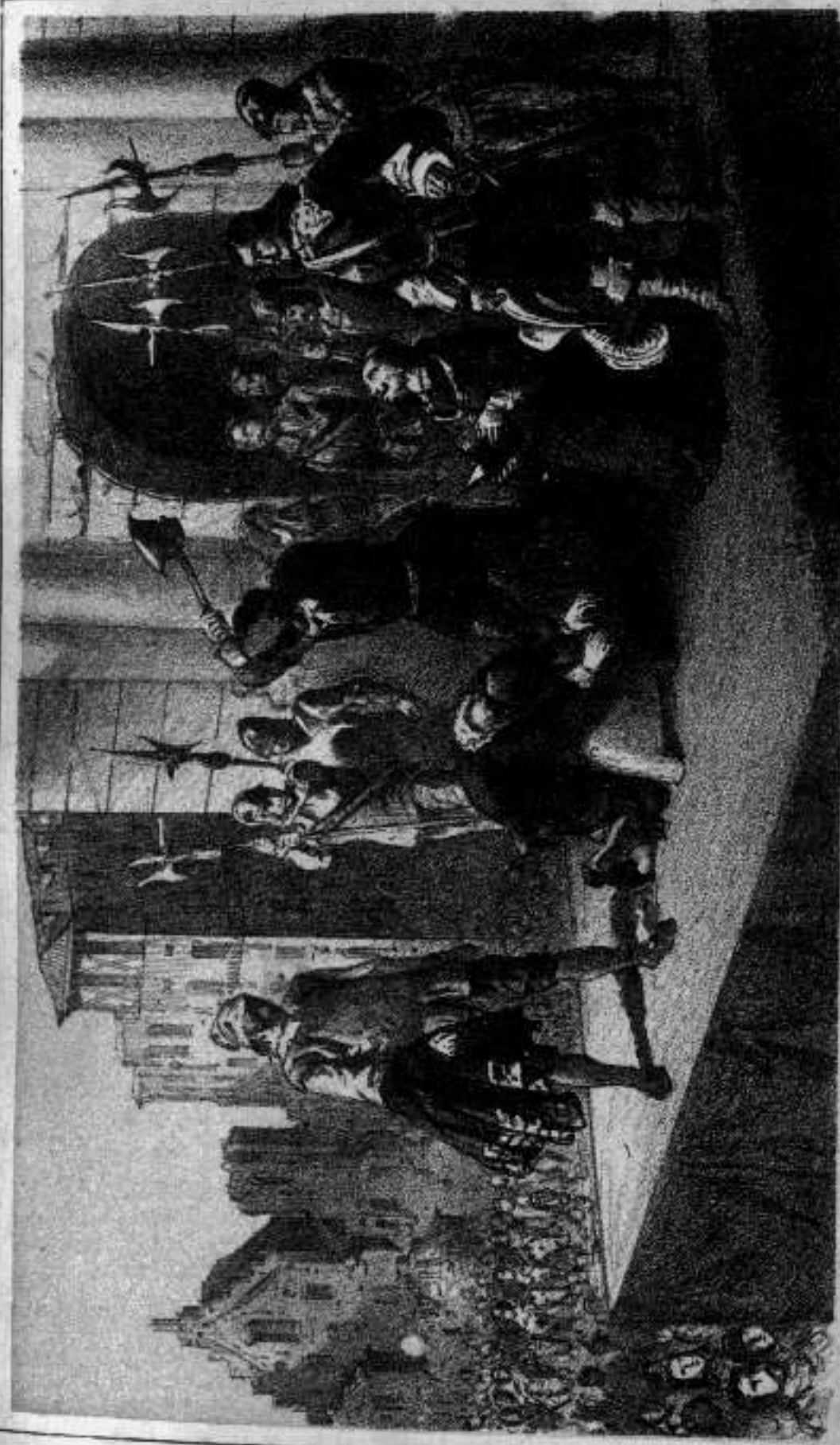
Llegado el caso de firmar la fatal sentencia, faltaron la mayor parte de los miembros que la habian votado, y solamente Cromwell se mostraba gozoso y atrevido.

Se recogieron por fin cincuenta y nueve firmas, pero cuyos nombres, ya fuese por turbacion ó esprofeso, no podian leerse.

Por fin, llegó el momento fatal de llevar á efecto la sentencia.

Cromwell mismo estendió la orden para el ejecutor, y el día 30 de Enero de 1648 rodó la cabeza del Monarca en el patíbulo levantado al intento.

Este fue el desgraciado fin de Carlos Stuardo de Inglaterra, víctima inmolada al furor de las pasiones de los hombres autores de aquella memorable revolución, fecunda en acontecimientos políticos y no estéril para la libertad europea.



V. Utravicia, del.

DECAPITACION DE CARLOS I^o

Lab. Heraldica.



CAPITULO IV.

Sucesos ocurridos despues de proclamada la Constitucion en 1808.—Intervencion francesa.—O'Donell en el sitio de Ciudad-Rodrigo.—Es nombrado teniente.—Pasa á la Guardia Real.—Marcha Fernando VII á Andalucia.—Trasladada á Cádiz.—Motin realista en Sevilla.—Bloqueo de Cádiz por la escuadra francesa.—Defensa memorable del Trocadero.—O'Donell es nombrado capitán por rigurosa escala.—Muerte de Fernando VII.



A hemos dicho en otra parte que hay hombres que llevan ligada íntimamente en su vida la existencia política de la nacion en que se hallan.

Por esta razon, siguiendo la existencia de D. Leopoldo O'Donell paso á paso, tenemos necesariamente que ocuparnos de la Historia de España, mejor dicho, de las peripecias políticas porque ha pasado nuestra patria desde el año 1820 hasta el dia.

La lucha del Rey Cárlos I con el Parlamento, la desunion de esos dos poderes del estado causó la revolucion de Inglaterra.

Las revoluciones á estilo de las palmeras, dejan llevar en alas de los vientos su hálito fecundizante que va á hacer brotar nuevas revoluciones, nuevos cambios políticos en otras naciones.

Francia, á imitacion de Inglaterra, verificó su revolucion á fines del siglo XVIII.

De aquel gran desquiciamiento social, de aquella anar-

quía espantosa, nació un hombre que cambió por completo los destinos de la Europa.

No fué á España la que menos parte le tocó por la ambicion del Soldado-Rey.

La guerra de la Independencia es un claro testimonio de esto.

Durante largos años los españoles lucharon por la libertad de su patria y por conservar el trono para aquel Rey que habia suado á él, á consecuencia del motin de Aranjuez.

Fernando VII volvió á España, y el pago que dió al pueblo que de tal modo se habia sacrificado por él fué llenarlo de cadenas, haciéndolo víctima del despotismo mas feroz.

Ya hemos visto los esfuerzos que tuvieron que hacer los liberales para establecer la Constitucion de 1820.

Réstanos ahora decir á nuestros lectores, si la Constitucion jurada por el Rey fué sincera ó si solo fué una de las muchas formas políticas que Fernando VII usaba.

Este Monarca á imitacion del camaleon, sabia tomar cuando mejor le convenia sus diferentes colores.

La vida del hijo de Cárlos IV, llena de contradicciones notables, de apostasías imposibles de calificar, ofrece una gran leccion para los pueblos, que nosotros nos alegrariamos mucho, que no se echase en olvido.

Cuanto mas se repasa la Historia, cuanto mas detenidamente se leen sus páginas, se observa que aquellos pueblos que mas se sacrificaron por sus Reyes, menos garantías, menos libertades y menos beneficios han obtenido de ellos.

Pero justo nos parece ya, dejarnos de digresiones y siguiendo la marcha de nuestra historia, continuemos la vida militar y política del actual Presidente del Consejo de Ministros.

II.

Una vez ya aceptada la Constitución como ley del Estado, fué preciso luchar con todos los inconvenientes que se presentase en un cambio tan radical de gobierno, y con mayor razón cuando, el Monarca, mejor hubiera empleado los recursos que contaba, en recuperar su antiguo poder que no en asegurar el moderno.

Restablecidas como era consiguientes las leyes hechas por las Córtes en 1810 y 1813; abolido el Tribunal del Santo Oficio por un decreto especial, abiertas las prisiones á los que en ellas gemian víctimas de sus opiniones liberales, y por último restablecida la libertad de imprenta y cuantos derechos, nacian de la nueva ley, se entró de lleno en la nueva era regeneradora.

El entusiasmo que naturalmente sucede al conseguir los partidarios de un principio político el logro de sus aspiraciones, fué un enemigo gigante al mismo sistema que aclamaban.

Habia en la Puerta del Sol, de la capital de la Monarquía, un café llamado de *Lorencini* y como quiera que la Constitución no prohibiese la asociacion, ni el emitir las ideas en público, se formó por los mas entusiastas una sociedad que empezó por sola la reunion de café y luego llegó á tener su presidente, y hasta discutirse los mas graves asuntos del Estado.

Hízose diaria la reunion, y tomó el nombre de *Sociedad patriótica*, cobrando esta reunion tal importancia que acudieron á sincerarse de sus actos hombres eminentes, como el Ex-ministro de Estado Pizarro y el Conde de la Bisbal.

Si bien en el seno de esta asociacion habia hombres honrados y de buena fé, tambien los habia guiados solo por el entusiasmo del dia.

Considerándose cuerpo constituido, aspiró á una intervencion señalada en la formacion del Gabinete, que entonces habia de regir los destinos del pais.

Nombrado por el Rey el Ministerio y recayendo el nombramiento en persona, no señalada por su celo en favor del régimen jurado, presentó su oposicion la Junta directiva de la Sociedad patriótica, y Fernando VII conociendo lo fácil que hubiera sido hacer balancear su trono en aquellas circunstancias, se amoldó á ellas y nombró para dichos cargos á personas, que por sus padecimientos por la causa liberal eran real y verdaderamente los merecedores de ocupar las sillas del Gabinete.

Entre ellas lo fué para el de Gobernacion el esclarecido y eminente hombre D. Agustin Argüelles, cuyos méritos, nadie ignora.

Fué tal la importancia de la Sociedad patriótica que, en el ínterin los Ministros no se encargaban de sus respectivos ramos, y de consuno marcaban el rumbo que debia seguir la nave del Estado, la Junta directiva tuvo una gran parte en los acuerdos que por el gobierno se dictaron.

Lo importante en aquellos momentos, era saber qué se disponia con el ejército libertador.

Del de Galicia disponia la Junta de aquel pais, mas no así del de S. Fernando, dueño de la isla Gaditana y de su entrañable amor.

Dispúsose aumentar aquel ejército que tan digno era de las consideraciones que se le prodigaban por los habitantes de Cádiz, en recuerdo de su leal y noble proceder en los desgraciados acontecimientos del 10 de Marzo.

Hízose así en efecto, dándose el mando del de la Isla al General Quiroga, y el de Sevilla al infortunado Riego.

III.

El carácter de Riego, ambicioso sin apercibirse casi de que lo era, le puso en pugna con Quiroga, menospreciando los servicios prestados por el ejército de S. Fernando, sin calcular que éste cercado por fuerzas muy superiores sobrepujó mucho en su constancia á los demás, y supo mantener en su esplendor el pabellon Constitucional que defendia.

Desempeñaba el mando de la Capitanía General de Andalucía D. Juan O-Donojú, hombre de simpatías de los hombres del nuevo régimen, no desagradable á la Corte, pero artero y suspicaz.

Comprendió el mencionado Gefe el carácter de Riego y supo dominarle, para que secundase las ideas que abrigaba en armonía con la Corte y su privado el Marqués de las Amarillas.

Logró pues el Capitan General poner á Riego en desavenencia con el ejército libertador, sombra amenazadora del Gobierno, en quien veia siempre su ruina.

En armonía del sentido literal del decreto del Rey, poco despues de jurar la Constitucion fueron puestos en libertad todos los que sufrían en las cárceles y presidios por delitos políticos, y en dicho armisticio se creyeron incluidos los franceses que habian venido al servicio de José Napoleon durante el gobierno intruso.

Nuestros Embajadores en el estrangero dieron pasaportes á los individuos de la Francia que lo solicitaron para regresar á nuestro suelo.

A una medida tan justa se opuso una pandilla capitaneada por un periódico de mal pensamiento, y por redaccion llamado *El Observador*, llegando la osadía de estos mal contentos á detener á los emigrados en las poblaciones fronterizas, en donde se los injuriaba con los mas feos insultos.

Lo grande, lo admirable que observamos en esta parte de nuestra historia contemporánea, es que el Ministerio y la Junta consultiva cediese y aun autorizase tan injusto proceder, hijo de errores y fanatismos políticos, y mas que nada de rencor á la nacion vecina, mediante á que para escluirlos del indulto se alegaba que eran reos de traicion á la España, pero no políticos.

El buen criterio, la mas clara razon, no puede comprender como unos hombres que predicaban la libertad, concibiesen la idea de dar soltura á unos y dejar oprimidos á otros, todos victimas de iguales ó parecidas disensiones políticas.

Con una medida tan injusta, era natural se aumentasen los odios de las personas que habian sido preferidas hácia el órden de cosas que acababa de nacer.

La mudanza de las instituciones se debia á una sociedad secreta, cuidadosa antes del logro de sus deseos de guardar su incógnita, pero anhelosa despues por darse á conocer.

Los hombres que en ciertas épocas de la vida somos mas aficionados á la novedad que lo puede ser con su carácter naturalmente veleidoso, la hermosa mitad del género humano, corrieron á afiliarse en las banderas masónicas, haciendo ostentacion de pertenecer á ellas, muchos que no participaban de ideas liberales.

La ostentacion que esta sociedad hizo de su existencia logrando alistar en sus filas, no solo ciudadanos, sino hasta muchos sargentos de ejército, que fundados en las ideas de fraternidad alternaban con sus gefes con menosprecio y no pequeño daño de la disciplina militar, la dió tal preponderancia, que fué preciso crear un gobierno oculto, bajo la antigua forma; pero perfeccionado.

Creó además un cuerpo supremo en la capital compuesto de sus representantes de las provincias, y en las capitales de las mismas un cuerpo formado por los diputados de las Logias.

Todo hombre prudente abrigaba temores, no infundados, de que si bien se encontraba una sociedad tan preponderante afiliada al sistema y al Gobierno que ocupaba el poder, pudiera suceder que en un momento crítico quizás,

fuera una rémora para el mismo poder que á la sazón protegía.

Las sociedades patrióticas y la Milicia Nacional eran poderosos elementos para llevar adelante el establecimiento de la Constitución.

Nacieron en el estado revolucionario en que nos hallábamos dos partidos opuestos. El uno exaltado que quería llevar la revolución mas adelante, y el otro moderado que abogaba por consolidar la situación en el punto á que había llegado.

Con la sacudida política que había tenido lugar, el trono había quedado algo mal parado en sus prerrogativas, y los ministros se hallaban en el duro trance de gobernar el país con arreglo á la nueva ley y sosteniendo la régia dignidad.

Afiliados muchos hombres á la bandera constitucional sin ser adictos á ella, pero que abrigaban la convicción de que sería de corta existencia aquella institución, y por lo tanto volverían á enseñorearse con un absolutismo mas refinado, produjo como no podía menos un rompimiento.

El primer choque que tuvo lugar con una parte de los liberales fué procederse contra la sociedad del café de Lorenzini, que trataba en fuerza de su patriotismo de apoderarse del poder, poniendo en juego injuriosos epítetos contra el marqués de las Amarillas, á quien desde luego vió subir al ministerio con desagrado.

La sociedad no tuvo oculto por mucho tiempo el desafecto que profesaba al antes mencionado personage, el cual puso en conocimiento del Rey y del Gobierno por medio de una comisión que para el efecto se nombró de su seno.

El carácter belicoso español, que lo demuestra hasta en sus alegrías, lo poco ó nada acostumbrado que estaba á poder emitir sus ideas en público y en alta voz, y por último, la propensión que tenemos á no estar nunca contentos con aquello que se nos otorga, produjo el que las palabras no satisfacían y se descaba avanzar en los hechos.

Todas estas circunstancias reunidas dieron á la comisión del café mas pronto el carácter de una asonada que de una manifestación pacífica y razonable.

Poco prudentes los Ministros, desenlazaron aquel drama

mandando prender á los comisionados, cuyo acto aplaudieron unos, pero la prensa habló todo lo que le fué posible contra el marqués de las Amarillas.

IV.

El Gobierno tenia que luchar además con la fria acogida que en las naciones vecinas habia producido el nuevo sistema, las cuales contestaron á Fernando VII con frialdad, á escepcion de la Rusia que lo hizo con marcado disgusto y acritud.

La Francia, regida entonces por un príncipe de la misma sangre que Fernando VII, y además deseoso de poder servir algo á su pariente, nombró por embajador en nuestra corte á Mr. Latour de Pin; pero cuando en Madrid se supo este nombramiento, se levantó un clamor espantoso sobre semejante medida, á la cual fué preciso desistir, entibiando infinitamente nuestras relaciones con la nacion vecina.

Abriéronse por fin las Córtes, compuestas de hombres conocidos liberales antiguos, y de muy pocos de los que habian contribuido al restablecimiento de la Constitucion.

Despues de varios acontecimientos fué separado de la Isla Gaditana el general del ejército libertador y nombrado su segundo; por último quedó Riego por su cabeza y representante.

Razones poderosas inducian á la disolucion de este ejército que se envanecia llamándose libertador, pero otras contrabalaceaban poderosamente á las primeras.

Y.

El Rey, enemigo embozado, y que no podia menos de serlo de un sistema de Gobierno que le coartaba tanto sus facultades, no paraba de urdir tramas para sacudir aquel yugo que tanto le oprimia.

De aquí dimanaba el verse la Nacion Española, llena de enemigos en su interior, y fuera de ella.

Cercana la hora de abrir las Córtes, debia el Rey en este acto renovar su juramento, mas fraguóse una conspiracion, cuya cabeza era D. Pedro Agustin de Echevarri, la que se proponia llevarse al Rey á Búrgos, y allí restablecerle en su despotismo.

Llegaba el momento de realizarse cuando se malogró, ó fueron presos los conspiradores, quedándose caida la máscara del Monarca.

Abierta las Córtes empezaron sus tareas, notándose grande inercia en el Gabinete.

Se pensó en un empréstito que dió muy mal resultado y no se sabia como arreglar el presupuesto del año, mediante al descrédito en que el mismo Ministro D. José Canga Argüelles habia puesto á las contribuciones con la relacion que hizo de ellas, con ánimo de ganarse la simpatía popular.

La Sociedad secreta mientras tanto acrecia extraordinariamente su poder, el cual gracias á su bien constituido Gobierno, contaba su mayor fuerza en las mismas filas del ejército.

Las sociedades patrióticas eran sus mejores máquinas para desenvolver sus ocultas tareas.

VI.

Desde la disolucion de la sociedad del café de Lorencini, ya no habia predicadores políticos que perorasen sobre las mesas de los cafés, sin duda temeroso de correr la suerte de sus antecesores.

Sin embargo, varios hombres ilustres, del partido liberal pensaron formar otras, que con mas órden, y mejor establecidas dieran mas satisfactorios resultados; pero sus buenos deseos se estrellaron mas pronto ó mas tarde ante lo imposible de la ejecucion.

Llegó el momento en que buscando economías al Tesoro propuso el Ministro de Hacienda la disolucion del ejército salvador, la cual fué discutida y aprobada, pero tambien fué la tea de la discordia entre la revolucion y la Constitucion jurada.

Semejante medida causó general espanto entre los liberales, temerosos de una reaccion, que les hubiera sido muy fatal.

Riego al frente del ejército cuya disolucion acababa de acordarse y D. Cayetano Valdés encargado de lo político, ambos parientes, y muy queridos por los Gaditanos, desaprobaron interiormente la providencia del Gobierno, y en union con dicho vecindario y el de S. Fernando, resolvieron contrarrestarla pero de una manera firme á la par que respetuosa.

Los Ayuntamientos y Diputacion provincial, en cuyas representaciones no dudó en estampar su firma Valdés, pidieron la renovacion del decreto de disolucion del ejército.

VII.

Grave era el conflicto en que se encontraba el Gobierno para poder conciliar los extremos tan opuestos que se le presentaban, si cedia á la renovacion con mengua de su decoro, ó si no lo verificaba era fácil naciera una guerra civil, que daría mucha ventaja á sus enemigos, con descrédito de las instituciones.

Para salir de este aprieto no se le ocurrió al Gobierno mas recurso, que hacer que Riego viniera á Madrid.

La negociacion para esto, se encargó al Conde de Toreno, y entendiéndose con un hermano del General, puso en juego todos los medios imaginables á fin de que diera el resultado apetecido.

El carácter de Riego ya hemos dicho en otro lugar que se pagaba mucho de las adulaciones y manifestaciones populares; así pues, guiado tal vez por malos consejos y por amigos demasiado imprudentes, cuando llegó á Madrid, al presentarse á los ministros les habló de cierta manera, completamente diferente de como aquellos le creían, visto desde lejos rodeado de cierta aureola de gratitud y entusiasmo popular.

Tanteadas por los ministros las fuerzas políticas del general, hubieron de advertirle sus escasos conocimientos para medir sus fuerzas con ellos.

Así fué que aquella entrevista concluyó quedando los representantes de la nacion bastante preocupados y Riego muy satisfecho de haber conseguido un gran triunfo.

VIII.

Las personas sensatas del partido liberal desaprobaron la clase de popularidad obtenida por Riego, que se componia de la peor clase del populacho.

A los demás generales se les hicieron festejos conforme llegaban á la corte, pero de todos ellos el mas lucido fué el de Arco Agüero.

En los teatros se dieron funciones dedicadas á estos personajes, cantándose el himno de Riego, compuesto por D. Evaristo San Miguel, en las que asistió este general, el cual agregó al contenido de la letra algunas coplas socces que tendian á injuriar á los desafectos, y que tenian por estribillo el *Trágala perro*.

Entusiasmado Riego con sus coplillas, y deseoso de que el público madrileño las conociese, se las hizo cantar á sus ayudantes que estaban en el palco, y produjo un gozo entusiasta en la plebe y una reprobacion marcada en los hombres sensatos que estaban en el teatro.

El Gobierno con este motivo se vió obligado á emplear providencias de rigor contra Riego, á cuyo parecer aceptó gustoso Fernando VII, inclinado como estaba siempre á toda medida que contrariase la revolucion.

Las estravagancias de este tan infortunado general, hicieron concebir temores al Gobierno y se resolvió á castigarle á él y á sus parciales, para lo cual empezaron destinando á Riego de cuartel á Asturias su pais natal.

Separaron de sus destinos y mandaron salir de la corte á la mayor parte de sus parciales, cuya suerte tocó al general Valazco, D. Evaristo San Miguel, D. Salvador Manzanares y otros militares notables en aquella época.

Un motin que ni estaba previsto ni calculado, vino á agravar la posicion de los constitucionales.

IX.

Juntábanse á la puerta de Palacio varias personas como ha venido sucediendo hasta el día de hoy, á ver salir los Reyes á su cotidiano paseo, y generalmente le aclamaban con vivas y vítores.

Los vítores dirigidos á los Reyes siempre habian tenido la fórmula de "viva el Rey," pero los constitucionales quisieron agregarle la gratuita condicion de "si es constitucional."

Sobre un punto que tanta importancia se le daba por los liberales mas avanzados se movieron cuestiones hasta venir á las manos, produciendo una corrida que alarmó toda la poblacion y que duró mas de un día.

El bullicio terminó como generalmente terminan todos los de Madrid, ó por ser hora de comer, ó de dormir.

Como habia comenzado con los estómagos repletos (el que hubiese comido) cuando Morfeo se presentó á los mortales gritadores, se entregaron estos en sus brazos, levantándose al día siguiente como si tal cosa hubiese sucedido.

El Gobierno despues que todo se habia concluido fué cuando tuvo la idea feliz de hacer ostentacion de su fuerza para combatir á su imaginario enemigo.

Con tan plausible ocurrencia, la gente siempre novelera y aficionada á las músicas y formaciones, tomaron á diversion el temor del Gobierno y se paseaba por las calles viendo en la Puerta del Sol los artilleros con mechas encendidas, y sus cañones cargados, mas bien dispuestos para la toma de una plaza enemiga que no para tranquilizar los ánimos de un pueblo, que ya ni se acordaba de lo que habia hecho el día antes.

Mientras en las calles se paseaban los soldados entreteniéndose el ocio, en el Congreso habia sido sacada á colacion

la cuestion palpitante, mezclándola con los asuntos de Riego; y por último se dijo que la asonada popular era una conspiracion, de cuya existencia tenian noticia los ministros.

Defendieron estos semejante acriminacion, y consiguieron refutar los cargos que se les hicieron por el Diputado Sr. Moreno Guerra.

Con los repetidos debates parlamentarios el Gobierno quedó vencedor pero no fuerte.

La Sociedad de la Fontana resolvió suspender sus sesiones, resentida con el pasado alarde militar.

La Sociedad Masónica no suspendió sus sesiones, pero se mantuvo en su defensiva, y persiguiendo en secreto al partido que lo habia hecho con ella en público.

Empezó á cundir el descontento entre los diputados de aquella legislatura, y entre ellos quien mas pruebas dió de estarlo fué D. Tomás Isturiz, Diputado por Cádiz, hombre de talento, rectitud y rara entereza, que habia regresado del destierro á la Corte para que los disgustos que esta le proporcionaron, agregado á una dolencia grave que padecia, le condujesen al sepulcro.

Siguieron las Cortes sus tareas, haciendo reformas aunque muy pausadamente.

X.

Cuando se encontraban engolfadas en sus tareas, dos hechos ocurridos fuera del reino vinieron á distraerlos.

El uno fué la sublevacion de Nápoles, haciendo jurar á su Rey la Constitucion española, en cuyo acontecimiento se creyó (infundadamente) complicado á nuestro Gobierno.

Y el otro el establecimiento del mismo sistema en el vecino reino de Portugal.

La Europa en fin se alarmó al considerar el fuego revolucionario el incremento que tomaba, temerosa no sin razon,

á la influencia de sus chispas que amenazaban devorar el maderámen de los tronos.

Con todo, el eco revolucionario que á lo lejos se iba repitiendo por Europa, el Gobierno Español marchaba con frialdad en las reformas radicales, indispensables en todo cambio de sistema.

Sin embargo, las Córtes pensaron sériamente en poner cotos á los excesos que se cometían por las sociedades patrióticas para lo cual se votó una ley, en que se las contenía, y al mismo tiempo, se resolvió favorablemente la cuestion de delegar al olvido la conducta de los servidores de Napoleon, los cuales fueron repuestos en sus derechos, agradeciendo ellos este señaladísimo favor con perseguir y maltratar en su reputacion y fama á los liberales que los habian devuelto á sus hogares.

Fernando VII se mantenía neutral en todos los sucesos que tenían lugar, pero aborreciendo con toda su alma á las Córtes, á sus Ministros y á la Constitucion, causa positiva de la existencia de los unos y de los otros.

Entre las varias resoluciones que tomó aquel cuerpo legislador, fué la de suprimir algunas comunidades religiosas, y aminorar otras, pero el Rey se negó abiertamente á firmar el decreto.

Colocados los Ministros entre la espada y la pared, como suele decirse; esto es, entre dejar sus puestos con perjuicios muy marcado del pais, ó conservarlos con menoscabo de su honra, concibieron el pensamiento de amedrentar al Monarca para obligarle á firmar el decreto.

Para ello se abrieron las sesiones de la Fontana y empezaron á esparcirse rumores de que iba á haber un alboroto tremendo, y entonces el Rey, antes que sucediese firmó el decreto.

No pasó mucho tiempo, sin que el Rey supiese que los rumores de alboroto habian sido obra de sus Ministros, y que aquellos hombres que mas pavor le infundian eran los que mas le habian favorecido, que lo fueron los tribunales de la Fontana.

Como era natural no le cayó en gracia al Rey, verse convertido en chico, que asusta su nodriza con el coco, y allá

en sus adentros prometió que se le habian de pagar los ministros autores de la chanada.

XI.

Para llevar á feliz término sus pensamientos, lanzó por las calles de Madrid á personas de su confianza que travasen amistad con los descontentos, llamados liberales exaltados, lo que sin grandes esfuerzos consiguieron.

El Padre Fray Cirilo, General de la órden de San Francisco, frayle buen mozo, fino de talento, y privado del Rey, se congració con los liberales de todos los colores, hasta el punto de entrar en una sociedad anatematizada por la Iglesia, pero cuya censura sabia él no le alcanzaba, supuesto que su mira era espiarla.

En la sociedad hizo presente que el Monarca resentido de la burla de sus Ministros, se avendría con gusto con los hombres de buena fé y verdaderos liberales, dándoles un Gobierno completamente constitucional.

Cayeron los peces en el anzuelo, atraidos por el doble cebo que el Padre Cirilo les ofrecia de provechõ propio que vislumbraban en lontananza, y satisfaccion á sus resentimientos.

Despues de varios debates en la sociedad masónica sobre si debian aceptarse ó desecharse las proposiciones de la Corte, se acordó lo primero nombrando á Galiano para ponerse de acuerdo con el Padre Cirilo.

Ocupados estos dos hombres en formar un ministerio invirtieron muchísimo tiempo sin dar con la piedra de topo que buscaban y terminaron por romper las negociaciones, dejando á la sociedad muy disgustada, y los dos comisionados recelosos uno de otro.

Pendientes aun las negociaciones con el Padre Cirilo, se marchó el Rey al Escorial, so pretesto, de gozar algun tiempo de los placeres de la vida privada, mas en rigor era alimentar, una conjuracion en sentido absolutista.

Con motivo de haber variado el Rey al Capitan general de Madrid sin consultarlo siquiera con sus Ministros, faltando de este modo á lo prevenido por la Constitucion, se promovió un alboroto en Madrid que duró dos dias.

Sabedor el Monarca del suceso accedió á revocar el nombramiento de Capitan General que habia hecho, variar de confesor y trasladarse á Madrid, sufriendo á su entrada los mas soeces insultos.

Algunas partidas se habian levantado proclamando al Rey absoluto, las cuales fueron abandonadas á su suerte.

Las naciones europeas ligadas por el pacto llamado Santa Alianza, habian determinado reunirse para contrarrestar la influencia revolucionaria que tanto disminuia la prerogativa Real.

XII.

Pasamos en silencio todos los acontecimientos y motines parciales que tuvieron lugar durante los años de 1820 á 1823, por no sernos á nosotros necesario mas que aquellos puntos de nuestra historia que se contactan con la vida del ilustre personaje que nos ocupa.

La inercia del Gobierno constitucional le produjo muchos enemigos, que se presentaron ya hostilmente en partidas llamadas de *serviles* que recorrieron casi todas nuestras provincias.

Muy pronto á primeros de Febrero de 1821 se sublevaron los Guardias de Corps, y el dia de S. Fernando del año 1822 hallándose la Corte en Aranjuez, y el 30 de Junio siguiente en Madrid al pasar el Rey á cerrar las Córtes, le dieron algunos soldados y paisanos el grito de *viva el Rey absoluto*.

El Gobierno continuó en su apatía, y el 2 de Julio de 1822 dos regimientos de Guardias situándose en el Pardo

en actitud amenazadora, en la cual permanecieron cinco dias, hasta que el 7 invadieron la capital con la firme resolución de destruir el Gobierno Constitucional.

Atacaron por dos veces á la bayoneta á la milicia nacional, haciendo esta una heróica defensa, hasta conseguir arrojarlos fuera de las inmediaciones de la plaza Mayor y refugiarse en la de Palacio para poder huir por las ventas de Alcorcon, en donde fueron alcanzados y la mayor parte hechos prisioneros.

El Gobierno francés no contento con auxiliar abiertamente á los enemigos del sistema constitucional, puso un cordon sanitario á nuestras fronteras que constaba de un cuerpo de ejército formidable, que poco despues se le tituló de observacion.

Mientras tanto los realistas habian tomado incremento en Cataluña en donde instalaron una regencia provisional á nombre del Rey, quien no lo aprobó, y antes al contrario dió un manifiesto contra semejante medida.

El General Mina á fuerza de perseguir la Regencia y sus partidarios los obligó á pasar la Frontera.

En las demás provincias de la monarquía no se presentaba tan lisongero el horizonte político para los constitucionales.

Los gefes realistas capitaneaban tropas reglamentadas y obtuvieron algunos triunfos sobre las constitucionales.

A la par el Congreso de los Monarcas del Norte celebró sus sesiones en Verona, y entre los puntos que quedaron resueltos, uno de ellos fué evitar á todo trance la propagacion de la revolucion española, para salvar de los inminentes riesgos á que se esponian los tronos europeos.

Necesitábase empero, antes de proceder á intervenir ningun pais extranjero en los negocios de España, que la intervencion tuviese algun sello de justicia, y para ello alegaron que nuestras sociedades secretas estaban en contacto con las extranjeras.

Díjose tambien que habia sido apresado un tráfugo, distribuyendo proclamas entre el ejército francés colocado de observacion en la frontera, y que el contenido de ellas era contra Luis XVIII y en favor de Napoleon II.

Los cuentos y las hablillas tienden siempre á enemistar, y como quiera que á estas coincidiese la enérgica contestación dada por nuestro Ministro de Estado D. Evaristo San Miguel negándose á aceptar las notas pasadas á nuestro Gobierno, como único medio de mantener la paz en Europa, diciendo era preciso reformar la Constitución concediendo mas latitud á las prerogativas reales.

La decisión del Gobierno español, su falta de tacto en las circunstancias que estaban atravesando y otras varias coincidencias, contribuyeron sobremanera á acelerar la invasión de nuestro territorio por el ejército francés.

Luis XVIII en su discurso pronunciado el 27 de Enero de 1823 al tiempo de abrir las Cámaras francesas, manifestó clara y esplicitamente su intencion de mandar á España cien mil hombres que restablecieran el gobierno absoluto y con él todos los derechos á su Rey.

Estas noticias, como era de esperar, alentaron sobremanera á los realistas, y D. Jorge Besieres, gefe de uno de sus mas numerosas partidas, amenazó á la capital de la monarquía, viniendo desde las montañas de Aragon donde se hallaba.

Con este motivo el Gobierno hizo salir tropa que en union con la Milicia Nacional que se ofreció voluntariamente á prestar este servicio.

Salieron efectivamente en persecucion de Besieres, pero fueron batidos por los realistas.

Hubo luego una asonada pidiendo al Rey la reposición de los ministros caidos, llegando á tal punto el desenfreno de los amotinados que se creyó en peligro la vida de Fernando VII.

XIII.

Cerradas las Córtes extraordinarias se anhelaba por el momento de la apertura de las ordinarias, mas llegado este ansiado dia, y cuando todos los hombres sensatos propinaban felices resultados de sus tareas legislativas en bien del pais y logro de su salvacion, quedaron atónitos al ver que lo primero que se trató fué de abandonar la capital trasladando al Rey y á su Gobierno á Sevilla, como se realizó el 20 de Marzo.

Casi al mismo tiempo atravesaba el Vidasoa el ejército francés, trayendo á su frente al duque de Angulema.

Los acontecimientos que tuvieron lugar en la corte fueron variados en extremo, concluyendo por ser relevada la guarnicion por las tropas francesas.

El 23 entraron en Madrid los franceses, debiendo correr un velo á los tristes acontecimientos de aquel dia.

Tan luego como se supo en Sevilla la noticia, resolvió el Gobierno trasladarse á Cádiz.

Se opuso el Rey á semejante viaje, pero las Córtes le suspendieron de su autoridad durante el trayecto, nombrando una Regencia, medida que favorece muy poco la memoria de su autor, que fué Galiano, y de todos los que la apoyaron.

Tan luego como llegaron á Cádiz alzaron el entredicho, puesto al Rey, pero la regencia de Madrid declaró reos de lesa Magestad á todos los que concibieron, aprobaron y llevaron á efecto tamaña disposicion.

A un Gobierno acompañado de la imprevision no podia sucederle otra cosa que lo que le sucedió al nuestro, que fué la total carencia de medios de defensa.

XIII.

Cádiz, elegido como punto de salvacion en último resultado, se hallaban sus murallas muy estropeadas, pues no se habian reparado desde que el general Soult levantó el sitio de aquella plaza.

No se contaba para la defensa de la plaza y de la Isla de Leon sino con 7,000 hombres, 700 quintales de pólvora y 1,000 que suministró la marina.

Los cañones estaban desmontados y no había cureñas ni fusiles.

Las Córtes se hubieran visto precisadas á disolverse si no se hubieran arbitrado recursos pecuniarios sobre los fondos que adeudaba el gobierno francés por indemnizaciones estipuladas en la paz general.

Los atentados cometidos por el pueblo bajo de Madrid contra los liberales, que se repitieron desgraciadamente en otros puntos, fueron indignos de una nacion civilizada.

Las tropas francesas, eran dueñas de casi todas nuestras plazas, no restándole mas que desalojar de Cádiz al gobierno Constitucional.

Para ellos fué bloqueada la plaza el 25 de Junio de 1823, y apesar de haber hecho una salida heróica los sitiados fueron rechazados con pérdidas lamentables.

XIV.

El Duque de Angulema bloqueaba á Cádiz y seguia haciendo trabajos de la línea del Trocadero.

Las noticias que llegaban de fuera cada dia iban siendo peores.

Entre una division española y otra francesa habia habido un encuentro en Campillo de Arenas, en los confines de las provincias Jaen y Granada, y en esta jornada sufrieron un fuerte descalabro los españoles.

Las potencias extranjeras reconocieron al Gobierno de Madrid, como legítima representacion de la Monarquía Española, y de su cautivo Rey.

Los franceses unas veces con sinceridad y otras sin ella, procuraban evitar los horribles atentados de los realistas contra los liberales.

El Duque de Angulema publicó un decreto, que no tuvo efecto, en el que mandaba dar libertad á muchos presos liberales y no preceder á nuevas encarcelaciones.

En estas circunstancias y pasando nosotros por alto algunos acontecimientos puramente históricos, que no nos incumben al objeto de la obra que escribimos, se presentó el Príncipe francés delante de Cádiz, para ocupar la Isla, cosa fácil ya para él.

En este intermedio se celebró un tratado de tregua entre los franceses y el ejército de Andalucía, en el que entre otras cosas quedaba reconocida la Regencia de Madrid por los Geses liberales como legítima representacion de nuestra infortunada nacion.

Algunos cuerpos del ejército, no se presentaron á la obediencia del tratado hecho por el General Ballesteros y el Duque de Angulema, y se retiraron á Málaga, donde permanecia fija la idea de resistencia, á las órdenes del pundonoroso General Zayas, pero este duró poco en el mando sucediéndole Riego.

Tan luego como se encargó del mando empezó á proceder con increíble violencia, cometiendo tropelias con los desafectos á sus opiniones, y entre ellas fué enviado Zayas preso á Cádiz con varias personas inocentes, sin que faltasen los suplicios aunque en corto número.

Púsose el general Riego en campaña, con fuerzas muy escasas y despues de algunas marchas llegó á avistarse con las tropas francesas y el general Ballesteros, á quien se le podia considerar como á enemigo, cuyas fuerzas acantonadas ya habian puesto término á la guerra.

Logró Riego en esta ocasion reconciliar de nuevo ambos ejércitos españoles pero tibio y mas bien guiado por impulsos generosos desaprovechó la ocasion de que, ambos ejércitos hubieran vuelto sus armas contra el comun enemigo.

Entregados luego los de Ballesteros á sus ideas, consideradas y calculadas con frialdad, lograron atraerse á sí á casi todos los de Riego, á quien pudieron hacer prisionero, pero se contentaron con dejarle marchar seguido de un corto número de sus mas afectos.

Tuvo Riego varios encuentros con fuerzas francesas mucho mayores en número, en las cuales hubo, tibia resistencia, concluyendo por último con ser dispersos en Jodar, pueblo de la provincia de Jaen.

Retiróse el desgraciado caudillo, con escasas personas, y al llegar al pueblo de Arquillos fué preso por algunos paisanos.

Reclamado el preso por los franceses, fué puesto en su poder, mas la Regencia de Madrid, lo reclamó tambien y condujeron al General á la Côte, llenándole de insultos y oprobios durante el tránsito de su viaje, y tan luego como la Regencia se hizo cargo del reo, fué encerrado en una prision, para no salir de ella sino para subir al deshonroso cadalso, que se levantó para él en la plaza de Madrid que hoy lleva el nombre de este infortunado General.

XV.

Desgraciadamente, los asuntos delante de Cádiz no eran mejores, el Duque de Angulema á la par que se preparaba para la guerra, entablaba negociaciones con los Constitucionales y con el Rey.

Era en efecto general el desaliento, y por lo tanto cierta la idea de la sumision.

Estaba pues, puesta toda la atencion en la defensa del Trocadero, el cual se creia inespugnable.

El coronel Grases encargado de la defensa del puesto, veía lo imposible que era mantenerlo, pero lleno de pundonor militar, valor y patriotismo por la causa constitucional, hizo cuantos esfuerzos pudo para salvarlo.

Al cabo, el 30 de Agosto muy entrada la noche se dió el asalto, que terminó en pronta victoria de los sitiadores.

Huyeron revueltos los vencidos con los vencedores á causa de la confusion que se produjo, y el coronel Grases se refugió á una segunda línea de defensa en busca de una muerte que lo consolara de su desgracia en la defensa del sitio encargado á su cuidado, mas la parca respetó sus dias, conservándole para defender en otra época sus principios liberales.

Herido y prisionero Grases, huyeron sus soldados, y el Trocadero fué por completo de los franceses.

Defensa heroica digna de la bizarría española, donde perecieron muchos, y en particular nacionales de Madrid, que preferían perecer á ser esclavos por franceses.

Asombro y pánico produjo en Cádiz la noticia de la toma del Trocadero.

Dejando á un lado la indignacion propia de corazones nobles cuales son los de los gaditanos y de todos los españoles, al ver entrar los heridos y desgraciados, fué preciso suspender los sentimientos humanos y pensar en las negociaciones, que no dieron ningun resultado favorable.

El castillo de Sancti-Petri que contribuye á la defensa de Cádiz por su posicion topográfica, fué tomado despues de una leve resistencia.

Tomado el castillo, empezaron los franceses el bombardéo de Cádiz, contra la idea que abrigaban de que estando allí el Rey no se procederia á hostilizar la plaza.

Fernando VII se mostró satisfecho al ver el bombardéo y el conato que los franceses ponian en hacerse con Cádiz y con su persona.

Cundió el desaliento entre las tropas que defendian la Isla y sus puntos avanzados, y el regimiento de San Marcial se sublevó y dió el grito de viva el Duque de Angulema, cuya sedicion fué cortada por el General D. Antonio Buriés, y mediante algunos escarmientos volvieron las tropas á la obediencia.

XVI

Pero á pesar de haber sido contenido este fuego sedicioso quedo el gérmen en el interior de las tropas cuyo desaliento cundia por instantes.

El Gobierno y los diputados que habian acompañado al monarca conocian desgraciadamente esto mismo, y la necesidad que habia de recurrir á un medio que pusiese término á los males que affigian á la poblacion y que amenazaban ser mayores á cada momento.

Para esto era menester tratar con el General francés, y el Gobierno hizo á las Córtes esta proposicion que fué aprobada, dándose la libertad necesaria para el efecto.

Fernando VII escribió al Duque de Angulema sin anuencia de sus ministros, y cuando el General Alava fué á ver á este para tratar de las condiciones de la entrega del Rey y de la suerte futura de los constitucionales, se encontró con un recibimiento sumamente frio, y la negativa á acceder á las negociaciones que el general queria entablar.

En tal estado hablaron los ministros al Rey y trataron de sacar de él todo el partido posible en beneficio de las personas comprometidas en los últimos acontecimientos.

El Rey, con su acostumbrado doblez les dió las seguridades que pedian, de las que se olvidó en el momento mismo en que se vió libre, que fué el dia 1.º de Octubre de 1823, en que se embarcó para el Puerto de Santa María.

El dia 2 del mismo mes se recibió en Cádiz la orden de admitir en la ciudad guarnicion francesa, la cual se cumplió, quedando en poder de las tropas francesas el único punto en que años antes contra los mismos franceses se habia constituido y defendido el Gobierno que salvó el trono de este mismo monarca.

De esta manera, hasta cierto punto vergonzosa, concluyó aquella revolución, cuyos efectos se sintieron en toda Europa, y cuya semilla había de fructificar más tarde de una manera tan poderosa en el suelo español.

XVII.

Ya hemos dicho las causas que motivaron la intervención francesa, y nuestros lectores nos dispensarán si nos entendemos demasiado en algunas descripciones históricas, que son necesarias para la mayor inteligencia de los sucesos en que el actual Presidente del Consejo de Ministros tomó parte.

El año 1823 estaba O'Donnell en Valladolid, cuando las tropas del duque de Angulema vinieron á cambiar por completo el sistema político de España.

Apenas nuestro héroe supo semejante cosa, cuando fiel á los principios que sus antecesores le habían legado, se marchó á Burgos, y á pesar de no contar más que catorce años, se presentó á las autoridades ofreciéndolas sus servicios.

Tanta lealtad, semejante firmeza de ideas en un niño de tan cortos años, no pudiera menos de llamar la atención de aquellas, que no pudiéndose negar á su insistencia para que utilizasen sus servicios, le destinaron en clase de ayudante del general en jefe de las tropas absolutistas.

El sitio de Ciudad-Rodrigo fué el primer teatro en que el futuro general hizo su debut militar.

Si sorprendido había á las personas que le trataron su rara inteligencia y la firmeza de su carácter, no les sorprendió menos el valor y la serenidad que demostró en los combates.

Estas dotes tan necesarias para todo militar, le hicieron digno del grado de teniente con que por elección se le distinguió en 17 de Mayo del mismo año.

Restablecido el sistema absoluto en España, cesó O'Donnell en sus funciones de ayudante, pasando con el grado que hemos dicho anteriormente al tercer regimiento de la Guardia Real.

En este estado, y con la misma distincion militar trascurrieron algunos años, durant: los cuales el jóven y apuesto oficial de la Guardia habia ido modificando sus ideas.

Las tendencias constitucionales existian siempre entre el pueblo español, y los liberales de buena fé seguian trabajando cada vez con mas afan en favor de su causa.

O'Donnell habia comparado los dos sistemas; comprendia las ventajas y desventajas que tenian, y antes de que la opinion en su mayor parte fuera liberal, ya lo era nuestro héroe.

Y no es este de los menores sacrificios que debe al conde de Lucena su patria adoptiva.

Toda su familia realista, y cuando mas tarde estalló la guerra civil, mientras que sus hermanos luchaban en las filas carlistas, él, sacrificando sus afectos de familia, rompiendo todos los vínculos de la sangre, ofreció desde luego la espada al trono constitucional.

En 15 de Abril de 1828 ascendió á capitán por rigurosa escala, sin que tuviera una ocasion en que distinguirse verdaderamente hasta la muerte de Fernando VII.

La vida militar de D. Leopoldo O'Donnell empieza por decirlo así al mismo tiempo que la guerra civil.

En Barcelona se encontraba con su regimiento cuando al morir el monarca se recibió la noticia del levantamiento de Morella.

Inmediatamente acudió allá con su batallón, y en mas de una ocasion en el poco tiempo que duró aquel prólogo de la guerra, tuvo lugar de distinguirse y de que su nombre fuese citado en los partes de aquellas breves escaramuzas.

XVIII.

Fernando VII habia muerto, y su fallecimiento venia á complicar de una manera terrible la situacion de España.

Al nacimiento de la princesa Isabel, heredera legítima del trono español, los partidarios de D. Carlos invocaron la famosa ley sálica de Felipe V, á fin de privar de su herencia á la inocente niña, señalando como sucesor del Rey á su hermano.

Esto dió lugar á serios disturbios y á encarnizadas contiendas, en las que se derramó alguna sangre.

Pero en tales circunstancias se promulgó la pragmática decretada ya por Carlos IV en 1789, por la cual se admitia á las hembras para la sucesion de la corona.

Esto, y el nacimiento mas tarde de la Infanta Doña Luisa Fernanda, vino á destruir por entonces las esperanzas de los carlistas.

Por este tiempo el cambio de dinastía en la Francia, y las ideas mas avanzadas del nuevo Gobierno, dieron algunas esperanzas á los refugiados liberales que habia en dicho punto.

Intentaron algunos movimientos en España, pero tuvieron bastante mal resultado, teniendo que repasar nuevamente la frontera Mina y otros que se habian aventurado á probar la fortuna.

En este estado las cosas, y hallándose el Monarca bastante achacoso de resultas de complicacion de males que padecia hacia ya tiempo, se marchó á S. Ildefonso á pasar el verano de 1832, cuando su enfermedad se agravó en tales términos que puso su vida en inminente peligro.

Esta noticia circuló rápidamente por España, añadiéndose que habia fallecido, porque hubo horas en que tan postrado, y tan aletargado se hallaba que se le creyó difunto.

En uno de estos momentos, en que la raza del régio enfermo casi había desaparecido fué cuando sus Ministros Calomarde y el Conde de la Alcudia, le arrancaron la firma que excluía del trono á la princesa Isabel, declarando en toda su fuerza la ley sálica de Felipe V, en virtud de la cual había de pasar el trono á el infante D. Carlos.

Sin embargo de la reserva con que esto se hizo, pronto se difundió por la capital la noticia de la revocacion de la pragmática de 29 de Marzo de 1830, y el pueblo espuso su descontento por medio de una agitacion sorda que amenazaba estallar contra Calomarde á quien creia y con razon, autor de semejante arbitrariedad.

Los infantes D. Francisco de Paula y Doña María Luisa Carlota, su esposa y hermana de la reina, quedaron extraordinariamente sorprendidos en el Puerto de Sta. María donde se hallaban tomando los baños, cuando se enteraron del mensaje que les enviaba su secretario el Conde de Parsent, en el que les decia el cambio tan radical que se habia verificado en el testamento de Fernando VII.

La infanta Doña Luisa Carlota, era una mujer de una rara inteligencia, y de un corazon esforzado, y sobre todo enemiga de D. Carlos, y muy amante de sus sobrinas las hijas del rey y de su hermana; así fué, que en el momento en que supo lo que habia pasado junto al lecho del monarca, mandó preparar la silla de posta, y en cuarenta horas llegó al Real Sitio venciendo todos los obstáculos que el mal estado de los caminos en la época en que vamos hablando oponian á su marcha.

La llegada de la infanta no pudo menos de sorprender á los ministros que no desconocian la influencia que ejercia la augusta señora en el ánimo del rey.

Temieron por sus destinos y razon tenian en hacerlo así.

La infanta vió á Fernando, le habló con esa elocuencia con que una madre sabe hablar, tocó en su conversacion todas las fibras del corazon del padre, y cuando concluyó quedó anulado nuevamente lo anterior, y la princesa Isabel fué declarada heredera legítima del trono de S. Fernando, nombrando regenta del reino durante su menor edad á su madre la reina Doña María Cristina de Borbon.

Este acontecimiento que volvía á cambiar de tal modo el aspecto futuro de los negocios, fué seguido inmediatamente de otro no menos grave y trascendental.

Calomarde y sus compañeros fueron destituidos, y especialmente el primero fué desterrado á una de sus posesiones.

El nuevo ministerio se formó con personas adictas al sistema liberal, como lo era Zea Bermudez, Cafranga, Monet, Laborda y los demás que lo componían.

La nueva marcha emprendida por el gobierno quitó todas las esperanzas que habían concebido los partidarios de D. Carlos.

El destierro de este y su familia, la destitución de los comandantes de la guardia real, reemplazándolos con los generales Quesada y Freire, reputados á la sazón como liberales templados, y la separación de multitud de oficiales que habían servido en las filas realistas desde 1820 á 1823, unidas á las destituciones de una porción de empleados demasiado afectos al antiguo régimen, fueron hechos que hablaban muy en favor de la marcha hácia el progreso á que tendía el nuevo gabinete.

Al mismo tiempo, se convocaron las antiguas cortes del reino, para prestar el juramento de fidelidad á la princesa Doña Isabel, ceremonia que se verificó con la mayor pompa y ostentación en 20 de Julio de 1833 en el monasterio de S. Gerónimo.

Parecía que la naturaleza había querido dejar á Fernando VII el tiempo necesario para que cumpliera con estos deberes, pues agravándose poco después sus dolencias, falleció el día 29 de Setiembre del mismo año.

Si nosotros fuéramos á escribir una historia de su reinado, multitud de consideraciones se nos ocurrirían en este momento, pero como, solamente relatamos los hechos que directa ó indirectamente tengan relación con la biografía de que nos ocupamos, dejaremos á los historiadores la tarea de criticar un reinado tan lleno de inconsecuencias políticas como falto de adelantos y de bienestar para la nación.

CAPITULO V.

Visión histórico-política desde el año 1834 á 1836.—Actos del Ministerio Zea Bermudez.—Aspiraciones á la Corona del hermano de Fernando VII.—Principio de la guerra civil.—O'Donnell en Cataluña.—Se dá á conocer en algunos hechos de arma.—Desarme de los realistas.

I.



Al fallecimiento de D. Fernando VII reclamó los derechos al trono español su hermano D. Carlos María Isidro de Borbon, apoyándolos en la ley formada por el Rey D. Felipe V, en la que se escluian de la sucesion á la Corona á las hembras.

No tuvo en cuenta el príncipe rebelde que la mencionada ley estaba derogada, y restablecida la sucesion al trono con arreglo á las Leyes de Partidas, que marcan al hijo mayor sin distincion de sexo, por sucesor del monarca finado.

El último Rey dejó á su fallecimiento dos hijas, siendo la mayor Doña Isabel II á quien indisputablemente correspondia la Corona, vacante por la muerte de su padre, y con arreglo tambien á la última voluntad de dicho monarca, que la instituia y nombraba por su heredera, regentando el reino durante su minoría su Sra. Madre Doña María Cristina de Borbon.

Los afectos al infante D. Carlos hermano mayor del di-

funto Rey, apoyados en la ley sálica y sin tener en cuenta su derogacion, levantaron el estandarte de la rebelion en las provincias vascongadas, propagándose despues á todas las de España, proclamando por su legítimo Rey á D. Cárlos.

El pretendiente que á la sazón se hallaba en Portugal con pretexto de auxiliar al emperador D. Pedro en la guerra que sostenia contra su hermano D. Miguel por haber usurpado la Corona á su hija Doña María de la Gloria, pero que en rigor lo que sí hacia era conspirar y fomentar la sedicion contra el solio y legítimos derechos de su sobrina, entró en España y se puso al frente de sus prosélitos.

Al fallecimiento del Rey era sumamente crítica la posicion de la nacion.

Existian armados en toda la nacion los voluntarios realistas, cuerpo considerable á la par que desafectos á Isabel II, pero contenidos dentro de sus deberes, merced á la disciplina que se habia conseguido darles.

Cuidadoso el Gobierno de aquella época en consolidar el trono de la legítima heredera del monarca finado, procedió de una manera casi imperceptible al espurgo en el ejército de todos aquellos que pudiesen ser desafectos á la causa de la Reina, consiguiendo con esta medida mantener el buen orden en el ejército.

La conducta observada entonces por el Gobierno fué sin duda alguna llena de tino y de cordura, empezando á reinar Doña Isabel II de derecho, y la viuda de Fernando VII á gobernar de hecho.

El pueblo coadyuvaba con sus tendencias al mantenimiento de la paz y al logro de las ideas de sus gobernantes.

Llegó el dia de proclamar la nueva Reina, y traspasar á sus augustas sienes la corona vacante, cuyo acto se hizo sin oposicion, á pesar de notarse alguna inquietud en los ánimos, hija de encontrados motivos.

Nada habia alterado el orden en la noche del 29 al 30 de Setiembre de 1834.

Llegaba sin embargo el 1.º de Octubre que tenia que ser de prueba por una circunstancia que debia tener lugar durante él.

Este dia lo celebraba Fernando VII, como un aniversario

de haber recobrado su libertad en Cádiz, y correspondia por privilegio concedido por dicho monarca, dar la guardia de palacio en este dia, á los voluntarios realistas, cuerpo desafecto como hemos dicho ya á la Reina.

Sin embargo en circunstancias como aquellas, no se podia destruir de pronto un privilegio, en que de prohibirlo en el acto y con ligereza podria resultar un conflicto de gravedad.

Resolvióse pues que diesen la guardia segun costumbre y que se corriese el riesgo que se suponía.

Afortunadamente cumplieron con su obligacion guardando las reales personas con la misma lealtad que lo hubiesen hecho los cuerpos mas leales á ellas.

Salido bien de esta prueba pensó el gobierno seguir su marcha prudente de consolidacion del nuevo poder, marcha, que muchas veces se encontraba algo contrariada, con los asomos de descontento que se dejaban notar en algunos generales y personas de dignidad.

Notábanse en dichas personas deseos de restablecer el sistema del año 1812, en lo cual no pensaba ningun español sensato y mas que nada era odio disfrazado hácia el ministro Zea Bermudez, el cual si bien era de corteses modales, en la sustancia de las cosas era duro y severo, severidad que no podia menos de emplear por lo mucho que se veia obligado á reprimir.

Vino entonces la Reina gobernadora, dando un manifiesto que tendia á manifestar sus deseos de conservar el régimen liberal y además á tranquilizar los ánimos de las personas desafectas.

El pensamiento de este manifiesto, era de Zea Bermudez y su composicion del célebre literato D. Félix José Reinoso.

Los liberales se consideraron defraudados en sus esperanzas hasta para una época remota.

Los voluntarios realistas que tan lealmente custodiaron la régia familia durante veinte y cuatro horas, trataron de sublevarse en favor de D. Carlos, como efectivamente rompió la sedicion, que fué prontamente reprimida por la tropa y desarmados aquellos.

Quizás si los consejeros de D. Carlos en los primeros momentos hubiesen tenido mas arrojo, no hubiera sido difícil su victoria.

Los vazcongados gentes sumamente apegada á sus fueros, incompatibles con el nuevo sistema de gobierno que indudablemente en el reinado que se inauguraba tenia que consolidarse de una manera sólida y estable, fueron los que abrazaron con mas ardor la causa del pretendiente.

El clero secular y regular fomentaba la sedicion, y muy pronto enarbolaron el estandarte sangriento las poblaciones de Alava y Vizcaya, poniéndose al frente de la insurreccion los religiosos franciscanos, que mancharon sus manos en la sangre de un hombre indefenso y proclamaron por Rey á Carlos V de Borbon.

II.

Cual chispa eléctrica se declaró en la monarquía española la fratricida lucha que iba á fertilizar los campos con sangre de hermanos.

¡Sangre preciosa derramada generosamente por ambos bandos para sostener los unos los legítimos derechos de una niña inocente, los otros la ambicion, la hipocresía y la falacia de un príncipe rebelde, sordo á los gritos de la sangre, á los impulsos del corazon y á la sumision del vasallo!

Empezó, pues, á representarse el drama aterrador de una guerra civil, de oscuro y lejano desenlace.

Presentáronse ya algunos gefes á capitancar las tropas de D. Carlos, siendo el primero D. Santos Ladron, el cual cayó en poder de las tropas de la Reina, las cuales sin forma alguna de juicio le pasaron por las armas.

Esta medida, si bien al pronto causó algun efecto, luego sirvió para exacerbar mas los ánimos.

Los realistas de Castilla pusieron á su frente al feroz cura Merino.

No toda Castilla se sublevó, pero en la situacion en que

se encontraba la nacion se desconfiaba del ejército, y hasta del general Sarsfield que le mandaba.

Los satélites de D. Carlos trataron de llevar la campaña á las montañas de Santander, poblacion en que imperaban las ideas liberales.

En Cataluña sostuvo el pendon de la Reina D. Manuel Llauder, quien sostuvo las luchas con los carlistas, echando mano para ello de los liberales de la Marina, á los cuales no vaciló en armar, aunque en esta operacion procedió con sumo pulso y cuidado.

Viendo el Gobierno armada contra sí la parcialidad realista, hubo de pasar á favorecer á la contraria.

Dióse una amnistia á treinta y un diputados á Córtes que en Sevilla contribuyeron á suspender al Rey en el uso de su autoridad.

Cometióse el desacierto de indultar á unos sí y á otros no, antes al contrario, se les calificó con palabras duras y casi insultantes.

Con este motivo nacieron entre los liberales rencillas y disgustos, cuya desavenencia precursora de terribles desgracias en el porvenir trató de conjurarlas el ministro D. Francisco Zea Bermudez.

Aunque algo tarde llegó Sarsfield con sus tropas á las provincias sublevadas, y cayeron en su poder Vitoria y Bilbao.

Navarra fué mas tardía en reducirse, pero luego las partidas dispersas se guarecieron en lo escabroso de aquellas montañas, hasta que poco á poco se fueron reuniendo y formando fuerzas respetables.

En el resto de España seguia la insurreccion sin tomar cuerpo, presentándose alguna que otra partida.

En aquellos momentos apareció como caudillo de las tropas de D. Carlos D. Tomás de Zumalacárreguí, antiguo militar, muy rígido en la observancia de la disciplina.

Este se ocupó, con preferencia á todo, de reglamentar sus tropas, y ponerlas en estado de sostener la terrible campaña que se abria.

III.

Cayó del ministerio Zea Bermudez y le remplazó D. Francisco Martinez de la Rosa, con beneplácito de los liberales, en su mayor parte, y mucho mas fundado cuando inauguró su gobierno con leyes y disposiciones muy acertadas.

Veíase en lontananza disposiciones á olvidar pasados odios, llamando al seno de sus familias á los liberales que aun quedaban fuera de su patria sufriendo el destierro.

Trataban además de abolir antiguos concejos sustituyéndolos con otros mas propios del sistema constitucional moderno, en tan importante como trascendental reforma de D. Javier de Burgos.

Lógicamente se comprende que semejantes reformas no podian cuadrar á los encontrados intereses de los españoles, razon por la que se aumentaron las filas de los dos ejércitos beligerantes.

Con todo de haber hecho la guerra el general D. Gerónimo Valdés con bastante acierto y regular fortuna, fué remplazado por D. Vicente Quesada, quien confiado con las simpatías que contaba en el pais, teatro de la guerra, se creyó poderlos reducir á la obediencia.

Conocedores los rebeldes del carácter del nuevo gefe Isabelino, supieron aprovecharlo, y fingiendo entrar en negociaciones suspendieron la campaña por unos dias, con objeto de provechar la tregua en su provecho, como así sucedió, cogiendo por medio de una sorpresa las tropas de Quesada, cuya pérdida fué muy lamentable.

Otros varios descabros y el inhumano proceder de ambos bandos que no daban cuartel á los prisioneros enardecia cada dia mas, el espíritu de la guerra.

Mientras en España los negocios cada vez se agriaban mas, en Portugal sostenia D. Carlos algunas tropas.

Martínez de la Rosa siguió con respecto al vecino reino, una marcha completamente opuesta á la de su antecesor.

Importaba á la Gran Bretaña en aquellos momentos que no reinase en Portugal D. Miguel, y como quiera que esta idea imperase en la mente de nuestro Gobierno, fué nombrado Embajador en Inglaterra el Marqués de Miraflores, quien con una habilidad suma llevó las negociaciones con Lord Palmerston, casi á un término favorable á la causa de la Reina.

La Francia que entonces corria en buena armonía, (aunque no sincera) con su vecina la Inglaterra se aprestó á contribuir á asegurar la paz á la España.

Formóse para ello un tratado que tenia por objeto asegurar los derechos de Doña Isabel II en España, y Doña María de la Gloria en Portugal, cuyo tratado tomó el nombre de cuádruple alianza, por ser cuatro los monarcas en él recíprocamente comprometidos.

El fondo del convenio, era arrojar á D. Carlos y á D. Miguel de Portugal y auxiliarse mutuamente, para asegurar á los poseedores en los tronos que ocupaban.

Deseoso nuestro Gobierno de no desaprovechar la ocasion introdujo un pequeño ejército al mando del general Rodil en Portugal, que unido con el de la Reina María de la Gloria, echaron del territorio á los dos rebeldes tíos.

Prometió D. Miguel no volver á rebelarse, y la Inglaterra cuidó de que saliese de la península con seguridad y sin peligro de su persona, mas D. Carlos haciendo alarde de una piedad y honradez que mas bien pudiera llamarse hipocresía no quiso prometer lo que habia ofrecido D. Miguel.

Con este paso adquirió un doble de fuerza el trono de las Reinas, y en particular el de Isabel II por verse seguro de ataques por la dilatada frontera Portuguesa.

Fueron efectivamente llevadas á cabo las supresiones de los antiguos consejos de Castilla, el de guerra, el de las órdenes y el de hacienda, creándose en lugar de estos el supremo de justicia, y el Real de España é Indias.

IV.

En Abril de 1834 se publicó el Estatuto Real por el cual se convocaban cortes, que constaba de dos cuerpos, llamado el uno Próceres y el otro Procuradores.

El primero de estos cuerpos colegisladores se formaba de la grandeza y altas dignidades del Estado, y su nombramiento no solo duraba durante su vida sino que se trasmitia á sus herederos.

El segundo se formaba de diputados nombrados por sus provincias y cuyo nombramiento era por tres años, si antes el Rey no disolvía el Parlamento.

Esta constitucion en el fondo, aun cuando no expresa en la forma, satisfizo poco á los liberales que la trataron de raquítico y de mezquinas proporciones para lo que el país necesitaba.

Al Estatuto siguió la ley electoral, previniendo la forma en que las provincias habian de proceder en la eleccion de sus representantes.

Retiróse del ministerio D. Javier de Burgos y entró á sucederle D. José Moscoso de Altamira.

Después de haber pasado de mano en mano, como suele decirse, el ministerio de Hacienda, vino á posarse en las del Conde de Toreno, que aunque amigo de Martinez de la Rosa, discordaban algun tanto sus ideas, razon por la que los agoreros de aquel tiempo profetizaron la caída del segundo, puesto que el primero le habia de hacer la mas encarnizada oposicion.

En medio de estos sucesos se iban verificando las elecciones, sin que existiese por entonces parcialidades entre los partidos.

Pensóse además en el armamento de la milicia urbana (como en un principio se la llamaba), y con efecto, se pro-

cedió á su formacion llamando á sus filas á hombres que reuniesen ciertas condiciones sociales, temeroso el Gobierno de que no fuese caso que creyendo armar á sus parciales lo hiciese á sus enemigos.

El general Quesada á consecuencia de su pasada derrota habia hecho dimision del mando, y fué nombrado para sucederle Rodil, mimado en aquellos momentos por la fortuna obtenida en Portugal.

A los partidarios de D. Carlos no les hizo desmayar el convenio de la Cuádruple Alianza, ni el haber sido arrojado el pretendiente de Portugal, sino que por el contrario, animados por Zumalacárregui, cuyo talento y pericia militar admiraban, se dispusieron á hacer frente al enemigo.

Al llegar á este sitio con el extracto de la historia nos encontramos con un borron que afea mucho la página en que ha caido.

El año de 1833 se presentó en las provincias de Andalucía el azote atmosférico del cólera-morbo asiático, produciendo víctimas sin cuento, y sembrando el luto y la desolacion por do quiera que pasaba.

Tan cruel enfermedad marchaba á pasos agigantados hácia la capital de la monarquía, como efectivamente sucedió invadiéndole en 15 de Julio de 1834.

Lo espantoso del mal, el considerable número de enfermos que fueron invadidos en dicho dia, los cuales fallecieron á los pocos momentos de sentirse enfermos.

Una parcialidad política trató de aprovechar en su favor la influencia epidémica, y esparciendo la voz de que los frailes eran los autores de las desgracias envenenando las aguas.

El vulgo ignorante dió crédito á tan infame aseveracion, hija de corazones de asesinos, y corrieron á los conventos de la capital, profanando horriblemente la casa del Altísimo y asesinando sin piedad á sus indefensos moradores ministros de nuestro Dios.

Lo grande que se observa en este hecho es, que el Capitan general de Castilla la Nueva, Sr. Martinez de San Martin, conocido por su vigor en reprimir los alborotos, dejase tomar el vuelo que tomó el presente, haciendo muy escasos esfuerzos para reprimirlo.

En medio de los horrores producidos á la vez por el cólera y los atroces crímenes cometidos en la capital, se presentó en Madrid desde S. Ildefonso donde se hallaba, la Reina Gobernadora Doña María Cristina, sin infundirle terror el aspirar una atmósfera tan infestada, y queriendo con su ejemplo animar los corazones abatidos de los madrileños por los sufrimientos que padecían.

Constituida la Reina Madre en la capital de la monarquía con solo la idea de abrir las Córtes, verificóse esta con pompa y ostentacion el 24 de Julio, no sin conato de sedicion y mientras la muerte imperaba en la poblacion:

Una vez abiertas las Córtes, principiaron sus trabajos de reformas, y como era natural, no pudieron contentar á todos.

La guerra civil iba tomando mayor cuerpo de dia en dia, y los periódicos, á pesar de estar sujetos á la censura previa, empezaban á hacer una oposicion al Gobierno que no dejaba de interrumpir su marcha.

V.

Alzado ya el estandarte de la rebelion, la familia de O'Donell no podia permanecer inactiva hasta cierto punto.

Conociendo las ideas de los hermanos y de los ascendientes del futuro conde de Lucena, se comprenderá perfectamente que el partido de D. Cárlos tendria todas sus simpatías.

Y así era en verdad.

Apenas fué conocido el testamento del difunto monarca, cuando inmediatamente pidieron aquellos su licencia absoluta, marchando á unirse con los que habian levantado la enseña de la rebelion.

Lo natural era que siguiendo el ejemplo de sus hermanos, el capitan Leopoldo se hubiese pasado tambien á las filas carlistas.

Pero no sucedió así.

Ya hemos dicho antes que en las largas horas de su prision en sus primeros años, el niño cautivo en Peñafiel habia formado sus ideas y su corazon.

Comprendió la marcha del siglo en que vivia.

Todas las naciones tendian hácia los adelantos, y la civilizacion, cual otro Judío errante, atravesaba el mundo de un polo á otro, dejando por do quiera perfectamente estampada su fecundizante pisada.

Estos adelantos, esta civilizacion, este engrandecimiento mercantil, verdadero adelanto de una nacion, no podia obtenerse mas que bajo los auspicios de un nuevo sistema de gobierno que diese ciertas libertades y que no fuese tan represivo como los anteriores.

Este sistema de gobierno era el que representaba el partido de Isabel II.

A este pues se adhirió el capitan Leopoldo.

Para esto tuvo que sacrificar sus afecciones de familia, las ideas en que desde niño se habia nutrido, y los lazos sociales que le ligaban con muchos de los partidarios del bando absolutista; pero ¿qué le importaba todo esto, si su conciencia le absolvía y le invitaba á romper todos aquellos vínculos?

Indudablemente de las personas á quienes es mas deudora el partido constitucional de su triunfo, lo es el que mas tarde, en multitud de ocasiones, derramó su sangre por el triunfo de la buena causa.

VI.

Se hallaba en Barcelona con su regimiento D. Leopoldo O'Donell al fallecimiento de Fernando VII.

Ocurrido que fué el levantamiento de Morella, marchó O'Donell con su batallon al bajo Aragon, en donde tuvo que dividirse en tres columnas atendido el terreno y la clase de campaña.

Su compañía permaneció á las órdenes del coronel de la Guardia D. Pedro Sureda, y despues de arribar hasta en frente de los muros de la plaza rebelde se tuvo que replegar á Cantavieja, en cumplimiento de las órdenes expedidas por el Capitan general de aquel distrito militar.

Tan luego como ocupó Cantavieja supo que Morella se habia entregado al brigadier Linares.

El coronel Sureda, inmediato gefe de O'Donell, marchó en direccion de Valencia para seguir la persecucion y completar la derrota de la faccion tan heróicamente arrojada de su pingüe posicion de Morella por nuestro tan valiente como sufrido ejército.

Dió alcance á la faccion el mencionado Sureda, despues de diez y siete horas de marcha, y con solo algunos tiros fueron suficientes para ponerla en completa dispersion, retirándose D. Leopoldo O'Donell con su compañía á ocupar sus posiciones en el bajo Aragon, con el orgullo de haber dejado solo diez enemigos de la causa de nuestra Reina á las órdenes de Carnicer, cuyos diez enemigos llegaron luego á infundir serios temores por lo mucho que se acrecieron.

En Febrero de 1834 se organizó una brigada á las órdenes del brigadier Linares para combatir á la faccion que de nuevo aparecia.

O'Donell, á la cabeza de 180 granaderos, fué designado para formar parte de la expedicion, y su principal objeto era proteger las cinco villas de Aragon de las escursiones de la faccion de Navarra que al mando de su mejor gefe Zumalacárregui habia infundido ya serios temores á los habitantes de aquella provincia.

VII.

Encontrábase la pequeña fuerza de O'Donell en Lumbrer el dia 24 de Abril, y recibió este órden de que con su escasa fuerza atacara al enemigo que contaba con tres batallones y le desalojara de sus posiciones.

El invicto oficial, lleno de pundonor militar, y además de ambicion de gloria y contando con sus talentos nada comunes en el arte de la guerra, y por último, con el arrojo y valor de sus soldados, contando con el apoyo de 25 caballos, puso en dispersion á las guerrillas enemigas, sufriendo seis ó siete ataques del enemigo, y por último logró desalojar los batallones enemigos de sus posiciones, cargándolos á la bayoneta, dispersándolos y persiguiéndolos por cerca de una hora.

Ganó efectivamente nuestro oficial la corona de la gloria acometiendo y salvando una empresa tan ardua por la desigualdad en las fuerzas.

El Gobierno, pues, recompensó tan señalado servicio confiriendo al caudillo que lo ganó, y que se dió á conocer como hombre eminente llamado á dar días de gloria á su patria, el grado de coronel.

La Providencia, que protege de una manera clara é indubitable á los hombres dignos de merecer su amparo, destinaba á O'Donnell para hechos de armas muy notables, y que le llamaban á ocupar un lugar digno en las páginas de nuestra historia contemporánea.

VIII.

En Marzo la columna del brigadier Linares recibió la orden de escoltar un convoy que pasaba hácia Pamplona, á cuya plaza llegó reuniéndose á la brigada que mandaba el infortunado general Quesada, llamada de reserva.

Ambas brigadas reunidas pasaron sucesivamente á Estella y Sierra de Andía.

El 25 de Mayo, á su tránsito por el pueblo de Muez, recibieron la noticia de que Zumalacárregui con el grueso de sus fuerzas habia atacado una ermita que ocupaban dos com-

pañías del regimiento de Soria, y que los tenían completamente acorralados.

El Coronel O'Donell, aprovechando la oscuridad de la noche y al frente de sus granaderos, se puso en disposición de defender el pueblo.

Increíble parece que contra numerosos batallones, y como suele decirse lo florido del ejército de D. Carlos, y por añadidura mandadas por su mejor General, pudiese O'Donell salir bien con su empresa como salió, derrotándolos y persiguiéndolos en su retirada.

Incorporada luego la brigada de Linares, con el ejército del Norte al mando del Marqués de Villacampa, al salir de Pamplona, se vió inquietada la vanguardia, cerca de Erice, por algunos batallones, mientras que el grueso del ejército carlista, trataba de apoderarse de los flancos de nuestra división.

Dispúsose que nuestras tropas de Isabel II tomasen posiciones, y en el interim el Coronel O'Donell se quedó en la carretera, á la cabeza de su destacamento, para impedir que los carlistas ocupasen la derecha de la columna.

Habiéndose conseguido favorecer la vanguardia favoreciendo su repliegue en buen orden, se mandó á O'Donell, que ocupase una de las alturas que dominaban el camino real y que se consideraba como punto principal para favorecer el resto del movimiento, cuya posición ocupó en seguida, desalojando al enemigo, que en ella se enseñoreaba.

IX.

Intrépido guerrero y entusiasta á la par por la causa de su Reina, hubieran consentido coronel y soldados que mandaba, dejar en la altura sus preciosas vidas antes que abandonarla de nuevo.

Calculando los carlistas la importancia del terreno de que

habian sido desapropiados trataron por todos los medios de volverle á reconquistar, pero tuvieron que desistir de su empeño, merced á los fuertes ataques que recibieron de O'Donnell y sus granaderos, á quienes costó la vida á mas de la mitad de ellos.

Con una pérdida tan considerable como O'Donnell habia tenido que sufrir, sin embargo con la restante que le quedaba los cargó á la bayoneta sembrando el espanto entre las numerosas filas del Pretendiente.

En tan heróico combate recibió el Coronel una grave herida, que fué recompensada por el gobierno con la cruz de S. Fernando laureada.

Tuvo O'Donnell que retirarse hasta mediados de 1835 para curarse de la herida, y tan luego como se vió restablecido se le concedió la efectividad de Comandante de la Guardia Real el 16 de Julio del mencionado año.

Incorporado al cuarto regimiento, tuvo que sostener varias escaramuzas, las que de todas saltó airoso, y por último tuvo que hacer frente á todos los sufrimientos del soldado, obligado casi siempre á hacer marchas y á alimentarse lo mismo que el último corneta.

En la situacion que entonces se encontraba la campaña, era preciso caminar con mucho pulso, y resistir á las sugerencias del oro, que no dejaban de proponerse á nuestro caudillo, quien con el honor que su clase, educacion y nacimiento le caracteriza, supo rechazarla con energía.

El corazon humano propenso siempre á olvidar los rasgos heróicos luego que estos han dejado de sentir sus efectos, ha hecho que los partidarios opuestos al de D. Leopoldo le hayan llegado á acriminar con aseveraciones, que han estado muy distantes de la verdad; pero por fortuna la historia en donde se hallan consignados los altos y relevantes servicios prestado por O'Donnell á la causa constitucional, rebaten todas las calumnias que la mezquindad de los hombres trate de imputarle.

X.

Sitiada Bilbao por la faccion fué preciso que afluyeran á aquella ciudad todas las fuerzas de la Reina, que se reunieron en Miranda de Ebro para salvar la invicta ciudad.

El Comandante O'Donell participó de todos los trabajos y penalidades de la espedicion, haciendo su entrada en Bilbao y participando del regocijo y vítores de su vecindario al ejército salvador y á sus esclarecidos jefes.

Habiendo tomado el ejército el camino de Amurrio, recibió D. Leopoldo O'Donell el dia 4 de Julio la orden de cubrir la retaguardia con tres compañías de cazadores de la Guardia Real.

Al poco tiempo de su marcha se vió atacado, cerca de Ildio por un batallon y la caballería carlista, batiéndose por espacio de una hora, y declarándose por fin la victoria en favor de O'Donell.

Testigo ocular y admirador de este hecho de armas, lo fué el general Córdova, quien tributó los mas reiterados aplausos al Comandante de la Guardia, que tan dignamente sabia cumplir con su deber.

Esta accion contribuyó en gran manera á asegurar el resultado feliz obtenido en la batalla de Mendigorria dada el 16 de Julio del mismo año de 1835.

La division de la guardia recibió orden de atacar el centro del ejército enemigo, y O'Donell fué de los primeros en apoderarse de las alturas, que la faccion las creia inespugnables, recibiendo por esta accion la efectividad de Teniente Coronel mayor.

Dos divisiones de infantería y algunos escuadrones, entre las primeras la de la Guardia á que O'Donell pertenecia, á las órdenes del General Aldama, pasaron á alojarse el 1.º de Setiembre en Arcos de Navarra.

En la próxima mañana del día 2 aparecieron en las alturas llamadas de S. Gregorio, un crecido número de carlistas, que obligaron á las tropas liberales á tomar posiciones, apoyando su izquierda en el pueblo y su derecha en el camino de Estella.

O'Donell ocupaba este último punto, y se le habia encargado sostener y apoyar los fuegos de una batería, destacando además dos compañías entre Estella y Arcos.

Ayudadas estas compañías por la artillería y el batallón, arrostraron los fuegos por espacio de algunas horas, apesar de que las tropas carlistas no avanzasen con la audacia que se esperaba, mas por la tarde dieron muestras de despertar de su aparente letargo tratando de arrollar la derecha de las tropas liberales.

Noticioso O'Donell de que por el camino de Estella se aproximaban numerosas fuerzas enemigas, y de que las compañías avanzadas de su regimiento empezaban á carecer de municiones, se lanzó en su auxilio, mas al llegar á las alturas descubrió las guerrillas enemigas, seguidas de fuerzas considerables.

Habia dejado cuatro compañías para defender el lado opuesto de la cordillera, y por consecuencia solo le quedaban dos, sin ninguna fuerza de caballería, que protegiese su movimiento.

En tan crítico apuro, del cual solo podia salvarle su talento y presencia de ánimo de que siempre se ha hallado adornado y calculando que por la posición del terreno no le era dable al enemigo enterarse del número de sus soldados, desplegó sus dos compañías y dió la señal á sus guerrillas para que se replegasen hácia él y en seguida rompiendo el fuego en aquella linea al parecer estensa, avanzó hácia el enemigo, el cual engañado mandó hacer alto antes de llegar á la columna.

O'Donell sostuvo aquel desigual combate hasta que llegó la caballería, y cargando al enemigo lo derrotó por completo.

¿Qué duda puede haber en que el talento y valor de O'Donell, fué lo único que contribuyó á ganar esta acción las tropas liberales? Si no hubiera sido por él los carlistas dueños de las alturas, el triunfo hubiera sido de ellos.

D. Luis Fernandez de Córdoba, General en Jefe del Ejér-

cito del Norte, reunió en Octubre una parte de él en los llanos de Alava, con la idea de proteger á Espartero que marchaba sobre Bilbao, nuevamente amenazada.

Después de varios movimientos estratégicos ordenados por el general Córdova, á fin de llamar la atención de los rebeldes, recibió orden O'Donnell de que pasase con el batallón de su mando á proteger la retirada del ejército en el momento que abandonase el campo de batalla.

En cumplimiento á la orden formó su batallón en columna cerrada, flanqueándola dos compañías, combatiendo por mas de una hora haciendo fuego en una ordenada retirada, obligando de este modo al enemigo á desistir de sus hostilidades.

El General en jefe le llamó y le colmó de elogios y distinciones, pues á él se debía el feliz arribo del ejército á Salvatierra.

En esta época empezó á figurar el jóven coronel, y á pesar de haber sido su regimiento destinado á Madrid, prefirió los peligros de la guerra á la molición de la corte.

CAPITULO VI.

Campaña desde 1836 á 1838.—Situación política de España.—O'Donell es nombrado brigadier.—Queda herido en una de las acciones.—Su reputacion se acrece de dia en dia.

I.



A guerra entretanto continuaba cada vez con mayor encarnizamiento.

Los bandos contrarios se entregaban á escesos de tan inaudita crueldad, que todas las naciones no pudieron menos de reprobar la fratricida campaña que asolaba el territorio español.

Inglaterra fué la que primero medió, y no pudo quejarse del resultado que obtuvo su mediacion.

Despues de celebrado el pacto de la cuádruple alianza, por el que se comprometia á prestar su auxilio á la Reina Isabel siempre que esta lo necesitase, no tenia mas remedio que interponerse á fin de ver si podian avenirse los dos partidos beligerantes.

Los *torys* habian censurado enérgicamente á los del partido *whig* por haber reconocido á la Reina Isabel por heredera del trono de Fernando VII, pero cuando á su vez subieron al poder, como los ingleses en esa parte prescindien

siempre de las ideas particulares, para que solo domine la idea de la conveniencia general, trataron ya que no de favorecer de cierta manera á la Reina niña, toda vez que hasta entonces no habia necesidad de socorros tan ostensibles, al menos de evitar si posible era la efusion de sangre que se estaba haciendo.

Para esto vinieron comisionados á los campamentos de ambos partidos.

Tiempo hacia que los soldados de una y otra parte lo llevaban todo á sangre y fuego, y no se respetaban las leyes de guerra, no dando cuartel á los vencidos y cometiéndose continuamente las tropelías mas injustificables.

La mision de los comisionados ingleses se reducía á obtener de enteraos bandos que la contienda fuese menos inhumana, y que los prisioneros fuesen respetados.

Los enemigos se prestaron mas á los tratos y deseos de los ingleses que los partidarios de Isabel II, y unido á esto las afecciones que los mismos comisionados tenian por el infante rebelde, hicieron que lo que en consideracion perdieron los liberales lo ganasen los carlistas.

II.

Al principio de la campaña reinaba un encarnizamiento inhumano, hasta que entre ambos bandos y por mediacion de lord Eliot se estipuló que se daría cuartel y se canjearian los prisioneros hombre por hombre y grado por grado.

En esta estipulacion que tenia solo por base el contener en algun modo la crueldad de la guerra, perdió la causa de la Reina en el mero hecho de haberse dado á la del Pretendiente la consideracion de justo derecho controvertido y sujeto al fallo de las armas.

La Francia no dudó en manifestar ya sin rebozo su inclinacion mas hácia la causa de D. Carlos que hácia la de la

Reina, contando por casi probable el triunfo de la primera.

Los sucesos de las Amescuas, fatales todos para la causa de la Reina, en atención al desaliento en que se encontraba su ejército por las repetidas pérdidas que sufría en este país, escabroso de suyo, y á donde los habia conducido el general Valdés con el deseo de desalojar de allí á los batallones carlistas, cuyo objeto no se consiguió, antes al contrario, que el general Córdova, cuyos talentos y pericia militar probó en alto grado en esta ocasion, se vió obligado á abandonar aquel país.

Este abandono de tan dilatado territorio, puede decirse dividió en dos partes la corona de Castilla, colocándose media en las sienes del tío y la otra media en las de la sobrina.

Reinaba pues D. Carlos en su pequeño reino de hecho, y solo le restaba considerarlo de derecho.

El convenio de cange hecho con la Gran Bretaña y la derrota sufrida en las Amescuas, fueron dos golpes mortales que hirieron las principales arterias de la causa liberal.

Llegó el momento siempre fatal á esta desventurada nacion de tener que pedir auxilio á los vecinos.

Propúsose pues al Rey de Francia que en union con la Gran Bretaña, así como tambien en cumplimiento del tratado de la cuádruple alianza, favoreciesen con su ayuda á la Reina en el logro del sostenimiento y consolidacion de su trono.

A todo esto ya no habia ninguna provincia en España que no se viese invadida por las facciones en batallones regularizados, mientras que las tropas de la Reina marchaban de dia en dia al desaliento.

Un revés sufrido por el general D. Baldomero Espartero, encargado del ejército de Vizcaya, que fué sorprendido y puesta en dispersion su division, concluyó de agravar la penuria porque se estaba atravesando, y considerarse cada vez mas indispensable el auxilio de los estrangeros aliados.

Mientras tanto en Madrid se hacian reformas, varias de ellas de utilidad.

III.

El 11 de Mayo de 1835 se trató en el Estamento de Procuradores el convenio hecho con los generales de D. Carlos, mientras que la policía daba aviso de planes de motines y sublevaciones.

Notóse que enfrente del local destinado á las sesiones se habia colocado fuerza de caballería.

El Procurador Lopez hizo varias interpelaciones sobre la causa de aquella medida.

Martinez de la Rosa trató de contemporizar las preguntas, y por último se decidió desalojar la tribuna pública ocupada á la sazón por gentes bulliciosas, así como tambien retirar la fuerza militar que ocupaba la plazuela.

Dejando á un lado las rencillas y desconfianzas mas ó menos fundadas del Estamento con respecto al Ministerio que entonces regia los destinos del pais, en cuyos debates obtuvo este la victoria, recibiendo los parabienes del sinnúmero de amigos convencionales que siempre han existido que tienen por ocupacion ensalzar al opulento y humillar al caido, diremos que el Gobierno sacó fuerzas de flaqueza, y sugetó el convenio, origen de las desavenencias, al dictámen de una comision: fué este aprobado así como tambien la conducta de los Generales que tuvieron parte en él.

Cualquiera que racionase un momento, creeria que el Ministerio de Martinez de la Rosa, Conde de Toreno y compañeros, contaba una existencia segura, garantizada por los recientes triunfos; mas no era así supuesto que dentro y fuera de su seno tenia un gérmen, que le mataba con una lenta é imperceptible agonía.

Martinez de la Rosa se creia en el imprescindible deber de dejar su puesto tan luego como fuese aprobada la inter-

vencion estrangera, al paso que Toreno estaba enteramente conforme con ella.

Los asuntos de la guerra con la marcha política hasta entonces seguida, no ofrecian los mas prósperos resultados, razon por la que se hacia indispensable un cambio radical de política.

Rosolvióse por fin Martinez de la Rosa en solicitar del Gobierno francés la intervencion, fundándose en el tratado de la Cuádruple alianza y creyendo coadyuvaría en cumplimiento del mismo la Inglaterra, pero á la par que presentaba á la Reina, entonces en Aranjuez, la mencionada peticion lo hacia de su renuncia.

Fué admitida esta, y pasó al Conde de Toreno, cerrándose las Cortes á la par.

Hubo naturalmente en este caso como en todos los análogos, risas por los enemigos y llantos por los amigos, lágrimas que no tardan en enjugarse porque carecen de sinceridad, y sarcasmo que se convierten en viles adulaciones por idéntica razon: mudanza que no se hizo esperar, supuesto que los enemigos del caído encontraron ya mas energía, mas valor, y por último descubrieron todas las prendas que hacian recomendables al nuevo prohombre, y que no las habian percibido aun.

IV.

Mientras tanto todos los hombres que por su desgracia ó quizás por su fortuna están desviados de los altos círculos esperaban como suele decirse con la boca abierta, quiénes formarían el nuevo gabinete, qué marcha sería la que se trazarían, qué se determinaría con respecto á la intervencion, y por último, qué sería del oscuro problema de la guerra.

Llegó por fin la anhelada contestacion de la Francia negándose al cumplimiento del tratado, y á la vez, manifestó lo

mismo la Inglaterra, suponiendo que el caso previsto en el Cuádruple convenio, no era llegado aun.

El Conde de Toreno sufrió con este acontecimiento un fuerte revés, porque la piedra angular de su edificio gubernativo flaqueaba por su base.

Hombre resuelto y nada tímido comprendió la necesidad que había de que sus colegas fuesen hombres de los distintos colores, mas ó menos brillantes, de que se vestía entonces el gran partido liberal.

Formó pues el Ministerio, tomando para sí la presidencia y el de Estado, encargó el de la guerra al Marqués de las Amarillas Duque de Ahumada, el de Gracia y Justicia á D. Manuel García Herreros, el de la Gobernacion á D. Juan Alvarez Guerra, el de Marina se confió á D. Miguel Ricardo de Alava, y por último el de Hacienda á D. Juan Alvarez y Mendizábal.

El nuevo Ministerio no causó á la nacion ni pesar ni alegría, sino que todos ansiaban sus resultados.

Entretanto la guerra continuaba distraida la atencion de ella, y el ejército no en el mejor estado de entusiasmo, teniendo siempre presente su descalabro de las Amescuas.

El Pretendiente, bien sea por su falta de caballería ó bien sea por no dejar poblaciones enemigas á su retaguardia, no se atrevió á pasar el Ebro y venirse á los llanos de Castilla, en donde es indudable hubiera aumentado sus filas, con gran número de prosélitos.

Descosos los vizcainos de sujetar á la obediencia á sus paisanos los bilbainos, pasó Zumalacárregui con un grueso y bien ordenado ejército á poner sitio á la plaza de Bilbao, poblacion abierta y dominada, pero que se defendió gloriosamente, coadyuvando á la defensa la milicia nacional, llamada entonces urbana.

Mandaba el ejército del Norte con carácter de interinidad el general Valdés, y era muy de presumir que esto fuese un inconveniente para socorrer la plaza; pero el conde de Mirasol que mandaba á los sitiados logró hacer penetrar en ella al general D. Santos de la Hera y prestarla el auxilio de que tan necesitada se hallaba.

Contribuyó en gran manera á su salvacion la herida po-

co grave en su principio, pero que se hizo luego hasta el grado de producir la muerte al general de mas talento y valor que contaban las huestes de D. Carlos, cual era Zumalacárregui.

Encargóse en esto del mando del ejército en propiedad D. Luis Fernandez de Córdova, quien á pesar de haber defendido en otro tiempo la causa de la Monarquía, no por eso era ahora menos leal y caballero con la de los constitucionales que mandaba.

V.

Retirado el ejército de D. Carlos á los confines de Navarra y Alava, y confiado el mando de las tropas por fallecimiento de Zumalacárregui á D. Vicente Gonzalez Moreno, pusieron sitio á Puente la Reina que defendió denodadamente su gobernador Sant-Just, hábil é inteligente oficial.

El general Córdova acudió presuroso en su socorro, y tuvo lugar la famosa batalla de Mendigorria, en donde el ejército de Isabel II recobró una gran parte de sus perdidos laureles en las Amescuas, cuyo triunfo volvió á los soldados el aliento que tan abatido tenían.

Recibióse en Madrid la noticia con satisfaccion, tanto por el pueblo como por el Gobierno, pero este se encontraba ya minado y muy despojado de la fuerza moral, necesaria para poder marchar en la senda de las reformas que se habia trazado, prestigio que concluyeron de perder, en virtud de varias providencias que tomaron contrarias á las comunes aspiraciones.

Si bien era cierto que en las provincias habia el ejército de la Reina adquirido preponderancia, en Cataluña, Aragon y otros puntos del litoral iba en creciente la causa del pretendiente.

Contenidas pero no castigadas algunas asonadas en Zaragoza y otros puntos, tuvo lugar una muy grave en Barcelona, en la cual perecieron inhumanamente asesinados algunos inocentes religiosos, tomando origen el motin de una corrida de toros que no correspondió á lo que de ella se habian prometido los barceloneses.

Con la impunidad de los autores de tan feo atentado cobraron ánimos los alborotadores, y promovieron otro nuevo cataclismo que trató de reprimir el Capitan General del principado D. Pedro Nolazco Baza, á quien aquel feróz populacho insultó y por último asesinó, encarnizándose con su cadáver, con el que cometieron repetidos actos de barbarie, recompensando de esta manera los largos y honrosos servicios de este digno hombre, que fué el primero en reprimir en la capital de la Monarquía la sedicion de los voluntarios realistas.

Los factores de tan horrendo crímenes, y á quienes solo la situacion podia salvar de la influencia de la ley, y de sufrir su merecido castigo haciendo caer sus cabezas la cuchilla del verdugo, promovieron una nueva rebelion declarándose independientes del Gobierno.

Contagiáronse con tan fétidos miasmas, casi todas las poblaciones de Cataluña y Aragon, repitiéndose en muchas de ellas las escenas de asesinato y desafucos.

En toda España habia un foco de rebelion, y cuyos secretarios se comunicaban sus maquiavélicos planes, aprovechando para ponerlos por obra el desprestigio del poder dominante.

En Madrid, como en todos los puntos, no cesaban las maquinaciones.

Hallábase fuertemente guarnecida por la tropa formada de los regimientos de la Guardia Real, firmes en la disciplina, y no dispuestos á prestarse á maquinaciones.

Lo contrario sucedia con la milicia urbana, compuesta en su mayor parte de hombres tranquilos pero contagiados por otros turbulentos y afectos á motines y asonadas, que obligaban sin querer á sus compañeros á tomar parte en ellas.

Marchóse la Corte al Real Sitio de S. Ildefonso vulgarmente llamado la Granja, marchando segun costumbre al lado de la Reina el primer Ministro, quedándose en Madrid los restantes.

Recibíanse todos los días noticias de levantamientos en las provincias de mas ó menos entidad, y cuyas noticias no podian dar los periódicos con la claridad debida porque la censura no se lo dejaba hacer.

En medio de la escitacion de todos los ánimos llegó la mañana del 13 de Agosto de 1837 y era público en Madrid la proximidad á estallar una sublevacion, diciéndose empezaria en los toros que debian celebrarse aquella tarde.

Con todo de que la autoridad era conoedora del peligro se hallaba impotente para remediarlo, dejando que se perpetrara el hecho, para aplicar el castigo á los delincuentes.

VI.

Celebróse en paz la corrida, y al retirarse el piquete que se formaba de nacionales, llevaban en pos de su música que tocaba marchas patrióticas una porcion de gente dando vivas, que iban en aumento á cada instante.

Llegados á su cuartel se negaron á retirarse á sus casas hasta que no llevasen á efecto un cambio de ministerio.

Disparáronse tiros al aire, ya como señal, ó ya como efectos del desórden, y estos produgeron la alarma en la poblacion.

Reuniéronse la tropa y la milicia urbana, la primera en sus cuarteles y la segunda en la plaza Mayor.

El guante estaba arrojado, pero se ignoraba el por qué se habia retirado y quién se presentaria á recogerlo, supuesto que ninguno de los directores del movimiento habian juzgado oportuno presentar su cara.

La noche del 15 y 16 de Agosto la pasó la poblacion en medio de ansiedad y peligro.

Presentóse por fin en la plaza Mayor, entre otros varios

personajes de diversas opiniones el general D. Vicente Quesada, quien concretó la cuestion y la trajo á terreno despejado.

Esta se reducía á solicitar de la Reina un cambio del Ministerio, y se firmó al efecto una esposicion que se llevó á la Granja por comisionados.

Entregáronse al ócio los milicianos, enteniéndose algunos en formar parapetos y abrir zanjas en las entradas de la plaza, lo que prueba que no estaban poseidos de ideas pacíficas, supuesto que como medida de precaucion se fortificaban contra un enemigo que á imitacion del Angel malo, todos temen y ninguno conoce.

La gran ventaja que hasta entonces habia, era que el ejército no habia tomado parte alguna ni demostraba tomarla en el comenzado movimiento, y reunida toda la guarnicion en el Prado, esperaba grave y silenciosa las órdenes de sus gefes.

VII.

En este estado se pasó una gran parte del dia siguiente, y como no conviene semejante inaccion á los fautores del motin, aprovecharon la oportunidad de presentarse al general Quesada sin traer alguna noticia de importancia y reconviniéndole con alguna acritud, en términos que escitaron la indignacion de aquel.

Con este motivo recibió con gusto la orden del Gobierno para desalojar de la plaza á los milicianos, cuyo desalojamiento se verificó casi sin resistencia de ningun género.

Los realistas prevaleiéndose del castigo que habian llevado los nacionales, y deseando tomar la revancha por los insultos que algunos de aquellos les habian hecho, los provocaron y maltrataron, llegando hasta tal punto que hicieron necesaria la presencia de las tropas para apaciguar semejante alboroto.

También el Gobierno siguiendo su marcha inconveniente hasta el extremo, declaró la capital en estado de sitio, medida apenas conocida en España y que causó una profunda impresión en las personas honradas de todos los partidos.

La consecuencia de estos desaciertos no se hizo esperar mucho tiempo.

Casi todas las provincias empezaron á sublevarse, llegando España á estar en una situación tristísima, pues en algunas poblaciones hasta se llegó á tratar de traidores á la patria, á los ministros, y particularmente al conde de Toreno.

En este tiempo subió á ocupar la silla ministerial de Hacienda Mendizábal; fué un suceso que llamó extraordinariamente la atención en aquellas circunstancias y que influyó extraordinariamente en los sucesos futuros.

Ya hemos hablado antes del nuevo ministro en la época en que era un agente oscuro de los liberales, y nuestros lectores comprenderán perfectamente lo que se podía esperar de un hombre que poseía una gran viveza de imaginación y una facultad poco común de recursos intelectuales.

En la situación en que la nación se encontraba era imposible que Mendizábal y Toreno continuasen juntos en el ministerio.

El primero trató de temporizar, pero comprendiendo que le era de todo punto imposible, formó el atrevido proyecto de crear un nuevo gabinete poniéndose él á su cabeza.

Así sucedió en efecto, y España conserva todavía una memoria grata del tiempo en que aquel ejerció una especie de dictadura ministerial.

La guerra civil había agotado casi todos los recursos, y los hombres y el dinero escaseaban.

Para cubrir esto decretó una quinta extraordinaria de cien mil hombres, indicando además los medios para librarse del servicio de las armas por medio del dinero.

En nombre de la Reina Gobernadora se publicó una especie de amnistía, en la cual se decía que se olvidaban por completo las faltas políticas de los que se hallasen comprendidos en ella.

Las opiniones no eran obstáculo para que el nuevo ministro utilizase á los hombres de inteligencia, y de esta ma-

nera Mendizábal era visto con agrado por todas las parcialidades en que se hallaba dividido el reino.

Las juntas que se habian levantado en las diversas provincias iban disolviéndose poco á poco, gracias al acertado tino del gefe del nuevo gabinete, y un tanto desahogado este del enmarañado laberinto en que habia encontrado la nacion á su subida al poder, dedicó todos sus esfuerzos á combatir la guerra civil que se presentaba mas amenazadora cada vez.

VIII.

El desconcierto que habia reinado en España durante algun tiempo, si bien no habia influido desfavorablemente para nuestras armas en Navarra, en Cataluña, en Aragon y en la Mancha habia acrecido las fuerzas de los carlistas, y como consecuencia directa las tropas de la Rcina sufrido algunos descalabros.

Los asesinatos de Barcelona y la debilidad de las autoridades habian aumentado la rabia de los secuaces del pretendiente.

La bandera de D. Carlos se desplegaba por todas partes; las comunicaciones se encontraban cortadas por diversos puntos, y en el Maestrazgo y en la Mancha las partidas se convertian en batallones y la guerra tomaba un carácter capaz de inspirar serios temores á los partidarios del régimen constitucional.

Con la subida de Mendizábal al poder recobraron ánimo los abatidos espíritus, y como ya hemos dicho mas arriba, los hombres de todas condiciones aplaudian los actos del nuevo ministerio.

Los donativos comenzaron al par que empezaba á rena-

cer la confianza, y si bien en pequeña escala, efecto de la escasez consiguiente al período que estaba atravesando la nación, no por eso dejaron de demostrar que no estaba del todo extinguido el patriotismo en el bando de la Reina.

La Reina Gobernadora creó y equipó á su costa un regimiento, al que dió su nombre, y todas estas prosperidades engricron algun tanto al ministro que se creyó llamado á regenerar la nación y á concluir aquella desastrosa guerra civil de una manera satisfactoria para el partido que representaba.

La batalla de Mendigorria que detuvo algun tanto á los carlistas en su triunfante marcha, y la defensa de Bilbao cuyo sitio tuvieron que levantar, fueron dos hechos de armas que atenuaron la derrota de las Amescuas.

Sin embargo, los carlistas seguian hechos dueños de las provincias Vascongadas y contando con los grandes recursos que el terreno les ofrecia, y las simpatías de los naturales aumentaban sus fuerzas de dia en dia y cada vez se presentaban mas amenazadores.

El General Córdova estaba disponiendo todos los medios posibles para atacar al enemigo y este á su vez se disponia para pasar tambien desde la defensiva á la ofensiva.

IX.

El Conde de Casa Eguia era el general en jefe del ejército de D. Carlos y de los mariscales de campo que estaban bajo sus órdenes, estaban reputados como los mejores Iturralde, Villareal y Gomez, pero sobre todos estos poderes crearon una autoridad de nuevo género cual fué la de hacer á la Virgen generalísima del ejército.

Esta autoridad ridícula por el ser á quien se referia, ejercia omnímodas facultades si nos podemos expresar así y á ella se invocaba cuando marchaban los carlistas al campo de

batalla, no á vencer á los infieles, como en otros tiempos, sino á quitarle la vida á centenares de hermanos que pertenecian á una misma comunión religiosa.

La unión del Infante D. Sebastian á la causa del pretendiente la favoreció sobremanera sin perjuicio de haber reconocido por Reina á Isabel II, la influencia de su madre la Princesa de Beira cuñada de D. Carlos y mas tarde su mujer, le hicieron unirse á las filas absolutistas.

Lleno de ardor el general Córdova se unió con las tropas del general Ezpeleta y al saberlo los carlistas que habian salido de Vizcaya retrocedieron otra vez hácia su territorio; movimiento que sabido por el jefe constitucional le hizo variar su plan de ataque y enviando hácia Bilbao al general Espartero con sus fuerzas retrocedió hasta Salvatierra con su división.

Los carlistas apoderados del fuerte castillo de Guevara y preparados en sus inmediaciones á hacer una resistencia desesperada, se encontraron con las tropas de Córdova en las sierras de Arlaban.

Las tropas de la Reina al par que envolvian unos de los costados del enemigo, atacaban su frente con irresistible ímpetu dándole furiosas cargas á la bayoneta, en términos que á pesar de lo formidable de las posiciones en que se encontraba empezó á retroceder sufriendo pérdidas de grave consideración.

Esta victoria hizo muy buen efecto en las tropas de la Reina y fué la inauguración de una serie de triunfos sino de grandes proporciones, al menos de acciones de resultado no desfavorable para nuestras armas.

El movimiento verificado por ambos ejércitos habia permitido al general Espartero atravesar el valle de Durango, terreno sumamente peligroso, tanto por las dificultades de su naturaleza cuanto por el espíritu de sus habitantes y que llegase á Bilbao sin haber sufrido descalabro alguno.

La legión inglesa al mando del general Laci Ewans se unió con el general Córdova.

La llegada de la expedición francesa unida á las tropas de la Reina, que habia acrecido en bríos y vigor impidieron que los carlistas al mando del General Iturralde, cuyo objeto

era pasar á Cataluña á fin de que unidos los carlistas catalanes con los navarros quedase D. Carlos por dueño de todo aquel vasto país.

Habiéndole salido mal su plan cayeron sobre S. Sebastian, plaza que creyeron de fácil adquisicion, pero que en breve se convencieron de lo contrario, contentándose con dispararla algunas bombas y dirigiendo sus fuerzas sobre Guetaria, de cuyo pueblo se apoderaron, haciendo que abandonase la poblacion el fuerte que la defendia.

Como nuestro objeto no es hacer una reseña circunstanciada y exacta ni seguir paso á paso todos los hechos de la guerra civil, sino hacer una descripcion á grandes rasgos de la política de España y de su situacion en todo cuanto pueda tener relacion con la vida política y militar del hombre que hoy ocupa la presidencia del Consejo de ministros, ahorrando digresiones y pusando por alto hechos reservados solo para la historia y casi todos conocidos del público, pasaremos á ocuparnos de aquellos que tenga relacion mas directa.

X.

Ya hemos dicho en otra parte que la accion de Mendigorria fué una de las que mas poderosamente contribuyeron para alentar el desanimado espíritu de las tropas de la Reina.

Ya hemos dicho que el general Córdova dirigió tanto aquella accion como otras que se sucedieron en aquellos dias y en presencia de él se batió O'Donell, mereciendo por su comportamiento las felicitaciones del general en jefe.

La division de la Guardia cuyo mando estaba encomendado á O'Donell se portó admirablemente en aquella jornada; y sin estendernos mas en estos pormenores, puesto que ya anteriormente nos hemos ocupado de los sitios en que em-

pezó á darse á conocer, vamos á seguir los acontecimientos desde la época en que los dejamos en el capítulo anterior, ó sea desde que nuestro héroe fué nombrado coronel del regimiento infantería de Gerona.

El 1.º de Enero de 1836 se encargó del mando de la brigada de que formaba parte tanto este regimiento como el de Mallorca, y reforzada esta con una seccion de caballería, recibió la órden de ocupar los valles de Erro y Roncesvalles con el objeto de cerrar el paso de Aragon á los carlistas.

Estos, comprendiendo que no podian resistir aquellas fuerzas, buscaron una posicion donde poderse mantener con ventaja, y la encontraron en el camino de Silvete en unas montañas inaccesibles, protegidos por las cuales creyeron posible intentar una agresion.

Detenido O'Donell un momento en su marcha, no vaciló un instante en acometer á los que se atrevian á provocarle.

Las fuerzas que estaban á sus órdenes recibieron la de avanzar, llevando delante de sí las guerrillas enemigas.

Los que en la guerra de Africa han tenido ocasion de admirar su buena táctica, deben tener presente la escuela práctica en que se educó, escuela en que la necesidad hacia aguzar el entendimiento á los gefes para asegurar sus vidas, así como las de sus soldados.

Conociendo O'Donell las dificultades del terreno en que iba á combatir, envió seis compañías en direccion contraria, con objeto de coger á los carlistas por el flanco en el momento de verificar su retirada atravesando un desfiladero que no habian tenido presente sin duda.

El cuarto batallon de su regimiento lo dejó de reserva; y poniéndose él mismo á la cabeza de sus soldados se lanzó sobre los contrarios, ganándoles la posicion á pesar de defenderla aquellos palmo á palmo.

La consecuencia de esto fué que mientras los carlistas huian en desórden y salian apresuradamente por una de las calles de Silvete, el coronel con su division penetraba en el pueblo, donde descansó aquella noche.

Algunos dias despues el general en gefe mandó que se reforzase la division del general Ezpeleta que operaba por la parte de Balmaseda y para esto mandó que la division del

general Espartero escoltase la que enviaba á aquel y que se replegase despues hácia Unza, donde le esperaba el general Rivero con cinco batallones que protegerian su marcha hasta Vitoria.

Verificado parte de este movimiento por Espartero, á cuya division pertenecia la brigada de O'Donell, sin haber podido reunirse todavía con Rivero, divisó la vanguardia de los enemigos que se adelantaba por el camino de Amurrio.

Con la precipitacion consiguiente se formaron las tropas de la Reina viendo aumentarse considerablemente el número de los carlistas, y presagiando por lo tanto que la accion habia de ser dura y reñida.

La segunda brigada, aumentada con dos batallones de Gerona mandados por O'Donell y dos escuadrones de caballería, recibió orden de tomar una altura inmediata.

Las fuerzas enemigas fueron tan superiores en número que Espartero no tuvo mas remedio que emprender su retirada hácia Unza, punto en el cual debia estar el general Rivero.

Para proteger esta retirada se dió la orden á O'Donell para que con los batallones de su regimiento contribuyese al mejor éxito de semejante movimiento.

O'Donell se comprometió á hacerlo, y formando por escalones la citada fuerza, protegidas las tres compañías de tiradores por los dos escuadrones de que hemos hecho mérito antes, siempre el jefe en el puesto de mayor peligro, toda la division se retiró sin experimentar grandes pérdidas.

Superior á todo elogio el jóven coronel permaneció en su puesto, sin que en su semblante apareciese la mas mínima sombra de desaliento hasta que el último soldado se retiró, y cuando despues de esto dió Espartero la orden de cargar al enemigo, O'Donell, puesto al frente de los tiradores y de la gente que componia su brigada, lo hizo con tanto arrojo, que tanto por esto como por su brillante comportamiento en toda la jornada, se hizo merecedor á que Espartero solicitase para él el grado de brigadier que le fué concedido en 19 de Marzo, felicitándole tanto en el campo de batalla como particularmente por su admirable conducta.

XI.

El 10 de Abril del mismo año el nuevo brigadier con sus dos batallones de Gerona y un escuadron de caballería ligera estaba situado en Miñana, punto el mas avanzado en direccion al enemigo, y tanto es así, que en Luco que estaba veinte minutos de Miñana tenian los carlistas sus posiciones avanzadas.

Doscientos caballos enemigos se presentaron la tarde del dia 16 tan cerca de Miñana, que O'Donell no tuvo mas remedio que lanzar contra ellos el escuadron que estaba bajo su mando. Este alarde de fuerza pareció sorprender á los contrarios, en términos que real ó fingidamente empezaron á huir.

Nuestros ligeros les cargaron con ardor, y envanecidos hasta cierto punto con su triunfo, volvian ya replegándose sobre Miñana, cuando rehecho el enemigo y protegido por mil infantes cayó de nuevo sobre ellos.

El momento era supremo para el escuadron constitucional; se hallaba en un peligro inmenso, y mal lo hubiera pasado si O'Donell, que observaba todos sus movimientos, no se hubiese apresurado á sostenerle desplegando algunas fuerzas bajo los mismos fuegos del enemigo.

El resto de los dos batallones de Gerona cubria tambien la derecha é izquierda del pueblo, y de esta manera, después de replegada ya la caballería, resistió impávido los ataques de las fuerzas contrarias, cuyo número aumentaba cada momento, y harto ya de estar á la defensiva se decidió por atacar á los carlistas sin pensar siquiera en la desproporcion de fuerzas que tenia.

Para el efecto dió orden de que su caballería cargase á la contraria, arrollando al mismo tiempo á la infanteria que

quedaria sin el apoyo de aquella, y él puesto al frente de sus batallones se lanzó sobre los del enemigo.

Este movimiento verificado con tanta resolucion como intrepidez tuvo un resultado completamente satisfactorio.

El escuadron de ligeros, al paso que desordenaba la caballería enemiga, arrollaba la infantería, y empezaron á retirarse en un completo desórden hácia las alturas de S. Roque, donde tuvieron la suerte de encontrar algunas fuerzas al mando del general Villareal.

Pero la suerte se habia propuesto proteger aquel dia los entorchados del jóven brigadier, y la casualidad, tan caprichosa como la fortuna, hizo que el coronel Calseró que al frente de un batallon de Castilla y algunos caballos andaba por aquellas inmediaciones oyése el tiroteo y se presentase en el lugar del combate.

Sostenido y alentado O'Donell por aquellos refuerzos, se decidió por exterminar completamente al enemigo, para lo cual empezó á dar sus disposiciones y lo hubiese conseguido indudablemente á no haber venido la noche á detenerle en su triunfante carrera.

Pero la victoria ya estaba conseguida y sus resultados fueron altamente satisfactorios; las pérdidas del enemigo considerables y el número de prisioneros que dejó en poder del vencedor no bajó de sesenta.

Tanto este hecho de armas como algunos de los anteriores hacian adivinar lo que podria ser O'Donell en el momento en que nombrado general tuviera á su mando una division con la que pudiese obrar con independendencia hasta cierto punto.

Y tanto es así, que el mismo general en gefe al dar parte al Gobierno del hecho de armas espuesto más arriba, emitia ya el pronóstico de que O'Donell seria uno de los generales mas valientes y entendidos de la nacion.

Poco tiempo despues el ejército á cuyo grueso se habia unido la brigada de O'Donell tomó el camino de Galarreta, donde estaban los carlistas á la sazón ocupando las alturas que dominan al pueblo.

O'Donell recibió la órden de atacar la izquierda de dichas posiciones y con tal prontitud, con tal arrojo lo hizo que lle-

gó al pueblo al mismo tiempo que el General en Gefe empezaba su ataque de frente.

Después de haberse batido en el centro algunas horas se le dijo que pasase á las órdenes del General Mendez Vigo que estaba operando en la derecha al frente de la division de la guardia y este le dió la orden que desalojase á los carlistas de la derecha así como antes lo habia hecho de la izquierda.

El Brigadier dos veces ya victorioso partió hácia las alturas al frente de tres batallones y palmo á palmo fué conquistando el terreno que tan valerosamente le defendian sus adversarios y después de una resistencia desesperada, los rechaza hasta unas alturas inmediatas; pero los carlistas haciendo un esfuerzo supremo vuelven á tomar la ofensiva y se lanzan sobre los cazadores de O'Donell que iban sobre ellos á la bayoneta.

En esta carga O'Donell que siempre el primero en el ataque y el último en la retirada marchaba animando á sus soldados, cae herido gravemente.

Semejante desgracia hubiese podido ocasionar la pérdida de aquellas ventajosas posiciones ganadas con tanto trabajo y el Brigadier que lo comprendió así no consintió en retirarse.

Todo lo contrario permaneció al frente de sus soldados; cubierto de sangre los entusiasma con sus palabras, los hace caer con intrepidez sobre el enemigo y finalmente rechazado este de todas partes deja en poder de nuestros valientes las codiciadas posiciones.

Entonces únicamente, después de haber combatido en la derecha, en la izquierda y en el centro, nuestro héroe consintió en retirarse.

El General en Gefe lleno de entusiasmo y extraordinariamente complacido con la conducta del jóven Brigadier pidió para él la Cruz de S. Fernando de tercera clase.

CAPITULO VII.

Breve reseña histórica.—Consecuencias de la muerte de la madre de Cabrera.—Disidencias en la corte.—O'Donell se vuelve á poner al frente de su brigada.—Le conceden la cruz de Isabel la Católica.—Sublevacion de algunos batallones de la Reina en Hernani.—Conducta de O'Donell en esta circunstancia.—Accion de Andoain.—Toma de Guetaria.—O'Donell es nombrado mariscal de campo

I.



OMPRENDEMOS demasiado el interés que excitará en nuestros lectores las particularidades de la vida del hombre que hoy se encuentra rigiendo los destinos de la nacion, y por lo tanto circunscribiremos en lo posible nuestras reseñas históricas, y tan luego como concluyamos la guerra civil daremos las noticias biográficas de los ascendientes del duque de Tetuan, segun tenemos ofrecido, y nos ocuparemos mas estensamente de sus hechos en los últimos años que han transcurrido.

Herido gravemente, como hemos dicho antes, nuestro valiente héroe, se vió precisado á apartarse del servicio de las armas por espacio de un año; y habiendo resuelto permanecer durante este tiempo en Logroño y Vitoria, se vió asaltado por el tifus, epidemia que se habia desarrollado en el pais y que dolorosamente vino á aumentar los males que amenazaban privarle su existencia.

Por espacio de algun tiempo desesperaron los médicos viendo lo difícil que se hacia su salvacion, y la misma España hubiese sentido la muerte del hombre de quien tanto podia prometerse.

Pero felizmente su buena constitucion venció el mal que le oprimia y el tifus se aplacó al mismo tiempo que la herida. Abierta esta aun, y sin embargo de haberle prohibido les médicos cualquier movimiento que pudiera empeorar su estado, se apresuró, faltando á la órden de los facultativos que hacian los mayores esfuerzos por conservarle á la patria, á marchar al cuartel general, situado en S. Sebastian por entonces.

El ardoroso desco por libertar á su patria en cuanto estuviera de su parte, le decidió nuevamente á tomar el mando de una brigada que á la sazón encontró el 14 de Mayo frente á la línea de Oriamendi, y poco tiempo despues, llegando á Hernani, contribuyó valerosamente á su toma.

Esta brigada operaba á las órdenes de Lacy-Ewans; el 15 pasó á Oyarzun, Irun y Fuenterrabía. La segunda de estas villas la habian fortificado los carlistas con tanta inteligencia, que parecia que podia seriamente resistirse.

Protegia las avenidas un fuerte avanzado, artillado con seis piezas.

Las alturas de S. Marcial estaban ocupadas por los batallones que habian tenido que replegarse.

El cerco de la villa fué dispuesto por Lacy-Ewans y dirigidos los fuegos de dos baterías construidas á toda prisa contra el fuerte avanzado.

Nuestro héroe recibió la órden de auxiliar aquella batería, y cuando el fuego enemigo parecia hacer inútiles los esfuerzos de los zapadores del sitio, corrió, puesto al frente de unos pocos cazadores, hasta que colocado á tiro de pistola del fuerte por medio de las malezas del terreno hizo casi completamente difícil el fuego de las seis piezas, al mismo tiempo que impidió á los carlistas que se aproximasen.

El resultado no pudo ser mas feliz; las baterías consiguieron, apurando los recursos del arte abrir brecha, y nuestros sitiadores recibieron el aviso para dar el asalto.

O'Donnell se lanzó el primero al fuerte cuando los carlis-

tas emprendieron la huida, y replegándose hasta Irun, que abandonaron muy luego á las tropas de la Reina, se embistió á Fuenterrabía el 17 de Febrero.

Un leve combate hizo por fin capitular á esta última villa, y admirado el general inglés del arrojo de nuestro joven brigadier español, solicitó para este á la reina, la Gran Cruz de Isabel la Católica que le fué concedida.

Nuestros lectores nos permitirán que escribamos por ahora estas últimas líneas.

Los hechos de armas del soldado cuya historia nos ocupa, nos entusiasma, como no puede menos á todo español que se precie de amar á la patria, de excitarse cuando considera al brigadier con una herida abierta aun, que marcha al frente de los batallones peleando por la libertad de su patria.

Mientras que el grueso del ejército ejecutaba aquellas operaciones, D. Carlos pasaba por el Arga con direccion á Aragon al frente de 20 batallones.

El general en jefe formó entonces resolucion de marchar sobre Pamplona.

O'Donnell fué al propio tiempo designado para ponerse al frente de una de las brigadas encargadas de formar el ejército de la costa Cantabria. A pesar de esto asistió á la accion de Andoain, presenciando la muerte del padre de los dos Gurreas, que tuvo lugar entonces.

Pasado el riachuelo por las fuerzas que debian acompañar al general en jefe, volvió á ocupar á Hernani.

Hemos llegado á la época mas crítica de la guerra civil.

D. Carlos marcha sobre la capital, á cuyas puertas iba á desplegar su estandarte; la faccion toma en todas partes la ofensiva, y el espíritu de disciplina introduce el desorden en las tropas de la Reina, ocasiona deplorables excesos en algunas plazas en que la sangre corrió, y particularmente en Hernani donde se halla O'Donnell.

El 16 de Julio en la noche, los batallones de la Princesa y el Infante que formaban la primera brigada de la division de Rendon ocupando aquella poblacion, donde tambien se encontraban los dos batallones de Gerona.

A la hora de la retreta los cazadores de la Princesa se negaron á obedecer á un ayudante y hasta lo maltrataron groscramente.

El general Rendon, acompañado de O'Donnell, hizo formar inmediatamente la brigada en las cercanías de Hernani, y por sí mismo se propuso investigar quienes eran los autores del atentado.

Dispuestos á hacer esta investigacion, recibieron la noticia de la llegada del Conde de Mirasol á la poblacion, y queriendo recibir por sí mismo á su superior, mandó á O'Donnell continuar el acto de justicia comenzado por él.

No bien se hubo alejado el general, cuando voces, gritos y tiros hicieron conocer á O'Donnell que las tropas que habian quedado en la poblacion se habian sublevado.

Inmediatamente se dirige á Hernani ordenando que corriese su ayudante á reunir en su nombre los batallones de Gerona, en los que estaba seguro de ejercer una gran influencia.

A la entrada del pueblo encontró al Conde de Mirasol, que por milagro habia escapado de la muerte, y que vió asesinar á su lado á uno de sus ayudantes.

El mismo general Rendon estaba gravemente herido.

II.

Los soldados seducidos por los instigadores habian arrojado á los oficiales de sus filas, se habian apoderado de las casas principales y boca-calles que conducian á la plaza, negándose á toda obediencia apesar de no estar las tropas enemigas mas que una media legua de la rebelion.

Andoain era ocupado por ocho batallones carlistas, que con facilidad podian notar el estado de las tropas de la Reina. Era próxima la entrada de la noche; los batallones de Gerona rodeaban á su Coronel sin decidirse á hacer fuego á sus compañeros, y no participaron de su rebelion, por no faltar al respeto á O'Donnell, el cual hizo considerar al Conde de Mirasol los resultados de una lucha entre fuerzas de un mis-

mo ejército, y que se hacia necesario de todos modos tomar una resolución, la que consistió en esponer su propia vida conservando de este modo millares de defensores á la causa de la libertad, y que solamente un alucinamiento podia haberlos puesto en aquel caso.

Lleno de un entusiasmo patriótico, solo, sin defensa ni mas fuerza que su valor, penetró por medio del pueblo y se mezcló con los rebeldes.

Admirados de tanto valor, le rodearon y respetaron como á un héroe.

Nuestro héroe aprovechándose de aquellos momentos tan solemnes se dirigió á ellos con mas energía, les hace ver claramente la enormidad de crímenes que debian pesar sobre sus conciencias, les indica la fealdad de su proceder, preguntándoles qué dirá el mundo civilizado al saber su comportamiento.

Los rebeldes reconocen el error que habian cometido, sienten la voz del honor en sus oídos, el amor al deber penetra en sus corazones, el patriotismo los trasforma completamente. Aquellos soldados que acababan de herir á su general y maltratar á sus jefes, vuelven apresuradamente á sus filas y sometiéndose á la disciplina, marchan contra los enemigos, que esperanzados en la instantánea desunion se hallaban á las puertas de la villa.

El primero que se presenta en el fuego dando ejemplo de valor y ayudando á los soldados entusiasmados á reparar los crímenes que aquel dia habian cometido es O'Donell.

Confiado el conde de Mirasol en el pacificador de Hernani, le encargó el mando de todas las fuerzas allí reunidas, antes de trasladarse á San Sebastian donde le llamaban las necesidades del servicio.

No podemos dejar pasar desapercibida aquella importante ocasion en que como conocerán nuestros lectores, prestó nuestro héroe un gran servicio á la causa de la libertad de nuestra patria.

III.

Si los rebeldes de Hernani hubieran persistido en su rebelion las tropas de la Reina habrian sido sin duda prisioneras por los carlistas, que llenos de entusiasmo con su triunfo harian por dirigir con rapidez sus tropas á otros puntos fáciles de sorprender, y el movimiento tentado por D. Carlos en Castilla, continuado por aquellas operaciones, hubieran podido comprometer la existencia de la monarquía constitucional, cosa en que consistia el sueño de la mayoría de los españoles.

Habiendo tomado el mando de las tropas de Hernani el general Jáuregui, O'Donnell tomó el de la vanguardia y batió á Portas el 7 de Agosto y á Lasarte el 29, puesto que los carlistas quisieron dirigir en aquella línea, el gran impulso faccioso del momento.

El 1.º de Setiembre fué nombrado comandante general del ejército de Cantabria en reemplazo de Jáuregui que por falta de salud se vió obligado á dimitir.

Este cargo era por entonces poco apetecible; los sucesos de Hernani se habian reproducido en Pamplona y en Miranda de Ebro, la indisciplina se iba haciendo cada vez mayor en el ejército y O'Donnell debia temer aquella indisciplina sin mas razon que su mérito.

Con ningun recurso contaban, especialmente en la línea de S. Sebastian; solo dos pagas habian percibido los oficiales en trece meses, y los soldados se habian tambien visto privados de multitud de cosas que no eran menos precisas, hasta llegar caso en que cambiaban algunos sus armas por zapatos.

O'Donnell no desconocia ya, que cuando un ejército se demoraliza lo mejor es tomar la ofensiva: atacó pues al ejército enemigo con ocho batallones, y arrojándole el 8 de Setiem-

bre de Urbieta y de Andoain despues de un combate vivísimo, le obligó á pasar el Oria.

Tomada posesion de la altura de aquellas poblaciones, inmediatamente comenzó algunas fortificaciones de campaña, á fin de hacer creer al enemigo que trataba de permanecer allí.

Algunos batallones de Navarra que habian recibido refuerzo de artillería, colocaron varios cañones en las alturas situadas á la derecha del riachuelo y principiaron á disparar sobre el campamento de O'Donell, que sin embargo de hallarse con mucha menos fuerza y sin artillería se decidió á atacar al enemigo el dia 14.

Deseosos los carlistas de tomar otra vez la ofensiva, despues de hacer aquel movimiento bajaron de las alturas próximamente á las once de la mañana y atacaron valerosamente la izquierda de las tropas de la Reina; mas los batallones de Gerona, dirigidos personalmente por su antiguo coronel, rechazaron la agresion victoriosamente.

IV.

A pesar de esto, los batallones del centro atacados súbitamente por las guerrillas carlistas abandonaron en desorden sus posiciones.

O'Donell se vió precisado á pasar á Urbieta; pero se propuso no pasar de este punto y conservarle á toda costa. Efectivamente, sostuvo un fuego vigorosísimo contra los batallones carlistas y les obligó á la caída de la tarde á replegarse hácia Andoain.

Hemos dicho repetidas veces que la fortuna es la diosa mas caprichosa que se reconoce, y por lo tanto no hay que fiarse ni de sus halagos ni de sus desdenes.

Es menester ponerse de frente con ella y luchar á brazo

partido, si se nos permite esta frase, con la voluble decidad.

De esta lucha suele resultar, si no la victoria, al menos la neutralizacion de los efectos que pudiera causar aquella.

Esto fué lo que sucedió á nuestro héroe en aquel momento supremo.

Hay situaciones en la vida en que es imposible espresar lo que se siente.

Lo que experimentó el actual presidente del Consejo de ministros al ver retroceder el centro de su division, seria materia hartó imposible para nosotros.

V.

Cien mil pensamientos, cien mil ideas agrupadas en monton cruzaron por la imaginacion del futuro héroe de Lucena.

Los recuerdos de las cien batallas que habia ganado, los plácemes que por ellas habia recibido, las aspiraciones de las nuevas victorias que habia de conseguir, su orgullo como militar, y su valentía como hombre, todo iba á concluir en un momento por la falta de valor, por la indisciplina de un puñado de soldados á quienes estaba confiada, por decirlo así, la honra de la nacion que representaban.

Terrible debió ser aquel momento.

Sin embargo, como hemos dicho antes, la fortuna quiere que luchen con ella, y con ella luchó O'Donell.

Ya hemos dicho que tuvo que replegarse hácia Urbietta, donde formó la voluntad mas decidida para no retroceder mas.

Allí reunió sus tropas, allí las magnetizó, por decirlo así, con su palabra, y dándolas ejemplo con su mismo arrojo, las obligó á sostener un fuego mas nutrido que en toda la accion y que obligó á la caída de la tarde á que los batallones carlistas se replegasen hácia Andoain.

De las faltas que cometen los soldados son casi siempre

responsables los gefes y O'Donell, ni queria ni debia responder jamás de una falta que atacaba á su decoro y que deprimia la honra de su nombre.

Y lo consiguió ciertamente.

Sus tropas habian retrocedido, y sus tropas era necesario que hiciesen retroceder á su vez á los carlistas.

Ya habia demostrado en muchas ocasiones que era muy buen soldado.

Era necesario tambien que ahora demostrase que poseia las buenas cualidades que se necesitan para ser un buen jefe.

Los sucesos de Hernani habian probado sus conocimientos del corazon del soldado y los de la accion de que vamos hablando vinieron á corroborar esta idea.

O'Donell habia ya salido de la esfera vulgar y era menester que cada paso que diera estuviera siempre á la misma altura de la posicion que ocupaba y conforme tambien con la posicion que le reservaba el porvenir.

VI.

Necesidad tenemos entretanto de ocuparnos de los sucesos de la córte que tanto se ramificaba con las ocurrencias de los campos de batalla.

En nuestro capítulo anterior hemos hablado ya de esas intrigas palaciegas que desgraciadamente en todos los tiempos y con todas las personas han venido reinando en todas las naciones, bien sean civilizadas, bien no lo sean.

La ambicion es una misma en todos los seres y las tendencias á dominarlas que tienen todos los hombres.

Estas intrigas, y estas preparaciones sordas que se urdian contra el ministro hacian creer á la generalidad de las

personas que para la nueva apertura de córtes formaría Mendizabal un nuevo ministerio.

Y se fundaba en que unidos los hombres que ocupaban las sillas ministeriales á la sazón, no los mas apropiados incluso el mismo presidente del consejo de ministros, para sostener esas lides de palabras que se ofrecen en un congreso, era necesario que se formase un gobierno nuevo, por decirlo así, en el que hubiese hombres capaces de sostenerlo con ventajosas luchas oratorias.

Pero contra todas estas esperanzas, Mendizabal resuelto solo á resistir todos los ataques no quiso variar el ministerio, y solo sí hizo cuanto estuvo de su parte á fin de que fuese nombrado presidente del Estamento de procuradores, su antiguo amigo D. Francisco Javier de Isturiz, persona con quien le habian enlazado íntimas relaciones, segun antes dijimos á nuestros lectores, en la época en que Mendizabal era un agente activo y celoso de los constitucionales de Cádiz.

VII.

Confiando en el discurso de la corona redactado por personas inteligentes, se dispuso Mendizabal á la lid parlamentaria y abiertas las cortes, agradó el discurso de la Reina extraordinariamente.

La oposicion no se presentaba en abierta lucha, aunque es cierto tambien que no se le podia dar este nombre á la seccion compuesta de partidarios del otro ministerio, no se hallaba muy dispuesta á ser contraria acérrima del de Mendizabal; únicamente el procurador Perpiñá al hablar en contra del discurso de la corona, demostró bien claro que se hallaba dispuesto á oponerse con todas sus fuerzas al nuevo ministerio.

Buen orador el Sr. Perpiñá, y rodeado de numerosos

amigos, estos, si bien no le prestaban su ayuda por medio de sus palabras, al menos no les pesaba los ataques que dirigia al ministerio.

El mejor terreno que Mendizabal tenia para poder defenderse era el estado en que habia encontrado la Hacienda pública cuando subió al poder, y lo que él habia hecho por mejorar su situacion.

Al mismo tiempo, como necesitase nuevos recursos y como á su ascension al ministerio habia circulado la voz de que venia á desempeñar el estado lastimoso del erario, contando para ello con las facultades de su inteligencia que le proporcionaria los medios para salir de tan grave apuro: Mendizabal, viendo la escasez de recursos con que contaba, conociendo la necesidad que de ellos tenia, y no queriendo por otra parte recurrir á los gastados medios de nuevas contribuciones y empréstitos, que en aquellas circunstancias necesariamente habian de ser muy onerosos para el pais, se le ocurrió pedir á las Córtes un voto de confianza para arbitrarse los medios que sacaran la Hacienda del estado de penuria en que se hallaba.

Martinez de la Rosa el primero y el conde de Toreno el segundo pronunciaron dos magníficos discursos atacando á Mendizabal.

Pero habló este á su vez, y con los giros extraños que daba su language, con aquellas formas incorrectas algunas veces y claras y fáciles otras, recatando y descubriendo su pensamiento, se llegó á captar la voluntad del auditorio y nuevamente las simpatías de toda la nacion.

Por manera que el resultado de esto fué concedérsele el voto de confianza que pedia, y tanto en el Estamento de Procuradores como en el de Próceres, el ministerio habia salido siempre triunfante.

Pero no por esto la situacion de Mendizabal dejaba de ser crítica.

Habia contraído graves compromisos con la nacion.

Habia prometido que la guerra concluiría pronto y favorablemente, y la guerra, si bien no con gran desventajas para nuestras armas, no por eso dejaba de continuar cada vez con mas encarnizamiento.

Los gastos, como es consiguiente, eran enormes y tenían siempre al Erario en una crisis continua, y de todas estas cosas sacaban partido los desafectos al ministro, que si bien no se atrevían á atacarle de frente, murmuraban y le censuraban en el seno de la confianza; murmuraciones y vituperios mas terribles que las opiniones cara á cara.

Pero se acercaba el momento en que esta oposicion se hiciese mas ostensible, y no se dejó de aprovechar; se habia tratado en el nuevo Congreso de la formacion de una ley electoral, nombrándose para el efecto una comision que redactase el proyecto.

VIII.

Los miembros que componian aquella no anduvieron muy conformes y resultaron dos proyectos, entre los cuales se formó uno que el público y la prensa censuró enérgicamente y que atrajo sobre sí la oposicion de los desafectos del ministerio.

Al mismo tiempo preocupaban los ánimos los sucesos ocurridos en Barcelona, la falta de tranquilidad que reinaba en algunas provincias y algunas medidas violentas que se habian llevado á cabo sin estar lo suficientemente probadas.

De esta manera se acercó la votacion de la famosa ley electoral, y el ministerio y sus amigos quedaron completamente derrotados.

Mendizabal, que por la primera vez se veia humillado de semejante manera, é instigado al mismo tiempo por sus amigos, aconsejó á la Reina que cerrase las Córtes, lo que sucedió, echándose el ministerio encima la responsabilidad inmensa de los actos que efectuase.

Era necesario completar el ministerio y no podia hacerlo con personas que le fuesen sumisas.

De los ministerios de Estado, Hacienda y Marina que desempeñaba, ofreció á D. Francisco Javier Isturiz el primero; éste desaprobaba la conducta de Mendizabal, y sobre todo el famoso voto de confianza, procurando en balde disuadir al que le pidió.

Otras causas influían para no asociarse á un Gobierno cuya carrera estaba terminando á pasos agigantados: debilitadas sus fuerzas y haciéndose mayores las dificultades, parecia precipitarse en medio de su robustez y arruinarse para siempre.

Sabida era la privanza que el ministro habia gozado, y á pesar de todo Isturiz se hallaba indeciso, hasta negarse á aceptar por entonces la admision de dicho cargo.

De este modo Mendizabal quedaba con mas libertad para obrar á su capricho, torciendo y restringiendo las facultades de que se hallaba revestido.

Esto daba lugar para que algunos considerasen que los negocios de Hacienda demostraban tener alguna relacion mas ó menos intensa con la gobernacion del Estado.

En una noche fueron lanzados los religiosos de sus conventos; varias providencias relativas al arreglo de la deuda pública siguieron á la supresion de los conventos y finalmente, se hacia notar en los hechos del gobierno cierta parcialidad que dejaba de manifiesto el designio que le precipitaba.

IX.

Un hecho muy notable de los que mas desacreditaron al ministro fué haber parado el correo de la correspondencia á la salida de Madrid y haber abierto la mayor parte de las cartas con el solo objeto de averiguar la conducta de un procurador á córtés.

De esto resultó desacreditarse la autoridad con un hecho

que traspasaba los límites que las leyes prescribían, otras causas agitaban mas á nuestro ministro: habia prometido hacer grandes mejoras y ni sus providencias ni todos sus esfuerzos pudieron alcanzar á satisfacer los cálculos que se habia propuesto; al contrario un completo desórden y un despilfarro desmesurado, habian disminuido los ingresos.

Mendizabal clamaba contra estas desdichas y solo por medio de victorias creia podria alcanzar su nueva reputacion.

Para esto escitaba al ejército del Norte á que venciese quejándose de la ociosidad en que veia las tropas, no miraba las circunstancias que infaliblemente estaban mas próximas á experimentar derrotas que otra cosa. Ni la quinta de cien mil hombres ni las legiones extranjeras satisfacian las exigencias del gobierno.

Las sumas exorbitantes que costaban el servicio de las tropas de Inglaterra arruinaban considerablemente nuestro tesoro.

Y como resultado de esto el general Córdova aun que lleno de deseos de concluir de una vez aquella campaña, se veia reducido hasta cierto punto á la impotencia.

Los carlistas acrecian de dia en dia sus fuerzas y sus caudillos adquirian mayor celebridad en proporcion que su valor ó sus actos de vandalismo se aumentaban.

Entre aquellos Cabrera era el que mas se distinguia.

En vano trataríamos nosotros de excusarle; pero si bien es cierto, que su porte vandalista fué estremadamente horroroso, tambien lo es que Noguera al condenar á la madre de aquel, dió un paso mas que desacertado.

Este hecho dió lugar á que Cabrera multiplicase las atrocidades hasta el punto de convertirse en sangrienta fiera; pues la desastrosa muerte de su madre le alejó, le hizo incapaz de conocer la razon natural y la venganza solamente podia tranquilizar su conciencia.

X.

Los hechos de barbarie de este hombre siempre los recordarán con horror los hijos de España, principalmente en los puntos donde gimen todavía muchas familias las consecuencias de aquellas atrocidades.

Los gritos de las víctimas que caían unidos á las imprecações de las familias que quedaban huérfanas, se unían al clamoreo universal que arrojaba la nación tanto por los estragos que causaba la guerra civil, cuanto por los desaciertos que cometía el ministerio.

Pero Mendizabal amargado por tanto disgustos, no tenía mas confianza que en las elecciones que estaban haciéndose á fuerzas de intrigas y en las que contaba con alguna mayoría.

Mas todo esto como nuestros lectores comprenderán no eran mas que ilusiones que desgraciadamente por tanto habían de verse defraudadas.

El estamento de Próceres era en su mayor parte contrario al ministerio y solo el de Procuradores le era un tanto favorable.

Y como consecuencia de esto las recriminaciones al ministerio eran cada vez mas graves, mas fuertes los cargos que se le dirigian y todo hacia presagiar que la ruina del gabinete Mendizabal estaba muy próxima.

La falta de tino del ministro, las exigencias de algunos que se decían sus amigos y las intrigas de que se valieron los que aspiraban á ocupar su puesto, dieron por resultado la caída de aquel, sucediéndole un nuevo gabinete bajo la base de D. Francisco Javier Isturiz, que tomó para sí el ministerio de Estado asociándose con el Duque de Rivas para el de la Gobernacion con D. Ventura Aguirre Solarte, pa-

ra el de Hacienda y D. Antonio Alcalá Galiano para el de Marina.

Los otros dos ministerios si bien estaban nombrados los que los habian de desempeñar, por hallarse ausentes no podian ocupar su puesto en el banco ministerial.

Como era de esperar el gabinete Isturiz no podia contar con amigo alguno en el estamento de Procuradores; así fué que desde los primeros momentos le hicieron una oposicion sumamente ruda y que dió por resultado el que se disolviesen las cortes convocando á nuevas para tres meses despues.

XI.

De esta manera creyeron los nuevos ministros poder obrar mas libremente; pero al echar una mirada al rededor de sí y abrazar de una ojeada la situacion política de España, no pudieron menos de estremecerse, porque efectivamente era bastante grave.

La guerra civil continuaba con encarnizamiento y el ejército del general Córdova no era posible que venciese de una vez á las tropas de D. Carlos, á pesar de haber vencido en Mendigorria y de haber recibido nuevos refuerzos; sus tropas todavía eran en menor número que la de que podia disponer el enemigo; añadiéndose á esto el odio que le tenian la Navarra y las provincias Vascongadas.

La legion británica habia alcanzado un triunfo despues de una pelea bastante encarnizada.

Las tropas de D. Carlos fueron lanzadas de Cataluña, como lo habian sido de Navarra tambien; y finalmente, en la Hacienda pública reinaba el mayor desorden y desarreglo en los pagos, consecuencia del manejo que habia establecido Mendizabal.

Exigir mas victorias al vencedor, despues de las alcanzadas y las posteriores de las sierras de Arlaban, hubiera sido un desacierto.

Pasados estos disturbios, el general Córdova dió un ligero descanso á las tropas, poniéndolas en seguridad, y se vino á la corte á conferenciar asuntos relativos al aspecto que presentaba la guerra.

Una nueva batalla alcanzada á las tropas del pretendiente alentó á los buenos españoles en términos que por algun tiempo todo fué júbilo y tranquilidad; pero bien pronto empezó á eclipsarse la estrella que los habia iluminado y los disturbios volvieron á sucederse.

La salida del teatro de la guerra del general Córdova sorprendió á los ministros que no tenian noticia alguna de la licencia que le habia sido concedida.

En Madrid tuvo una buena acogida por esto, y hasta la misma Reina le llenó de obsequios.

Deseó ser oido en acto solemne por la misma Reina, y se verificó la junta en el Pardo, llamando altamente la atencion del público.

Hizo presente las dificultades que presentaba la pronta conclusion de la guerra, despues de pronunciar un discurso y haber manifestado su plan.

Todos permanecieron silenciosos sin aprobar ni desaprobar nada, escepto el duque de Ahumada que pronunció algunas palabras en su apoyo.

Poco tiempo despues se reunió el general al ejército, y su presencia no pudo impedir que los carlistas forzasen las líneas de las tropas de la Reina y se corriesen hácia Galicia, perseguidos, aunque inútilmente, por la division del general Espartero.

Al mismo tiempo un nuevo cabecilla carlista se paseaba por Castilla la Vieja al frente de algunas fuerzas, y Aragon tambien inspiraba serios temores al Gobierno, que veia demasiado turbio su horizonte político.

El partido contrario al ministerio, viendo la poca fuerza con que este contaba, no cesaba de atizar el fuego de la sedicion, y esta estalló de una manera tremenda y doblemente peligrosa en aquella época en que todo el reino estaba

asolado por una guerra civil que cada vez tomaba mayores proporciones.

Málaga fué la primera poblacion que proclamó la Constitucion de 1812, y en breve toda Andalucía siguió su ejemplo.

Los excesos se siguieron á estas sublevaciones, y no solamente lo hicieron las provincias meridionales de España, sino que Zaragoza, Barcelona, Badajoz y casi todas las capitales formaron sus juntas y aclamaron tambien la Constitucion citada.

Y no quedó solo en las provincias.

Presto se comunicó el fuego al ejército, y unos cuerpos se mantuvieron fieles al Gobierno, mientras que otros hicieron causa comun con los amotinados.

Tambien en Madrid ocurrieron algunos desórdenes, que si bien por el pronto fueron sofocados, se reprodujeron nuevamente con mas fuerza.

Estaba la corte en el Real Sitio de S. Ildelfonso, cuando algunos batallones de la Guardia se sublevaron, y capitaneados por un soldado llamado Higinio García, penetraron en las reales habitaciones y exigieron de la Reina Gobernadora que jurase la Constitucion de 1812.

La dignidad Real, ultrajada de esta manera y reducida á la nulidad, por decirlo así, por la escasez de fuerzas con que contaba para sostenerse, no tuvo mas remedio que jurar la nueva Constitucion, destituyendo al ministerio y creando otro bajo la base de D. José de Calatrava, presidente del Consejo y ministro de Estado.

Apenas sofocada la sedicion de Madrid cuando estalló la de que venimos hablando: los revoltosos de Madrid tomaron nuevos bríos, y cuando se supo el triunfo de S. Ildelfonso vino la embriaguez de la victoria y con ella los atropellos, las venganzas y las desgracias consiguientes.

Los miembros del gabinete caído tuvieron que ocultarse para salvar sus vidas; y menos afortunado Quesada, capitán general que habia sido de Madrid, fué cogido cerca de Hortaleza, dándole sus bárbaros perseguidores una muerte indigna de los habitantes de una nacion que se pueda preciar de un poco civilizada.

Y no pararon aquí los desórdenes; los soldados que ha-

bian proclamado la Constitucion y los que habian permanecido fieles al Gobierno caido, se trabaron de palabras en términos que las armas solas podian dirimir su cuestion.

Se hizo uso de estas y la confusion, como es consiguiente, fué espantosa; pero intervinieron las autoridades y pudo sofocarse aquella discordia que tan malas consecuencias podia traer.

La Reina Gobernadora, conforme con el nuevo ministerio, aprobó cuanto habian hecho las juntas de las provincias y la Constitucion quedó reconocida en todo el reino.

XII.

Los constitucionales se alentaron al ver establecidas las leyes que habian idolatrado, pero tan halagüeñas esperanzas no correspondieron bien con los buencs resultados que se prometian.

Gomez, que se le creia aniquilado, le vimos aparecer en los llanos de Castilla infundiendo gran temor en todas sus provincias, al mismo tiempo que las clases superiores de la sociedad se mostraban descontentas con este nuevo trastorno.

Se dispusieron los constitucionales á salir de Madrid y á presentarse ante las tropas de Gomez; aquellos valentones y gritadores en la ciudad fueron deshechos por completo en un solo encuentro: Gomez adelantando sus conquistas, siguió hasta Guadalajara por no considerarse con fuerzas suficientes para atacar la capital española.

La guerra continuó cada vez mas embravecida; pero si las armas de la Reina no habian conseguido ningun nuevo triunfo, las de D. Carlos tampoco habian conseguido nada que fuera de consideracion.

D. Carlos pudo haber aprovechado los disturbios que reinaban en todo el reino y con las ventajas que le manifestaba la fortuna le hubiera sido fácil apoderarse del trono.

Un contratiempo vino á turbar tantas prosperidades; las tropas de caballería mandadas por el brigadier D. Diego de Leon, lanzaron á Gomez y los suyos de Villarrobledo, haciendo considerable el número de prisioneros.

Los carlistas abandonaron á Cantavieja y Cabrera vino á juntarse con Gomez; este se estendió por Andalucía donde reunió un considerable número de partidarios.

Temeroso el gobierno del poderoso número con que ya contaba Gomez, determinó formar una expedicion y puesto á la cabeza el general Rodil ministro de la guerra entonces, solo consiguió ponerse en ridículo con sus partes en que solo decia que continuaba la pista al enemigo en líneas paralelas al centro, en vista de lo cual fué destituido por D. Cayetano Cardero, caudillo famoso de la sedicion de Enero de 1835.

Esta confusion hacia crecer el crédito de Gomez que de dia en dia aumentaba sus fuerzas y si bien fué echado de Córdoba, su favorita, se lanzó sobre Almaden del Azogue, sitio entonces importante por las ricas minas que posee y que defendido con unos cuatro mil entre hombres azogados ó modorros, como vulgarmente se les dice incluso los soldados, sostuvieron un fuego de cuarenta y ocho horas esperanzados en los refuerzos con que esperaban á Rodil, que no se presentó hasta despues de haber hecho prisioneros á la mayor parte, fusilado á varios que no quisieron entregarse y de retirarse por Extremadura con mas de veinte mil hombres.

Los pueblos de corto vecindario que encontraban á su paso fueron igualmente entregados al saqueo y donde hallaban alguna resistencia fusilaban sin temor.

Pero las tropas de la Reina le iban ya á los alcances y Narvaez tan sediento de gloria como de castigar al que de tal modo se habia burlado de nuestros soldados, á marchas dobles consiguió alcanzarle cerca de Arcos de la Frontera y aunque Gomez no quiso empeñar una batalla formal perdió la accion que se vió forzado á sostener.

Mayor hubiera sido su derrota ó mejor dicho la faccion que capitaneaba este caudillo hubiera sido desecha á no haber ocurrido ciertas rivalidades entre el general Alaix enviado tambien en persecucion de Gomez, rivalidades que dieron por resultado disensiones entre ambos ejércitos á favor de las

cuales el cabecilla carlista repasó el Ebro quedando en salvo, pues ya habia entrado en el territorio que reconocia por su rey al Infante D. Cárlos.

Al poco tiempo de esto los carlistas que por tercera vez habian puesto sitio á Bilbao, conociendo la importancia de este punto aumentaban sus esfuerzos á fin de hacerse dueños de la plaza.

Espartero tambien comprendia la importancia de semejante sitio y desde luego decidió poner cuanto de su parte estuviera porque los carlistas no se salieran con su intento.

Para esto empezó á reconcentrar sus fuerzas y puesto en combinacion con las escuadras española é inglesa se dirigió con ánimo de caer sobre el campo de los facciosos.

Los sitiados se sostenian con ese vigor que presta la desesperacion y aunque padecidos y diezmado por los sitios anteriores no eran suficientes á hacer mélla en ellos ni á quebrantar sus sentimientos, ni las bombas que entre ellos arrojaban los sitiadores, ni las carencias ni privaciones consiguientes á una plaza bloqueada.

En este estado resistiendo los unos y atacando los otros llegó la noche de Navidad y Espartero resuelto á hacer que levantasen el sitio los enemigos, ayudado al mismo tiempo por una furiosa nevada los atacó con un vigor tal que los hizo retroceder despues de haber por medio de un arrojó inaudito salvado el puente de Luchana, que defendieron con una obstinacion estremada los partidarios de D. Cárlos.

Este hecho de armas contribuyó notablemente á entusiasmar los ánimos que estaban algo abatidos y hacer brotar nuevas esperanzas para la próxima campaña.

CAPITULO VIII.

O'Donell se pone á la cabeza del cuerpo de ejército de la costa de Cantabria.—Toma de Vera.—Se encarga de la Direccion general del estado mayor del ejército.—Acciones y hechos de armas en que se distinguió.—Toma de Ramales.—Se le concede la gran cruz de S. Fernando.—Reseña histórica.—D. Carlos se aproxima á Madrid.—Escisiones en el ejército.—Triunfos de las tropas de la Reina.—Campana de 1839.

I.



A fortuna seguia siendo constante al futuro héroe de Lucena.

La exposicion en que el general Espartero pedia al Gobierno el grado de mariscal de campo para O'Donell, es el elogio mas cumplido que se puede hacer del actual presidente del Consejo de ministros.

Apoyada aquella en los hechos de armas del hombre á quien se recomendaba, dió por resultado lo que se pedia, y á principios del año 1838 ya O'Donell se habia puesto al frente del cuerpo de ejército que operaba en la costa de Cantabria.

Los carlistas seguian peleando con nuevos bríos, y cada dia aumentaban sus fuerzas, haciendo crecer á la par los temores del Gobierno.

Los últimos dias del mes de Enero los solemnizó el nuevo mariscal de campo con tres acciones, en las que batió á sus adversarios, destrozándolos completamente y haciéndoles que replegasen sus restos hácia Andoain.

Las ventajas que obtenia, su valor y la fortuna que generalmente acompañaba á todas sus empresas, hicieron que el general en jefe le confiase la defensa de las líneas de S. Sebastian, en las que estaban incluidos los puntos fortificados de Hernani, Artigarraga y Fuenterrabía, de la cual respondió cumplidamente rechazando á los carlistas en las diversas ocasiones en que se presentaron.

Pero esto de permanecer á la ofensiva no se avenia con el carácter atrevido y resuelto de O'Donell, y en los últimos dias de Marzo hizo un reconocimiento hácia el fuerte de Vera.

Quedó satisfecho de su resultado, é inmediatamente dió la órden de prepararse para atacar á dicho punto.

Formó su plan é inmediatamente, se decidió á ponerlo en egecucion.

Sus soldados instruidos por decirlo así en la escuela de su jefe acogieron la órden de prepararse para el ataque, con una alegría inmensa.

Tanto á ellos como á él, permanecer solamente á la defensiva, les era incómodo y causado.

O'Donell dispuso que una parte de sus tropas se quedase al frente de Andoain para observar los movimientos de los carlistas, y él con el resto se presentó frente á Vera.

Para esto tuvo que luchar con muy graves inconvenientes.

Pero el futuro Duque de Tetuan ya estaba acostumbrado á vencerlos y no le arredró el mal estado de los caminos, y lo poco practicable que eran para el transporte de la artillería.

El buen resultado de la espedicion á Vera dependia de la rapidez con que se ejecutaban los movimientos, pues los carlistas adivinando las intenciones del caudillo de las tropas de la Reina, habian enviado algunas fuerzas en socorro de la plaza amenazada y se debia temer que acudiesen menos refuerzos.

O'Donell pues con ese tino especial que ya hemos admirado mas de una vez, hizo adelantar los cañones del sitio en que los habia colocado, y comenzó á batir el torreón donde los sitiados tenian establecidas sus baterías.

En vano trataron estas de apagar los fuegos de nuestros cañones.

Al anochecer del dia en que comenzó el ataque, el tor-

reon estaba reducido á escombros, y sus cañones, eran impotentes para defender la plaza.

Nuestros soldados se lanzaron sobre el fuerte y tras una resistencia que ni podia ni debia ser demasiado reñida, Vera quedó en poder del jóven Mariscal de Campo.

II.

O'Donell persiguió á los carlistas haciéndolos pasar el Oria, los obligó á abandonar las posiciones fortificadas en este punto, batiéndolos el 27 de Junio en los alrededores de Oyarzun, pasado un mes volvió á batirlos en Osarbel y el 8 de Octubre en el primero de estos dos últimos puntos.

Varias veces habia pedido nuestro héroe que le relevaran en el penoso cargo que con tanto honor para la patria habia desempeñado y solo por complacer á Espartero permanecia en Guipúzcoa.

Por fin pudo conseguir de este último que á fines de Diciembre próximamente de 1838 fuese llamado para desempeñar el cargo en la direccion del estado mayor general.

Con este motivo se embarcó para Santander el 1.º de Enero de 1839 y el 7 del mismo mes se hallaba en el cuartel general de Haro.

Espartero se determinó á atacar los puntos importantes de Ramales y Guardamino que se hallaban fortificados por los carlistas.

Las divisiones mandadas por los generales Rivero, Alcalá y Castañeda, que se hallaban en las inmediaciones de Villarcayo, habian sido mandadas reunir de su órden; é igualmente las cuatro compañías de ingenieros, el grueso de la artillería de sitio y su estado mayor.

El enemigo se hallaba dispuesto á aceptar la batalla, haciendo cortaduras, que no defendió, en el camino de los Tornos.

Las alturas que dominan la villa de Nestosa y ésta fueron tomadas por nuestras tropas sin que el enemigo por su parte pusiera resistencia alguna.

Nuestro ejército podía elegir cualquiera de los tres caminos que hay para pasar de Nestosa á Ramales y todos se hallaban defendidos por los batallones del enemigo.

Maroto ocupaba el valle de Carranza dispuesto á atacar á nuestras tropas tan pronto como estas intentasen pasar los desfiladeros.

El día 27 de Abril emprendieron nuestras tropas su marcha con objeto de ocupar á Ramales, como veremos se verificó despues, y en este día dió principio el ataque.

Puesto á la cabeza de la division de Alcalá el general en jefe de las tropas de la Reina, se encontró con las del enemigo en el camino real y mientras que se estendia la division de Castañeda por las alturas de la derecha, y la de la Guardia, al mando del general Rivero, se quedaba de reserva observando los movimientos de Maroto, que como ya saben nuestros lectores esperaba el momento oportuno para caer sobre el flanco de nuestras tropas.

Nuestra artillería batió por espacio de algunas horas una especie de caverna, desde la que se podia enfilear sin exposicion todo el camino por hallarse situada en la falda del monte.

Las tropas cuyo mando habia tomado el conde de Luchana se apoderaron de este punto que ofrecia bastante importancia y que para llegar al pié de la altura les fué preciso abrir á pico el camino por uno de los costados, por hacerse inaccesible de frente.

Era preciso apoderarse del desfiladero llamado del Moro, situado á la derecha de nuestras tropas, y cercar la altura; sin esta circunstancia era casi imposible apoderarse de punto tan importante.

Nuestro héroe se encargó de aquella, que la llevó á cabo con el acierto y serenidad que le caracteriza en semejantes casos.

Inmediatamente se puso á la cabeza de una de las brigadas de la division Castañeda, venció cuantos obstáculos le presentaba el enemigo, y sin perder de vista los re-

ductos que continuamente le interceptaban el paso por haberlos llenado de monte las tropas carlistas, se le vió delante de una plataforma coronada por dos batallones y protegida por una trinchera, desde la cual podian con facilidad enfilear toda la cañada.

III.

Mandó atacar la derecha de la plataforma al batallon de Oviedo, y puesto á la cabeza del resto de la brigada, atacó por sí mismo la izquierda.

Nuestros lectores podrán comprender muy bien la terrible lucha que se trabó.

Los enemigos, protegidos por su posicion, hicieron grandes estragos y resistieron largo tiempo.

Nuestros soldados, entusiasmados con el ejemplo que les daba su general que marchaba de frente, se apoderaron por fin de la plataforma, y poniendo al enemigo en precipitada fuga despues de haberlos hecho abandonar sus trincheras y cercarles su posicion, que abandonaron tambien como hemos dicho.

Los carlistas despues de esta derrota tuvieron que refugiarse en Ramales y Guardamino.

O'Donell esperaba la llegada de la artillería de sitio en la cima del monte, ganada con harto pesar de los enemigos.

En la mañana del 30 atacaron los carlistas á la division Alcalá que los rechazó con grandes pérdidas.

Del 6 al 7 de Mayo quedaron construidas las baterías que habian de atacar á Ramales.

Empezaron á funcionar el dia 8, y á las dos de la tarde próximamente nuestras tropas asaltaban el fuerte, que abandonó la guarnicion enemiga vista la imposibilidad de resistir por mas tiempo entre sus ruinas.

Sin embargo, las tropas que iban al asalto tuvieron que resistir una carga dada por los sitiados al tiempo de retirarse, y apoyadas por el fuego de Guardamino las hicieron retirar á las baterías de sitio.

Cuatro batallones de reserva guiados por O'Donell tomaron por fin á Ramales.

En los dos dias siguientes se rompió el fuego contra Guardamino.

A la una de la tarde próximamente del dia 10 una bala causó á O'Donell tan fuerte contusion, impidiéndole continuar delante del enemigo, viéndose precisado á guardar cama por algunas semanas despues que hubieron terminado las operaciones.

El ataque decisivo se acordó para el 11, y mientras que el general Espartero á la frente de tres batallones empeñaba por sí mismo la accion, O'Donell, despues de haber dado instrucciones á los generales Castañeda y Alcalá acerca de los movimientos que habian de hacer, seguido de cinco batallones se dirigió por escalones á sostener con toda la masa el ataque del conde de Luchana.

Pasando bajo los fuegos mortíferos que le arrojaba la artillería y fusilería enemiga que ocupaban el fuerte, llegó con tiempo al campo de batalla.

La posicion enemiga fué ocupada por nuestras tropas y en la siguiente noche quedó el fuerte cercado por todas partes.

En el glasis de la fortaleza entregaba sus armas la guarnicion enemiga el dia 13 del mismo mes.

Cuando obtuvo Maroto de Espartero la noticia de que serian cangeados los primeros de la guarnicion dicha que se entregasen, mandó que lo hicieran sin dilacion.

Nuestro héroe mereció en premio de los servicios que habia prestado en aquella ocasion la gran cruz de S. Fernando que le fué concedida.

Desde entonces su nombre rsonó por todo el ejército.

Los mas antiguos y venerables veteranos de él pronun-ciaban su nombre con la mayor veneracion, señalándole respetuosamente como un gran militar; y finalmente, ilustrado el Gobierno por las comunicaciones que á cada paso recibia del general en jefe, le reservaba un porvenir brillante.

IV.

El levantamiento del sitio de Bilbao, accion que hizo célebre la toma del puente de Luchana y que valió á Espartero el título de conde del mismo nombre, fué uno de los sucesos que produgeron mas entusiasmo en toda la España liberal y del cual el ministerio sacó todo el partido posible.

D. Joaquin María Lopez, como miembro de él pronunció un discurso en las Córtes, cuyo estilo en algunos puntos dió pasto suficiente á las burlas y á los sarcasmos de sus opositores.

Pero sin embargo, todo esto no era suficiente para creer extinguida ni en camino de ello la guerra que venia desolando á España hacia algun tiempo.

Habia algunos puntos en la península en los que el pretendiente dominaba por completo y en los que los corazones de sus habitantes le pertenecian por entero.

El principal de ellos eran las provincias Vascongadas.

Todo aquel pais era suyo, y puede decirse que aquel era su cuartel general y allí tenia establecida su corte.

Lo montañoso de su territorio, lo impracticable de sus caminos y las quebraduras de sus sierras le servian admirablemente para defenderse de las tropas de la Reina.

Su situacion topográfica, lindando con el vecino reino, le proporcionaba los medios para recibir socorros con harta facilidad.

Y finalmente, el carácter bravío y salvaje de sus habitantes y su valor á toda prueba, le daban un ejército que si no era muy numeroso, era aguerrido, entusiasta y fuerte.

Además, el levantamiento de los catalanes, si bien no habia tomado unas proporciones inmensas, era lo suficiente

para mantener hasta cierto punto en jaque á las tropas de la Reina.

Cantavieja habia sido tomada nuevamente por Cabrera, y casi todo el bajo Aragon estaba supeditado á este caudillo carlista cuya reputacion aumentaba de dia en dia.

La Mancha tambien se veia cruzada en todas direcciones por multitud de partidas, cuya crueldad era excesiva, y su audacia no conocia límites; sus actos de vandalismo horrorizaban, teniendo amedrentados á los fieles adictos al trono constitucional.

En cuanto á las demás provincias, si bien en casi todas se notaban algunas chispas del fuego carlista que devoraba á las del Norte de España, no eran lo suficiente para llamar la atencion, ni para preocupar al Gobierno ni al ejército afecto á las instituciones liberales.

V.

El ministerio, animoso y resuelto á aprovechar el suceso de Luchana, se dispuso á alcanzar victorias en los campos de batalla y en las discusiones de las Córtes.

En estas últimas se iban multiplicando los obstáculos á medida que aumentaba tambien el número considerable de sus adversarios.

La Constitucion de 1812 recién proclamada se intentó variarla por un proyecto que se aproximaba mucho á las teorías prevenidas por el ministerio caído en Agosto.

El nuevo Gobierno que queria establecerse consistia en unas Córtes compuestas de dos cuerpos hijos de eleccion popular y que debian renovarse cada tres años, si no acordase el rey disolverlas antes, y el otro de un número determinado y permanente mientras viviesen sus individuos, con la prero-

gativa de dar ó negar sancion á las leyes y disolver el cuerpo legislador elegido por limitado plazo y otras muchas atribuciones que no son del caso.

Este proyecto agradó en general; pero no faltó quien le censurase por su semejanza con la Constitucion de que pretendia ser mera enmienda.

Multitud de objeciones se le presentaron, y llegaron á tales términos, y tal fué la fuerza de los argumentos hechos por varios diputados y escritores, que en un folleto de D. Juan Donoso Cortés se hizo ver claramente los inconvenientes de que estaba lleno.

Por último resultado se resolvió como mas acertado que los senadores, como asimismo los diputados no fuesen perpétuos, con la sola diferencia de que los primeros fueran nombrados por nueve años cuando los segundos lo eran por tres, y que siempre que se renovasen por entero los diputados, habian de renovarse los senadores en su tercera parte.

Esta derrota dada al Gobierno le hizo perder la esperanza de su duradero predominio ó influjo.

La oposicion en las Córtes iba cobrando una fuerza desmedida; ayudada por la prensa y por los discursos que pronunció con su acostumbrado ardor sentimental el Sr. D. Salustiano Olózaga, hacian desconcertar al Gobierno que se veia combatido demasiado poderosamente.

La desgraciada serie de combates en los campos de Guipúzcoa, Vizcaya y Navarra puso al Gobierno en el mayor abatimiento.

Libertada Bilbao, y reducido el poder de D. Carlos al territorio donde existia indemne, se trató de buscarle y vencerle en este mismo punto, cosa en que apenas se habia pensado desde la derrota de las Amescuas, que se dió en Abril de 1835.

Para lograrlo se dispuso una combinacion en apariencia hábil, pero que presentaba el inconveniente de que una vez desbaratada en una de sus partes, como muy bien podia haber sido, se hallaba espuesta á arruinar el éxito de la empresa.

VI.

La division del ejército de Pamplona debia salir con el general Sarsfield á su cabeza, hombre olvidado hacia algun tiempo, pero no del todo oscurecido.

La que gobernaba Espartero salió de Bilbao encargada de adelantar por Durango y el vecino valle y subir de allí á las cercanas alturas cuando se aproximasen á ellas sus compañeros.

Finalmente, la legion inglesa situada en S. Sebastian, mandada por Lacy Ewans, teniente general en España y en su patria teniente coronel, junta con otras tropas españolas, debia acudir á Hernani y pasar atropellando á los contrarios que se les opusiesen por los tres puntos dirigiéndose al centro.

Los generales de D. Carlos, conocedores del proyecto de nuestras tropas, se prepararon á resistir, sin apartarse de la cuerda mientras los otros recorrian el arco.

Capitaneadas las tropas del pretendiente por el infante D. Sebastian cayeron sobre las de la Reina, causando tal estrago, que puestas en precipitada fuga sufrieron una derrota completa, faltándoles poco para ser pasadas á cuchillo.

Gracias á la casualidad de presentarse un cuerpo de soldados de la marina inglesa que acudió á salvar á sus compatriotas y aliados, se evitó que fueran presa del vencedor las numerosas y destrozadas reliquias que habian escapado de la refriega.

No así el honor de nuestras armas que en aquella ocasion quedó manchado, dando lugar al cnemigo para llenarse de soberbia y confianza.

Espartero tuvo noticia de estos desastres y se vió precisado á retirarse, habiéndolo hecho tan á tiempo que no tuvo que experimentar la menor desgracia.

Con este hecho vino á confirmarse la voz corrida entre

los carlistas de ser invencibles en pais vascongado, y merecieron grandes elogios, con especialidad el infante D. Sebastian.

Mientras los vencidos trataban de mejorar su falta dirigiéndose á Irun que tomaron en breve, con objeto de cortar las comunicaciones con la Francia del ejército enemigo, los carlistas se internaban con el de apoderarse, si les fuera posible, de la capital de la monarquía.

Dos nuevos combates ganados por los carlistas en su expedicion hacian temer á los partidarios de la Reina que con el número considerable de fuerzas de que disponian intentase el pretendiente enseñorearse haciéndose dueño del centro del reino.

Mientras tenian lugar estos acontecimientos en el teatro de la guerra, el Gobierno y las Córtes celebraban la caida de la Constitucion de 1812, encargándose del mando el partido moderado.

Esta celebracion causó gran regocijo en casi toda la capital; no así en las poblaciones que se hallaban próximas á experimentar los horrores de la guerra.

El pretendiente reunió sus fuerzas en Cataluña del mismo modo que se reunieron tambien nuestras tropas al mando del barón de Meer, y encontrándose los dos ejércitos cerca del Grá, despues de una sangrienta batalla quedaron derrotados los carlistas, á pesar de no haber tenido graves pérdidas de que poder lamentarse.

Madrid se vió inesperadamente amenazado por otra fuerza enemiga al mando de Zariátegui, uno de los generales del pretendiente, que atravesando las Castillas sorprendió á Segovia, que en breve se vieron en sus muros enarboladas las banderas de D. Carlos.

VII.

Sabida esta noticia en Madrid, la profunda sensacion que produjo despertó en sus habitantes la rabia, la ira y el asombro, juntándose los milicianos nacionales armados con el corto número de tropas que tenia la capital, dispuestos á defenderse del enemigo que los amenazaba tan de cerca.

Zariátegui sale de Segovia, se apodera del Real Sitio de San Ildefonso y pasea orgulloso sus banderas por las cercanías de Madrid; pero noticioso de que un número de fuerzas considerables venia á socorrer la capital del reino, se retiró atravesando los montes del Guadarrama.

Estos acontecimientos hicieron caer á los ministros en gran desconcepto, los moderados les hacian cruda guerra, se habia formado una asociacion secreta llamada de Jovellanos, que fué descubierta en sus principios, reduciéndose el proyecto de los conjurados á derribar al Gobierno.

Este intrincado laberinto de cosas hizo necesaria en la corte la presencia del general Espartero, que fué recibido por las reales personas con las mayores muestras de gratitud, constituyéndole la Reina gobernadora en campeon suyo.

La parcialidad moderada contaba con muchos adictos á su causa entre la oficialidad del ejército, lo cuales adoptaron el medio de pedir de súbito sus licencias pretestando no querer servir á los ministros que entonces actuaban, en cuyo caso si no se les concedia se retirarian de las filas.

En estas circunstancias no podian los ministros castigar aquel acto de insubordinacion, y vieron con harto sentimiento escapárseles de entre las manos el poder.

Los ministros se vieron precisados á hacer dimision de sus cargos.

La Reina gobernadora eligió para desempeñar estos car-

gos á D. Evaristo San Miguel, encomendándole el Ministerio de la Guerra; los de Gobernacion y de Gracia y Justicia á Gonzalez Alonso y á Salvato; el de Marina á D. Eusebio Bajadi y Azara, y finalmente, el Ministerio de Hacienda fué confiado á D. Pio Pita Pizarro.

El nuevo Ministerio se halló dispuesto á continuar los planes de sus antecesores sin que espermentasen la menor oposicion por parte de las Córtes, y solamente á Pita hicieron cruda guerra, tanto por el odio que le profesaban, como por el temor que él les infundia.

Nuestros lectores nos permitirán que dejando á un lado los sucesos políticos que tenian lugar en la capital del reino, pasemos á ocuparnos de los que con mas desórden, si cabe, se verificaban en los campos de batalla.

Recordaremos que aunque vencidas las tropas carlistas en Grá y Chiva, en Herrera de Aragon consiguieron una completa victoria, destrozando una division del ejército de la Reina mandada por el general Burens y haciendo gran número de prisioneros.

Despues de la salida de D. Carlos empeoró la situacion de los negocios en las provincias vascongadas.

Tomado Andoain por el bizarro general O'Donell, se vió acometido por las tropas y poblacion vecina con tal ímpetu, que se vió obligado á retirarse.

En Hernani, vimos las tropas insubordinadas amenazando de muerte al conde de Mirasol, herido el general Rendon y muerto un oficial y un soldado.

En Vitoria se cometieron los mismos escesos, resultando muertas once personas.

En Miranda idénticos sucesos fueron causa de la muerte del general Ceballos Escalera.

Y finalmente, en Pamplona tuvieron fin muchas inocentes víctimas y entre ellas concluyó su carrera el general Sarsfield á manos de sus enemigos.

Un temblor convulsivo se apoderaba de los gefes y oficiales de nuestras tropas.

El espíritu criminal de insubordinacion habia tomado tales proporciones, que mas bien eran de esperar derrotas que otra cosa, visto el desórden que se habia apoderado de nuestras tropas.

Unicamente el ejército mandado por Espartero y las tropas capitaneadas por Oraa y el Barón de Meer, no habían tomado parte en la sedición.

VIII.

D. Carlos siguiendo las huellas que le conducían á la capital de la monarquía, llegó á visitarla el día 11 de Setiembre con un numeroso ejército.

Madrid no contaba mas defensores que su milicia nacional, unos pocos soldados de infantería y algunos cuerpos de caballería de la guardia real.

El pavor que se apoderó de sus habitantes, no igualó al que había causado un mes antes la inesperada venida de Zariátegui.

Mas que nunca se vieron aumentadas las filas de los adictos al partido de la reina, que contuvieron con indecible maestría, á los que dentro de la población tenía el pretendiente al trono.

D. Carlos se detuvo considerando los edificios de Madrid, sin atreverse á dar un paso hácia delante, esperando tal vez que sus parciales le facilitarían la entrada, exenta de todo peligro, en cuyo caso solo le quedaba posarse sobre el real trono de la monarquía española.

Pero desgraciadamente para el príncipe no fué así.

Un presentimiento acompañado con la próxima llegada de las tropas aguerridas del general Espartero, tener al frente una población enemiga de gente armada y decidida á defenderse y el no poder medir sus fuerzas con las de nuestros soldados; le obligó á encaminarse hácia las provincias de donde había salido.

El general Espartero le siguió en su marcha y pequeños encuentros dejaron la victoria indecisa.

Su concepto se menoscabó con su vuelta en las provincias vascongadas señalándose su mengua entre los extranjeros sus amigos, que se habian prometido de aquella expedicion, cuando menos verle en su palacio de Madrid.

Las tropas mandadas por el general baron de Carondelet se habian echado poco antes sobre Valladolid, lanzando con singular arrojo á los carlistas mandados por Zariátegui, que la ocupaban, hasta el Ebro.

Libre la córte del peligro que habia amenazado tan de cerca, volvió el congreso á entregarse á sus tareas acostumbradas.

El ministro Pita se vió obligado á hacer dimision de su cargo, vista la votacion considerable en el número de votos, que desaprobaba su conducta.

Sus colegas se creyeron precisados á hacer lo mismo.

Pasóse pues, á la eleccion de nuevos gobernantes y fueron nombrados para el ministerio de Estado Bardaji, D. Pablo Mata Vigil lo fué de Gracia y Justicia, el de Hacienda se confió á Seijas, el de la Guerra al general Ramone y Perez tomó las riendas del de Gobernacion, sin que ahora se nos acuerde á quien se confió el de Marina.

Se abrieron las córtes en Noviembre de 1837.

Martinez de la Rosa tuvo lugar suficiente para lucir en ellas sus prendas de orador, ganándose los mayores aplausos y simpatias del público.

En las nuevas sesiones fué tanto y tal el ardor con que atacaron al Gobierno del Estado, que los nuevos gobernantes se vieron en la precision de hacer dimision de los cargos que acababan de confiárseles y que tan poco tiempo hacia que habian tomado posesion de sus respectivos destinos.

Estos trastornos repetidos con tanta frecuencia, hicieron pensar á la reina gobernadora mas despacio y por consiguiente con mas acierto.

Para la nueva eleccion de gobierno procuró aconsejarse de hombres de gran valía y puesta en la senda que mejor la habia de conducir, se decidió á la formacion del nuevo gabinete.

Dificultosa era la obra que emprendia de gobernar á España en los momentos mas críticos de su mayor ahogo y

desventura; pero sin embargo eligiendo entre todos los hombres políticos un ministerio que llevase en sí la confianza general y la particular de la gobernadora, fueron los agraciados el conde de Ofalia para la presidencia del consejo, D. Alejandro Mon para el de Hacienda, D. Francisco de Paula Castro y Orozco para el de Gracia y Justicia y para el de la Guerra se trató de que lo desempeñase el general Espartero, que á la sazón se hallaba hartó ocupado con la guerra civil.

Pero el general, disculpándose con su cargo y resistiéndose á la aceptación de uno nuevo, cuyo desempeño podría acarrearle alguna responsabilidad, máxime cuando él no podía venir á la córte á ocupar la silla ministerial, no solamente no lo desempeñó, sino que ni aun quiso designar una persona de su confianza segun se le indicó para que ocupase interinamente su puesto.

Entonces se creyó complacerle con nombrar al general Carratalá ministro de la Guerra, persona con quien le ligaban grandes relaciones de amistad y que hasta entonces no se habia señalado en ninguno de los partidos políticos en que se hallaba dividida España.

IX.

Como se vé Espartero, era ya una entidad á la que se trataba de complacer siempre y de tenerla contenta.

Y motivos habia para ello.

Su comportamiento en el campo de batalla, sus hechos de armas y las victorias que estos le habian reportado, eran mas que suficientes acciones por que la reina gobernadora le tuviese un afecto grande y un agradecimiento sin límites.

El asesinato del general Ceballos requerian un castigo pronto y ejemplar y apenas llegó Espartero á Miranda de Ebro, mandó fusilar á los que habian tomado parte en este

hecho y en Pamplona verificó lo mismo con los que habian tomado parte, en los desmanes que ocasionaron la muerte del general Sarsfield.

Creíase que en Vitoria haria lo mismo, donde como nuestros lectores saben se cometieron multitud de excesos; pero no dejó de estrañar, que sea por efectos de recomendaciones particulares, sea por afecciones de amistad, no se usaba allí de la misma severidad y justicia que se habia usado en otros puntos.

Mas sin embargo, apesar de todo esto Espartero era el objeto del cariño general y él reasumia en sí las simpatías de toda la nacion.

CAPITULO IX.

Continúa la guerra civil.—Espanero alcanza nuevas victorias sobre los carlistas.—Cabañero en Zaragoza.—Las viudas de Comares.—Cantavieja y Morella en poder de Cabrera.—Muerte del general Pardiñas.—Alboroto en Madrid.—Sevilla se subleva.—Caída del ministerio.—Division en los carlistas.—Batalla de Rmales.—Convenio de Vergara.—Nombran á O'Donnell general en jefe del ejército del centro.—Batalla de Lucena.

I.

URANTE algun tiempo no hubo en la guerra suceso alguno notable.

Vuelto D. Carlos á las tierras que con demasiada propiedad podia llamarlas su reino, se entregó á la tranquilidad.

Un ejército numeroso cercaba el pais que le prestaba gustosa obediencia.

Varias partidas de rebeldes se estendian por Aragon, Valencia, Cataluña, la Mancha y Reino de Andalucía.

Estas partidas dedicadas á la rapiña, mas bien que á otra cosa, no se apartaban mucho de las carreteras, limpiando y descargando del peso á cuantos caminantes se veian precisados á pasar por ellas, y si por casualidad encontraban una partida enemiga en número reducida, cargaban sobre ella asesinando traidoramente á cuantos podian.

Precisado D. Carlos á enviar expediciones fuera del territorio vasco-navarro, tanto por la necesidad de estar muchas



tropas en poco terreno proporcionalmente, cuanto que para sostenerlas necesitaba mayores recursos.

Algunos cuerpos de sus tropas pasaron á Castilla, dando el mando del mas considerable al general Negri.

Apenas esta expedicion pisado habia los términos de las Castillas, cuando encontrándose con las tropas de la Reina mandadas por el general D. Manuel de Letre, fué casi deshecha, viéndose en la precision de huir, y por mas que perseguida por sus enemigas las de la Reina, no la impedian en su tránsito veloz que derramase el terror por todos los puntos que á su paso encontraba y que podian oponerle poca resistencia.

Segovia vió brillar de nuevo en sus vecinos campos las armas carlistas que no se atrevieron á acometerla, pero que habiéndose encontrado con las que le venian persiguiendo mandadas por el antiguo general Iriarte, por indisposicion del que antes la mandaba, quedaron completamente desechos, huyendo desordenadamente.

Pero sin embargo, á pesar de esto volvieron á reunirse, y determinándose á volver á ponerse al abrigo en las tierras vascongadas, encontraron desgraciadamente con el general Espartero, que cercándolos con su caballería hizo prisioneros la mayor parte, pudiendo escaparse á duras penas su caudillo y unos pocos con él.

Esta batalla fué muy ponderada por el vencedor en atencion á haberla conseguido el cumpleaños de la Reina gobernadora.

Espartero fué premiado con el grado de Capitan general, dando lugar con estos aumentos de grandeza á que aumentaran tambien la ambicion y la soberbia.

Mientras estos reveses sufría la expedicion del conde de Negri, no menos desgraciados para D. Carlos, los padecian otras de igual naturaleza.

II.

La del famoso D. Basilio, unida con otro caudillo llamado Tallada, los sufrió asimismo multiplicados.

Penetrando en la Mancha, se encontraron con el inglés Flinter, general en servicio de España.

En este momento quedaron desbaratados estos y multitud de manchegos rebeldes que los acompañaban.

Vueltos á reunirse, en vez de retirarse penetraron en Andalucía por la provincia de Granada.

Las tropas de la Reina los perseguían con el mayor encarnizamiento.

Alcanzólos en el confin de Murcia y nuevamente se vieron desbaratados, éspérimentando grandes pérdidas.

Sin embargo pudo salvarse parte de los vencidos.

Pero los restantes huyendo con la rapidez del rayo por la Extremadura á refugiarse en el antiguo reino de Leon, cayeron en manos de sus perseguidores en Bójar, siendo completamente derrotados los carlistas por las tropas que mandaba el brigadier Pardiñas.

A estas desgracias añadía el pretendiente la de la toma de Zaragoza, capital de Aragon, por su caudillo Cabañero, que despues de haberla sorprendido y penetrado en sus calles fueron acometidos por los zaragozanos con tal denuedo que muy en breve se vieron precisados á abandonar su ya creida conquista.

A consecuencia de esto se formó un proceso al general Esteller, encargado del gobierno militar de la poblacion, y antes que el Gobierno le resolviese los zaragozanos mancharon su fama asesinándole vilmente.

Varios disturbios afligian la corte de España.

Se trataba nada menos que de despojar del mando del ejército al general Espartero.

Pero ¿seria esto posible en aquellos momentos de disturbios?

¿Y qué persona habia de reemplazarle en el ejercicio de sus funciones?

Estos inconvenientes, unidos al cariño particular que le profesaba la Reina Gobernadora, hicieron al Gobierno mantenerse en una posicion casi indecorosa y mal segura por los continuos ataques que experimentaba en las Córtes de sus adversarios oposicionistas.

Los continuos alborotos que tenian lugar en las ciudades de Cádiz, Málaga y Barcelona dieron lugar á que permaneciera largo tiempo el estado de sitio.

Para restablecer y conservar la paz se confió el mando político y militar de estos sitios á los generales baron de Meer en Barcelona, Palarea en Málaga, y finalmente el de Cádiz lo tomó el conde de Clonard.

En esta segunda ciudad se castigó con exceso á dos contrabandistas; y sus mugeres, viudas residentes en Comares, viniendo á Madrid fueron durante algun tiempo objeto de la atencion del público, y hasta llegaron sus quejas en presencia de la Reina á causar tal alboroto, que escitando su compasion obtuvieron de ella grandes y cariñosos consuelos.

Pero creyéndose con derecho á exigir mas favores de los que verdaderamente merecian, se desacreditaron completamente, viéndose en la precision de volver á la oscuridad de que habian salido, dejando á los partidarios políticos en la imposibilidad de servirse mas de las célebres viudas de Comares, nuevo instrumento de que habian querido servirse para derribar al ministerio.

Dispuesto el Gobierno á concluir de una vez con los horrores de la guerra, que tanto incremento iban tomando en los campos de Navarra y las provincias Vascongadas, formó un plan que debia observarse rigurosamente contra las tropas del pretendiente.

En Aragon tambien se veian aumentar los males,

III.

La poblacion de Morella con su castillo y Cantavieja habian sido tomadas por Cabrera, caudillo de D. Carlos.

Segun las disposiciones del Gobierno para llevar á cabo el plan que se habia propuesto, era necesario que Espartero puesto al frente de un ejército numeroso hostilizando las inmediaciones de Estella tomara este punto.

El general Oráa debia cercar á Morella y tomar su castillo; y finalmente, el cuerpo de reserva fué encomendado al nuevo general Narvaez.

La empresa de Morella era por parte de los ministros la que debia activarse; y el general Oráa, agregando á su division la de Pardiñas, despues de vencer graves inconvenientes llegó con su fuerza á ponerse sobre ella y á combatirla con su castillo.

Pero desgraciadamente para las tropas de la Reina, por mas esfuerzos que hizo ésta, á pesar de haber abierto brecha en la plaza sitiada, se vieron precisados á abandonar la empresa con gran descalabro y pérdida de sus tropas, engrosando el ánimo de los carlistas que quedaron por dueños del sitio.

Noticioso Espartero de lo ocurrido en Aragon, suspendió todas sus operaciones.

Los ministros con este motivo se vieron precisados á hacer dimision de sus cargos respectivos.

Era necesaria la formacion de un nuevo ministerio que agradase á todos.

Fueron elegidos para la presidencia y Consejo de Estado el duque de Frias, D. Domingo Ruiz de la Vega ministro de Gracia y Justicia, de Gobernacion el marqués de Torremegía, de Hacienda el marqués de Monte-Virgen, del despacho de Marina y Comercio D. Juan Antonio Ponzoa, y fi-

nalmente, del ministerio de la Guerra se encargó el general Aldama.

Este ministerio ni llevaba en sí la autipatía ni la simpatía de la nacion.

Se le consideraba como interino, y por lo tanto no hubo una oposicion tenaz y sostenida como se habia hecho á otros gabinetes.

Cerradas las Córtes á la sazón, toda la atencion estaba fija en la guerra que tambien marchaba con alguna lentitud.

Pardiñas, á pesar del mal éxito que tuvo en Morella, obrando por decirlo así independientemente en esta ocasion, se empeñó en perseguir á Cabrera, viniendo por fin á encontrarse ambos generales, y resultando de este encuentro la desgraciada muerte del caudillo de las tropas de la Reina, que viendo flaquear á los suyos se puso á su frente, cayendo acrivillado de balazos.

Con esta victoria Cabrera adquirió nueva preponderancia y mayor renombre, y el gobierno de la Reina admirado tambien de los hechos del caudillo carlista, no sabia qué general oponerle que pudiesen competir dignamente con él, hasta que nombraron al general Van-Halen.

IV.

En la Mancha el general Narvaez hacia la guerra con muy buen éxito, en tales términos que al volver despues de pacificado todo ese territorio á Madrid se le hicieron grandes obsequios y el gobierno creyó oportuno que el cuerpo de ejército que estaba á sus órdenes permaneciese en Madrid donde se aumentaria con objeto de formar una fuerte division de reserva.

Al llegar semejantes noticias á Espartero, envió una representacion á la Reina gobernadora, tachando de inconveniente semejante medida; representacion que produjo en los

Ministros una confusion inesplicable, pues temian que en la próxima apertura de Córtes se les dirigiesen cargos sobre esto á los que no sabian como contestar.

A la par, y para hacer mas comprometida la situacion, esas personas que solo con los motines gozan y que solo se divierten con el estruendo de las asonadas populares, promovieron una que estalló en la noche del 3 de Noviembre, y cuyas consecuencias no fueron demasiado funestas, porque la milicia nacional, no viendo en esta ninguna ventaja para el pueblo y sí solo el servir de instrumento á determinados hombres, permaneció en sus lugares respectivos é hizo cuanto estuvo de su parte para sofocar el motin.

Conseguido esto estalló otro en Sevilla, hallándose comprometidos en él, aunque con otros fines de los que los sublevados se proponian, los generales Córdova y Narvaez.

Ambos se reunieron por casualidad, y ambos se vieron complicados en aquella sedicion que no tuvo mas resultado que la prision de los dos, puesto que inmediatamente quedó apaciguada aquella.

Siguiendo la marcha de la guerra civil, diremos que despues de pacificada la Mancha, el único suceso que hubo digno de llamar la atencion, fué la batida que dió el general Borso di Carminati, batiendo admirablemente al carlista Llangosteras en las cercanías de Chiva el dia 2 de Diciembre.

Pero sin embargo, fueron mucho mas admirables los gloriosos triunfos que consiguieron nuestras tropas en 1839.

El esforzado y valiente general D. Diego de Leon ganó á los carlistas las memorables batallas de Belascoain y Arroniz en los dias 1.º y 11 de Mayo.

Nuestro celeberrimo general D. Baldomero Espartero derrotó igualmente á los carlistas y se apoderó de los importantísimos fuertes de Ramales y Guardamino el 8 y 11 del mismo mes.

El dia 15 y el 28 de Agosto ocupó respectivamente á Oñate, donde tenia el rey D. Cárlos su corte, despues de haber reportado la batalla de Villarreal y montes de Arlaban, donde fueron considerables las pérdidas de los carlistas.

Y finalmente, nuestro héroe no fué de los que menos parte tuvieron en los gloriosos combates que reportaron nuestras tropas sobre las del enemigo.

O'Donell, despues de derrotar el 17 de Julio al general carlista Cabrera en Lucena, se apoderó de los importantísimos fuertes de Tales, haciéndose dueño del castillo con sus guarniciones y demás pertrechos militares.

Mas adelante nos ocuparemos mas por estenso de este brillante hecho de armas que valió al actual presidente del consejo de ministros, alta fama y prez y el título de conde de Lucena.

A pesar de los reveses sufridos por las armas de D. Carlos todavía tenia éste fuerzas suficientes para sostener la guerra por algun tiempo.

Pero lo peor que puede haber en cualquier empresa es la desunión y esta comenzó á declararse bien pronto entre las huestes carlistas.

El partido de la reina se hallaba fraccionado hacia algun tiempo.

V.

El partido de D. Carlos necesariamente habia de seguir el mismo ejemplo.

Moderados y exaltados habia en uno y otro y entre los carlistas los primeros eran los que deseaban entrar en negociaciones con el gobierno de Isabel II y los segundos, los que deseaban que la guerra continuase con mayor fuerza y vigor.

Esto como es consiguiente, habia de embarazar muchísimo la marcha y el resultado de las operaciones.

El gobierno liberal conocia esta division del campo enemigo é incitaba al general Espartero á fin de que les apretase hasta el último extremo.

Este deseaba tambien cuanto antes la terminacion de la guerra, bien fuera por medio de un golpe decisivo, bien por medio de una venta.

Todas las reuniones, casi todas las empresas han tenido sus Judas y la causa carlista lo tuvo en Maroto.

Las negociaciones empezaron entre los dos generales jefes de los bandos opuestos.

Maroto hizo juzgar y fusilar sobretodo de traicion á García, Guergué y Sanz; tres de los generales mas acérrimos adictos á la causa de D. Carlos y que por consiguiente presumian podrian oponerse al tratado, sin que nada obrase este en favor suyo ni aun en su propia defensa.

D. Carlos tuvo momentos en que declaró á Maroto traidor y aun quiso ponerse á la cabeza de su ejército; pero este cuya influencia sin límites sobre el pretendiente le fascinaba á cada momento, llevó á cabo su empresa.

El deseado convenio se verificó por fin el 31 de Agosto en los campos de Vergara y un estrechísimo abrazo que se dieron al frente de ambos ejércitos los dos generales, Duque de la Victoria y Maroto, fué la señal de reconciliacion y de la conclusion amistosa de la guerra en las provincias vascongadas.

VI.

El general en jefe del ejército del Norte recibió una comunicacion del Ministro de la guerra, previniéndole que la situacion del ejército del centro hacia necesaria la presencia de un hombre que fuese capaz de reparar las faltas que se habian cometido en aquel punto; habia pensado el gobierno en O'Donell, que á la sazón se hallaba en el cuartel general de Amurrio, sin embargo de reservarse el conferirle inmediatamente el grado de teniente general.

Habiendo llegado á oídos del jóven general esta noticia, contestó al gobierno que aceptaba como militar subordinado, pero suplicando á S. M. que aplazase el conferirle el grado superior de que se ha hecho mencion, para cuando

nuevos hechos de armas le hiciesen acreedor á él.

Nuestros lectores comprenderán fácilmente, cuán lejos se hallaba nuestro héroe de rebajar su pudor, como sus enemigos no podrán menos de avergonzarse, los que nos lo presentaban como ambicioso, pueden considerar este rasgo de desinterés que muy pocos militares podrán hacer constar en la historia de su vida.

El 13 de Junio antes que saliera de Logroño recibió la Real orden que le conferia el glorioso cargo de general en jefe del ejército del centro y general de Aragon, Valencia y Murcia.

Seguidamente salió de este punto seguido de sus ayudantes de campo y 30 caballos solamente.

El 3 de Julio llegó á Zaragoza, donde el capitán general interino Sr. Nogueras, puso á su disposicion el mando del ejército de las referidas provincias.

Para hacerse cargo de las dificultades que ofrecia la mision que habia aceptado nuestro héroe, es preciso que consideren nuestros lectores el estado en que habia puesto la guerra civil aquellas provincias.

Igualmente debemos considerar el reducido número de fuerzas y recursos de que iba á disponer en comparacion de las considerables con que contaba ya el enemigo, quien parecia enseñorearse en aquellos puntos.

Cabrera que se hacia por instantes mas terrible dominaba el Bajo Aragon y el Maestrazgo, en cuyo punto no solamente ocupaba la importante plaza de Morella, sino que tambien los fuertes de Aliaga, Segura, Castellote, Alcalá de la Selva y otros varios.

En la provincia de Valencia era dueño de los fuertes de Bejis, de Alpuente, del Collado y de Selva.

Finalmente, en la provincia de Cuenca poseia á Cañete y Beteta.

Nosotros no somos, no hemos sido, no seremos nunca partidarios de Cabrera.

Nuestras ideas están muy distantes, pero sin embargo no podemos menos de reconocerle un gran talento militar, merced al cual, sin recursos casi, habia organizado un ejército disciplinado y aguerrido que en mas de una ocasion habia

hecho frente con ventaja á las tropas de la Reina.

Veinte y siete batallones y unos setecientos caballos tenia el caudillo carlista, algunas piezas de montaña y las partidas sueltas que recorrian todo el pais exigiendo contribuciones forzosas en los pueblos adictos á la causa liberal.

VII.

El ejército que O'Donell iba á mandar no constaba mas que de veinte batallones, cuatro regimientos de caballería y dos baterías rodadas poco á propósito como se comprenderá perfectamente para la clase de guerra en que tenian que emplearse.

Además habia otra de montaña que fué la que el nuevo general en jefe trató de aumentar inmediatamente.

Este ejército que por la mala direccion de sus jefes habia recibido algunos reveses, se encontraba desanimado y su moral no era la mas excelente.

Por esta razon el gobierno habia elejido para regenerarlo al único hombre que era capaz de hacerlo, y su mayor elogio es semejante nombramiento.

Al muy poco tiempo de haber tomado O'Donell el mando del ejército recibió la noticia de que el general Aznar que al frente de cinco batallones, los escuadrones y la batería de montaña habia salido de Castellon escoltando un convoy de víveres para Lucena se encontraba sitiado en este punto por fuerzas carlistas, muy considerables y contra las cuales nada podia hacer por la inferioridad numérica de sus soldados.

Inmediatamente se dirigió el nuevo general en jefe á Cariñena con objeto de reconcentrar allí todas las fuerzas que pudiese para atacar á los carlistas.

Desde allí marchó á Castellon donde reunió once batallones y ocho escuadrones disponiéndose para partir el dia

siguiente hácia Lucena con objeto de hacer que Cabrera levantase el bloqueo de dicho punto.

A la mañana siguiente salian de Castellon las fuerzas de la reina compuesta en su mayor parte de soldados bisoños recién salidos del depósito de quintos de Alcalá, pero que no por eso dejaban de marchar hácia el combate con la mayor resolucion y el ánimo mas esforzado.

A esta pequeña columna, reducida en hombres, pero grande en valor, seguia un convoy de víveres que si bien entorpecía la marcha de ella, hacia adivinar á los soldados que cuando su general disponia aquello era porque tenia una confianza ciega en que habia de vencer.

Al dia siguiente el general O'Donell tendria una página mas añadida á su brillante hoja de servicios.

Hemos llegado por fin á la memorable batalla en que nuestro héroe desempeñó un papel cuya importancia le produjo, además del honroso título de conde de Lucena, el cariño y aprecio de todos los españoles cuyos pechos latian por la salvacion y libertad de nuestra querida patria.

Nuestros lectores nos dispensarán si nuestro corto entendimiento no nos permite que apreciando los heroicos hechos de armas que tuvieron lugar en este caso, nuestra corta capacidad no sea suficiente á describirlos como verdaderamente se merece en esta ocasion nuestro héroe. Sin embargo, despues de estudiar con la mayor precision y detenimiento autores respetabilísimos y que nos merecen toda veracidad, pero que sin embargo, sea por lo reducido de sus obras ó bien sea porque su pensamiento se redujera á dar una ligera y sucinta idea de estos heroicos hechos que nos ocupan, no han descrito esta parte tan importante de la historia con todo el adorno que se merece.

Nosotros, despues de lo espuesto, reuniendo todos nuestros esfuerzos literarios, vamos á intentar describir esta parte de nuestra novela, procurando complacer á nuestros lectores; y si lo logramos, será mayor nuestra complacencia.

Trasladémonos al campo de batalla, consideremos las posiciones que por el lado de Triqueroles dominan á Lucena, y veamos tambien las de Alcora.

Para verificar el ataque se habian dirigido nuestras tro-

pas, despues de haber acompañado á los convoyes, por los puntos indicados.

Estos puntos, dificilísimos de atravesar, no solamente lo eran por las escabrosidades que presentaba el terreno, sino mas todavía por las obras de defensa que de antemano habia ya preparado el enemigo.

Además, las inmensas alturas que habia que atravesar, hacian considerablemente mayores las dificultades en atencion á que siempre se veian nuestras tropas dominadas tanto por la mayor altura como por el excesivo número mayor de fuerzas que la defendian.

Pero sin embargo, á pesar de todas las dificultades mencionadas, nuestro héroe se decidió á atacar al enemigo, aunque se vió precisado á hacerlo por lado distinto.

Corre directamente á Villafames y Azaneta á apoderarse del flanco de sus enemigos, y Cabrera se vió precisado á dar un flanco de frente, cuyo flanco anuló todos los preparativos de defensa dispuestos á resistir en caso de embestida á nuestras tropas.

Despues de estos primeros pasos que tuvieron tan feliz resultado para nuestras tropas en la mañana del día 15, el general O'Donnell se ocupó en arreglar con el órden que lo requería el caso, las dos divisiones de infantería, encomendando el mando de la primera á D. Francisco Javier Azpiroz y la otra á las órdenes del brigadier Hoyos.

Y finalmente, encargando el mando de la caballería al brigadier D. Ricardo Schely, se encaminó nuestro héroe al memorable sitio de Lucena.

Despues de una penosa y larga jornada, á las tres de la tarde próximamente, mandó á sus tropas descansar un rato en los olivares situados al pié de Villafames; punto en que debian reunírseles el convoy de víveres, segun las órdenes que préviamente habian recibido los conductores.

Las tropas impacientes se desesperaban en vista de la tardanza de este, y en vista tambien de los solemnes momentos que estaban desperdiciando.

Por fin, cuando se estaba disponiendo que volvieran algunas tropas á ver si habian tenido algun entorpecimiento, se divisaron á lo lejos y aguardaron su llegada que se veri-

ficó despues de haberlos esperado veinte horas que parecieron veinte siglos á nuestros soldados deseosos de entrar á la lid con el enemigo.

Tomaron los carros un breve descanso y los soldados un ligero refrigerio, y arreglándose nuevamente las tropas continuaron su camino con direccion á Adzaneta.

En este último punto se vieron obligados á pasar el resto de la noche, observando el considerable número de fuerzas carlistas que trepaban por aquellas alturas, dirigiéndose hácia las nuevas posiciones que antes se habian visto en la imposibilidad de ocupar por llamarles la atencion las acertadas disposiciones de nuestro héroe.

Amanecido ya, el general en gefe llamó á Aspiroz, Hoyos y Schely, y despues de haberlos enterado minuciosamente de los mejores medios en que debian combinarse sus fuerzas, les dió respectivamente la órden de principiar la marcha.

La primera division penetró por un desfiladero que en breves instantes atravesó con la mayor facilidad, dirigiéndose aceleradamente hácia Urosas con objeto de ocupar las alturas situadas al frente de las sierras de las Cruces; punto en que se hallaba el enemigo bastante bien fortificado.

Los cazadores de la primera division se replegaron en columna hasta dar vista al frente de los enemigos.

El coronel D. Pascual Sanz que mandaba el batallon de Almansa destinado á formar la vanguardia, dirigió sus tropas hácia el mismo punto que el anterior.

Y finalmente el resto de las tropas formando escalones se deslizaba por las inmediaciones.

Poco tiempo despues púsose á la cabeza del batallon de Almansa el mismo general Aspiroz.

Arremetieron las compañías de cazadores repetidas veces á las cumbres de las tres Cruces; en una de estas acometidas fué tal el terror que infundieron á las tropas enemigas, que se vieron obligadas á abandonar á aquellas posiciones de que se apoderaron nuestras tropas despues del encarnizado combate que acabamos de referir.

Despues de organizados los enemigos trataron de reconquistar las posiciones que tan cobardemente habian abandonado, pero nuestras tropas los rechazaron con tal violen-

cia, que despues de volver á experimentar grandes pérdidas, los enemigos se vieron en la precision de desistir de su vana empresa y retirarse despues de estos descalabros.

De esta manera quedaron tan cumplidamente ejecutadas las órdenes del general en jefe y por consiguiente de este modo despues de tantos esfuerzos, nuestras tropas quedaron dueñas de las tres sierras descadas.

La division mandada por el brigadier Hoyos entró seguidamente en línea despues que se apoderaron nuestras tropas de las importantes mencionadas posiciones.

Esta última division encargada de proteger al convoy, impidiendo al mismo tiempo que los flancos del batallon de Azpiroz fuesen atacados por los enemigos; fué dirigida en esta ocasion, por el general O'Donell, que no se apartó de la cabeza mas que un breve momento, durante el cual pasó á la retaguardia.

El objeto de nuestro héroe al hacer este ligero cambio fué poseerse de la disposicion en que se hallaban las fuerzas enemigas que habian quedado á su izquierda.

Hecho este pequeño reconocimiento que no le debió pesar, se vió en la precision de variar el ataque al frente, disponiéndose de este modo mejor para desalojar al enemigo de las posiciones ventajosas que ocupaba por aquella parte.

Pero por desgracia nuestro héroe recibió una fuerte contusion en la mano izquierda, que apesar de los violentos y repetidos dolores, no por eso le hicieron desistir de su empresa.

Despues de haber formado en masa y por brigadas la primera division, formóse en tres escalones la segunda.

Arrollando la izquierda del enemigo, nuestras brigadas se pusieron en la imposibilidad de hacer su retirada.

Multitud de inconvenientes aumentaban la dificultad de la subida á la primera altura que tenian que conquistar nuestras tropas.

Además de las escabrosidades que presentaba el terreno porque indispensablemente habia necesidad de trepar, se hallaba defendida la altura por el grueso del ejército carlista y dos piezas de artillería amenazaban barrer con su metralla á cuantos intentasen disputársela.

Pero se hacia preciso tomar aquella altura por nues-

tras tropas, y nada hacia retroceder la voluntad de hierro de nuestro héroe en casos semejantes.

No ignorando los carlistas la decision de nuestras tropas se presentaron con todas sus fuerzas resueltos á defenderla, considerándola como llave de la victoria.

El batallon de Almansa decidido á no marchitar en nada su conducta admirable, hizo inútil la decision resuelta de los carlistas.

Habiéndose lanzado á tomar la altura á la bayoneta seguido por la primera division de cazadores, sostuvo un fuego á quemaropa, para otros insufrible; pero la buena disciplina, el honor, y mas bien que otra cosa el ardimiento y la tenacidad del empeño en llevar á cabo la empresa que habian emprendido no les permitió que vacilaran siquiera.

Aterrorizado el enemigo al ver tanto arrojo y valentía en nuestros soldados, se vió en la precision de cederles aquella importante posicion.

Acometiendo nuestras tropas con mayor denuelo, dispersan al enemigo obligándole á retirarse en opuesta direccion á la que la prevision de nuestro héroe O'Donnell les habia impedido tomar.

Mientras conseguia el batallon de Almansa este glorioso triunfo á los carlistas, el provincial de Salamanca y los dos batallones de la Reina que formaban la primera brigada de la segunda division, continuaban paso á paso, lentamente desalojando á los enemigos que ocupaban las alturas de la izquierda.

Y entretanto que puesto á la cabeza de la segunda division el brigadier Hoyos, internándose en el centro de los enemigos se apoderó de uno de los mas importantes puntos, á pesar de haberlo defendido sus adversarios como en la primera posicion.

Ocupados estos puntos de la mayor importancia, nuestras tropas podian continuar el ataque del resto de las alturas, pues era necesario apoderarse de todas para establecer las comunicaciones del ejército con Lucena.

Pero sin embargo, á pesar de todos los triunfos gloriosos para nuestras tropas, no habian vencido aun todos los obstáculos.